

FLORENCIA BAEZ DAMIANO

Memorias de una vida rebelde

Retrato de Reyna Diez



 EduP

derechos
humanos

Memorias de una vida rebelde
Retrato de Reyna Diez

Memorias de una vida rebelde

Retrato de Reyna Diez

FLORENCIA BAEZ DAMIANO



Baez Damiano, Florencia
Memorias de una vida rebelde : un retrato de Reyna Diez / Florencia
Baez Damiano. - 1a ed. - La Plata : EDULP, 2021.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8348-91-9

1. Biografías. 2. Feminismo. I. Título.
CDD 305.4092

Memorias de una vida rebelde

Un retrato de Reyna Diez

Florencia Baez Damiano



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)
48 N.º 551-599 4º piso / La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina
+54 221 644-7150
edulp.editorial@gmail.com
www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

Primera edición, 2020
ISBN 978-987-8348-91-9

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723
© 2021 - Edulp

A Lila, para que luche siempre.

Agradecimientos

A Perla Diez, Rolo Diez y Griselda Schaposnik,
por su apoyo incondicional y su confianza.

A Andrea Scatena,
por compartir su imprescindible archivo audiovisual.

A todos los entrevistados,
por brindarme sus testimonios.

A Alfonsina Iacullo, Lucía Abbattista,
Ana Schaposnik, Liliana de la Torre.

¿Qué es la memoria? ¿Qué es la historia?

Tensando la cuerda entre definiciones, esta aventura de Florencia Baez Damiano nos interpela desde el comienzo y sin anestesia.

Los últimos años han sido una arena de preguntas y rescates, a veces atomizando demasiado la posibilidad de una construcción oral y poética, quizá menos precisa desde lo fáctico, pero con puntos vitalistas únicos.

Este libro funciona en dos niveles. El primero es una construcción histórica deliciosa, que como un rizoma descubre la figura en cuestión y refleja una vez más una época terrible de nuestra historia, sumando frescura y una mirada novedosa al tópico.

El segundo nivel, y el que más me ha deslumbrado, es la operación de la autora, quien juega con el puzzle de los textos y propone un viaje con tintes de novela, libro de poesía y retrato histórico.

Quizá este siglo sea el del retrato coral, la memoria poética y las miradas frescas.

Acá van estas páginas...

¡Qué así sea!

Sebastián De Caro

LA INFANCIA ENTRE LETRAS DE MOLDE

Reina, mi reina, mi reinita, la llamaba su padre entre el sonido mecánico de las linotipos y las letras de molde. Un reloj apostado en lo alto, en una de las paredes, separaba los tiempos ajetreados del taller tipográfico, de la casa familiar, situada al lado. La vivienda, en la que permanecieron hasta los últimos días de su padre, era espaciosa y estaba ubicada en un barrio residencial de Junín, en la calle Lavalle 65. El hall de entrada, destinado al recibimiento de las visitas, anunciaba la amplitud de la casa, luminosa, de grandes ventanales y amplias habitaciones. Tenía dos entradas independientes y por una de ellas se accedía a un embellecido jardín en el que compartían el tiempo familiar.

La mirada rigurosa y conservadora de su padre, José Suárez, solo se ablandaba a los ojos de su hija predilecta, para quien siempre reservaba la fruta más rica y la llevaba a elegir sus propios regalos. El diario El Mentor tenía reservado un palco en el cine y Reyna esperaba ansiosa cada función. Entrar de manera gratuita era una situación que la divertía. En aquellos años fue testigo silenciosa del compromiso y el empeño de su familia por las letras y la política, que más tarde se convertirían en sus dos grandes pasiones.

Reyna se llamaba Carmen Josefina Luisa Suárez Wilson, nació el 16 de mayo de 1914, en Pergamino, de manera circunstancial, porque su familia vivía en Junín. Ellos viajaban frecuentemente a esa ciudad cercana a encontrarse con amigos, donde su padre había pensado,

en un primer momento, fundar un periódico. Por eso, luego del nacimiento de Reyna permanecieron en Pergamino, en donde la bautizaron el 10 de junio de 1914. Los padrinos fueron Luis Fox y Cristina Sabater Fox, amigos de la familia y Cristina fue la partera en el nacimiento de Reyna. Sus padres eran José Suárez y Carmen Justina Wilson de Suárez, quienes decidieron llamarla Carmen por su madre, Josefina por su padre y Luisa por su abuela paterna, aunque después fue conocida como Reyna.

En un extenso viaje por caminos de tierra, con algunos incipientes tramos pavimentados, regresaron a Junín, en donde Reyna vivió su infancia junto a su hermano José Luis Suárez. Ese año un conflicto de intereses entre el capital extranjero, representado por la empresa del Central Argentino, y el Estado nacional mantuvo paralizadas las obras de pavimentación, que tornaban dificultoso el trayecto. Entonces Junín contaba con 36.437 habitantes: 20.847 varones y 15.588 mujeres, según el tercer censo nacional.

José Suárez nació el 27 de agosto de 1876, en Barracas al Sud, territorio que estaba formado por los actuales partidos de Avellaneda, Lanús, Lomas de Zamora y la ciudad de Adrogué. Era hijo de Emilio Suárez y Luisa Verondo. Cuando llegó a Junín comenzó a militar en el Partido Conservador y participó en política junto con el entonces diputado Benito de Miguel, Ramón Frene y Dionisio Ghirardo. En 1897 creó y dirigió el primer periódico semanal de Junín y la región llamado El Mentor, que posteriormente comenzó a ser bisemanal y finalmente se convirtió, en 1902, en el diario de la mañana, con más lecturas y avisos publicitarios. El Mentor funcionaba en Francia 95, esquina Lavalle, al lado de la casa de José Suárez y Carmen Wilson.

Junín era un pueblo pequeño. Las calles de tierra, el alumbrado público a base de faroles a kerosene y la recientemente instalada sucursal del Banco Nación daban cuenta de la innovación que significó instalar un medio gráfico. En la tarde del martes 13 de mayo de 1884 llegó la primera locomotora y constituyó un hecho histórico para el desarrollo. El censo provincial de 1881 determinó la existencia

de 4420 habitantes. Esta cifra fue prácticamente duplicada en 1890 cuando la cantidad de habitantes aumentó a 7835. No existían teatros, ni teléfonos. En 1902 se creó el primer Hospital de Caridad y en 1906 se concretó la instalación de una red telefónica.

El establecimiento tipográfico comenzó a funcionar en condiciones modestas, debido a que en esa época era difícil y costoso montar un taller con esas características. Al poco tiempo fue adquiriendo máquinas, materiales y aumentando la contratación de operarios. En 1912, la imprenta tuvo un momento decisivo, constituido por la adquisición de dos linotipos Mergenthaler, número 8 y 10; dos nuevas máquinas impresoras Jullien; y varias auxiliares, como perforadora, abrochadora, guillotina, sacapruedas. Todas ellas negociadas con la casa Hoffman & Stocker, una de las empresas de Capital Federal que introdujo máquinas y artículos de imprenta en general. En ese momento era la única concesionaria en Sudamérica para la venta de máquinas de composición, como solía llamárseles.

Las linotipos adquiridas por El Mentor fueron las primeras máquinas de su género enviadas al interior bonaerense. La adquisición representaba un gran esfuerzo económico y, aunque la casa brindaba facilidades de pago, eran inaccesibles para la mayoría de las imprentas. Una máquina Mergenthaler número 8, con tres registros de matrices provistos, costaba once mil pesos moneda nacional, sin contar los accesorios, que se vendían por separado, y que permitían obtener una mayor producción de la máquina. La adquisición de estas impresoras fue lo que permitió que el semanario pudiese tener una circulación diaria y una producción más extensa en una menor cantidad de tiempo. Además, la disminución del número de empleados permitió fijar un precio económico para cada ejemplar y así aventajar a la competencia.

El Mentor fue uno de los diarios más antiguos, conocidos y de mayor circulación en la provincia de Buenos Aires. Además de las máquinas que lo convertían en un espacio adelantado para la época, también generaba un gran asombro la instalación de un motor

y dínamo destinados a la producción de luz y energía para el local y sus máquinas. Esto generaba economía e independencia del servicio y de las tarifas de la usina local. Como anexo a la tarea periodística vendían papel de estraza y otros tipos de papeles de envolver, bolsas de papel para almacenes, panaderías, confiterías y otros locales.

El perfil periodístico estaba orientado a temas de actualidad política y era considerado el portavoz de la causa opositora en Junín. José Suárez era distinguido entre sus colegas por la labor culta, sensata y eficaz que llevaba adelante en defensa de los intereses colectivos y por el bien público. En distintas oportunidades había despreciado las conveniencias e intereses particulares y había puesto todo su entusiasmo y su valor al servicio del desarrollo moral y material de la progresista ciudad en que se editaba, donde contaba con un valioso núcleo de opinión. También su figura era valorada en la política y en la militancia en el Partido Conservador, y era considerado uno de los mejores y más esforzados paladines (El Mentor, 9 de junio de 1926). Su compromiso iba más allá de la política y abarcaba el ámbito social. El 14 de septiembre de 1897 solicitó datos sobre una denuncia en la escuela rural por el abuso de una estudiante.

El Mentor fue uno de los impulsores de la creación de la Biblioteca Municipal. El 2 de enero de 1932 publicó: “El Mentor ha sido el portavoz entusiasta y quizá único de la necesidad de crear la Biblioteca del Municipio. Nuestra campaña en ese sentido viene desde muy lejos”.

En El Mentor trabajó durante dos años Héctor Roberto Chavero, conocido mundialmente como Atahualpa Yupanqui. Primero como corrector de pruebas y posteriormente estuvo a cargo de los anuncios de noticias en la pizarra para el público. El 23 de agosto de 1926 fue el encargado de anunciar la muerte del actor italiano Rodolfo Valentino, en un día de invierno lluvioso y triste.

José Suárez falleció el 12 de mayo de 1926, en Junín, a los 49 años. Según la declaración de Juan Borchex en el Registro Civil falleció a las siete de la mañana, en su casa de Lavalle 65, y el doctor Benito de Miguel certificó que se trataba de una neumonía gripal. También de-

jaron testimonio en el acta de fallecimiento dos de sus amigos, Dionisio Ghirardo y Miguel Saavedra.

La muerte de José Suárez afectó a su familia. Sus hijos eran pequeños, Reyna contaba con apenas doce años y su madre debió tomar decisiones sobre los trabajos que llevaba a cabo su esposo. Así, el diario continuó con sus publicaciones en el mismo edificio y se designó como director a Félix Esteban Cichero, escritor y periodista reconocido en Junín, hijo del intendente Esteban V. Cichero. También quedó a cargo de la administración Carmen Wilson, la mujer de José Suárez. Con la dirección de Cichero, el diario continuó con la misma línea política. Años después, en 1932, El Mentor apoyó la candidatura a intendente de Benito de Miguel. Si bien el diario se caracterizó por incluir escritos extensos, prácticamente sin fotografías, el 22 de enero de 1932 incluyó una foto de Benito de Miguel que ocupó toda la página, en la que anunciaron su triunfo. “Electo Intendente Municipal por el período 1932-33, y que en la lucha comicial del 10 volvió a simbolizar el espíritu tradicional del civismo juninense en contra de las corrientes disolventes y anárquicas del absolutismo marxista”, publicó el diario.

Ese mismo año se crearon subcomités del Partido Demócrata Nacional. Uno de ellos llevó el nombre de José Suárez y fue instalado en el barrio Villa Talleres. El 5 de enero de 1932, El Mentor publicó: “En Villa Talleres será inaugurado mañana por la noche el subcomité del Partido Demócrata Nacional que lleva el nombre de José Suárez, que durante tantos años de acción decidida y batalladora fuera director de este diario. Dicho subcomité se encuentra instalado en Villa Talleres, en la Avenida Alvear esquina Pringles, debiéndose realizar mañana a las 21 horas una reunión política en la que harán uso de la palabra varios oradores del Partido”. En la inauguración dio un discurso su hijo, José Luis Suárez.

Una semana después del fallecimiento de José Suárez, la Junta de Gobierno del Partido Conservador se reunió y decidió colocar una placa de bronce en su sepulcro, una fotografía en el Comité Central

y se dio el nombre de José Suárez a uno de los comités. Esta información quedó expresada el lunes 8 de junio de 1926 en El Mentor:

“El domingo por la mañana celebró una sesión especial la Junta de Gobierno del Partido Conservador, bajo la presidencia del diputado nacional Benito de Miguel. Tenía dos importantes asuntos que tratar, siendo uno de ellos el proyecto de homenajear la memoria de D. José Suárez, nuestro malogrado director, periodista combativo de temple e inteligencia que hoy mejor que nunca se valora en el partido al que dio su juventud, sincera y prodigiosa, y las últimas horas de su vida ardorosa y un poco fatigada ya por lucha tan ardua y larga... Fue todo eso, en efecto, aquel hombre singular que por espacio de 24 años dirigió este diario salvando contiendas rudas, llenas de peligros, y ni el malestar de la acción, ni el poco provecho material de las luchas, aminoraron un solo minuto la pujanza de su energía moral”.

El compromiso social del fundador de El Mentor, que muchas veces implicaba desafiar el poder establecido y enfrentarse a situaciones de peligro, fueron características que luego influenciaron la vida y la obra de Reyna. Las causas que abrazaron fueron diferentes y se dieron en distintos contextos históricos, pero están marcadas por un fuerte humanismo y la lucha contra las injusticias sociales.

El Mentor publicó, el miércoles 9 de junio de 1926, testimonios y cartas que llegaban a nombre del nuevo director, Félix Estaban Cichero, aludiendo al fallecimiento de José Suárez. Una de las cartas fue enviada por el Dr. Carlos Sánchez Viamonte, desde La Plata:

Aunque no lo parezca, porque mi silencio resulta injustificado e injustificable, me impresionó hondamente la muerte de José Suárez a quien recuerdo desde la infancia.

Don Emilio Suárez (padre de José) era gran amigo de mi padre que admiraba su lealtad y su hombría de bien como asimismo su valor personal, hasta el extremo de presentárnoslo como un arquetipo de virtudes criollas, de esas que van quedando únicamente en la leyenda.

Ruégole transmita a la familia de Suárez las condolencias de mi padre y mías.

Otra de las cartas fue enviada con remitente De Repique, desde Liniers, el 6 de junio de 1926.

Don José Suárez

La conocida actuación del periodista con cuyo nombre encabezamos estas líneas, hasta para asegurarle un lugar destacado en la historia cultural del país, para quien fueron todos sus afanes en una elevada visión de austero patriotismo. Acaba de fallecer en Junín, donde dirigía nuestro apreciado colega El Mentor, y si deja en él recuerdos imborrables de su clara inteligencia y de su integridad de luchador, no le ha de sentir por menos la sociedad en que alternó durante tantos años, y supo de las prendas inestimables de su carácter.

Lleguen, pues, hasta el colega, nuestras expresiones de condolencia, que no serían sinceras, sino las abonase, el conocimiento de la meritoria actuación del extinto en las filas del periodismo bonaerense.

El 12 de mayo de 1927 se cumplió el primer año del fallecimiento de José Suárez y El Mentor publicó un extenso recordatorio en la tapa, que incluyó la última fotografía que se había tomado el ex director:

“Era una mañana brillante que se oscurecía ante los ojos profundos por la emoción de la muerte, aquella en que moría José Suárez, hoy hace un año. Presenció el final de su vida, pues su agonía, de una tranquilidad absoluta duró algunas horas. Suárez presenció, sí, su muerte. Se rindió a ella sin ninguna vacilación, como si comprendiese que, para él, en pleno día de brillante sol, se hacía una noche infinita, más serena, sencilla y cariñosa que tantos años vividos de

prisa, ansiosamente, llenos de horas ásperas. Irse así debe ser, para el último minuto de la vida, como emprender un viaje inseguro a regiones extrañas, dejando todo lo que nos rodea, queremos y ansiamos. Echarse a andar, sin esperanzas, sin sensaciones, pero sí con la visión de un vacío inmenso por delante, de un frío intenso que se apodera de nosotros sin dejarse sentir... La última mirada de Suárez no expresó desesperación, pero había reflejado una tristeza tan honda que se pudo comprender que se despedía sin darse el trabajo de decir ¡adiós! Se había fatigado mucho.

Y lo dejamos, de esto hace el año, en su casa, inmóvil, yerto, para no verlo nunca más.

Sin embargo, su vida fue ejemplo digno de seguirse en muchos aspectos de la conducta que singulariza los temperamentos fuertes. Nadie dudó de dos de esos aspectos de la vida de José Suárez: su clarísima inteligencia y su hombría extraordinaria. Y como generoso, lo fue hasta el descuido de sus intereses económicos. Defecto grave para un comerciante, pero virtud delicadísima del periodista. Nos hemos quedado, a la verdad, con el ejemplo de sus condiciones más excelentes y lo seguimos hasta con un poco de orgullo.

Veinticuatro años de perseverancia en la dirección de un diario de lucha merecen el recuerdo de la posteridad. Es el primer hombre que forma un diario en la ciudad, cuando esto era villorio; es el primer hombre que introduce a Junín los elementos modernos de la imprenta; es el primer hombre que agita ideas políticas en el ambiente chato de otras horas, y esto merece un recuerdo respetuoso de los que fueron sus adversarios y gratitud de quienes se sintieron sus amigos”.

Pedro Nand Gallardo fue un poeta y escritor, que se inició como cronista en *El Mentor* y compartió la redacción con José Suárez. Al cumplirse un año del fallecimiento, le escribió una poesía que salió publicada en el diario: José Suárez/ Cervantes te llamara su Quijote;/ Dumas, su D'Artagnan, por mosquetero;/ si te dabas al bueno por entero,/ tu pluma para el Sancho fue de azote./ En la misa solemne de tu vida/ derramaste el óleo a mano llena,/ en los embates, la actitud

serena;/ ¡sin odios ni rencores, por la herida!/ Eras de grande corazón y bueno;/ para el humilde: viejo Nazareno;/ para el ingrato: como roble fuerte.../ Por el recuerdo del que fue mi amigo/ por ingrata y villana te maldigo,/ vieja y pálida bruja de la muerte...

Doce años después, el 8 de mayo de 1938, Félix Esteban Cichero dedicó su columna semanal de la revista Orientación - que se componía e imprimía en los talleres de El Mentor- a recordar el aniversario del fallecimiento de José Suárez. “El periodista más resuelto y seguramente el más inteligente. El hombre que pasó por todos los grados del sistema nervioso de hacer un diario en el interior, sobre todo en la época en que le tocó actuar. Moría sin una queja, sabiendo que sus días habían terminado. Enfermo de gravedad, pudo comprender que el fin de ese largo período de luchas concluía. Pero comprendía también que la ciudad había adelantado mucho y que el periodismo podía desenvolverse sin riesgos y redactarse sin peligros, lo cual contribuyó seguramente a formar algo de la esencia de su nuevo espíritu, de su resignación de los últimos días”.

LADRILLO A LADRILLO SE DEMOLERÁN LOS PREJUICIOS

Carmen Justina Wilson, la madre de Reyna, nació en Venado Tuerto y era hija del inglés James Wilson y Ezequiela Gallego. Se crio en el campo y era una persona culta para la época. Escribía en diarios y revistas con los seudónimos de Jessie Will y Mario César. Trabajó junto a su marido José Suárez en *El Mentor* y luego de su fallecimiento continuó como administradora. En 1934 comenzó a escribir como colaboradora permanente – al igual que Reyna- en el periódico y posteriormente en la revista gráfica regional *Orientación*, que era dirigida por Félix Esteban Cichero y se imprimía en los talleres de *El Mentor*. En el documental dirigido por Andrea Scatena (2001), Reyna expresó: “En esa época las mujeres se veían tan inhibidas que cuando escribían lo hacían con el nombre del varón. Era como que se estaba transgrediendo algo para la mujer, como que se estaba tomando libertades que no le correspondían”.

“Mi papá era una persona de ideas rígidas y conservadoras y en esa época no había más que radicales y conservadores y una minoría socialista. Yo vivía con mi mamá y mi papá. Mi mamá era muy inteligente e inventaba cuentos muy lindos, siempre nos contaba cuentos que tenían un defecto, que siempre terminaban tristes. Y una siempre terminaba a los pucheros. Pero tenía una muy linda imaginación. Después había una cosa muy juvenil en ella, le gustaba mucho coser,

el jardín, las flores. Tenía cosas muy refinadas, aunque eran baratas, como quien dice, que no dependen del dinero que se tenga. Como por ejemplo la mesa que ponía para comer, de noche, en verano, en el jardín y no faltaban las flores que las acomodaba muy bien. Mi mamá mientras éramos chicos, mi hermano y yo, jugaba mucho con nosotros, era muy juvenil y esas cosas no se borran. Cuando era joven leía y leía, en casa de los Ibáñez, que eran ricos, pero no eran personas cultas. Mi papá conoció a mi mamá cuando ella tenía 15 años. Mi mamá estaba enamorada de Edgardo Ibáñez, el hijo de esa familia. Cuando la familia se dio cuenta de este amor la mandaron al campo, a Junín, donde tenían unos parientes que se habían hecho cargo de otra tía mía y parece que por ahí pasó mi papá recogiendo suscripciones para El Mentor y de ahí el matrimonio de ella con él”, contó Reyna.

Luego del fallecimiento de José Suárez, Carmen se mudó a una quinta con sus hijos, a la que posteriormente asistirían a visitarla Reyna y sus nietos. A la casa la llamaban la quinta y estaba en las afuera de la ciudad, en calle de tierra. Y a dos cuadras pasaba un colectivo que los llevaba al centro. José Suárez llegó a tener tres manzanas en ese lugar y en una de ellas construyó una casa tipo chalet, en el centro de la manzana, con varias habitaciones. Cuando sus nietos iban a visitarla la casa estaba en decadencia, pero aun así era muy habitable. Salía a un camino que cortaba el arboladísimo lugar, con pinos, araucarias, magnolias, y una higuera que daba a la calle. Las otras dos manzanas eran baldías, fueron expropiadas por el peronismo y les pagaron 5000 pesos por cada una.

Los sábados y domingos había bailes en la quinta. Para ello habían hecho una pista de cemento, a unos treinta metros de la casa y un tablado donde tocaba una orquesta. Iba mucha gente de la zona, vendían cerveza y refresco. Bailaban milongas y pasodobles y los bailarines se lucían en corridas que eran espectaculares. El barrio era humilde y en sus calles los chicos jugaban a la billarda, para lo que se necesitaba dos palos, uno corto de quince centímetros torneado en ambas puntas y otro largo con el que se golpeaba una de las puntas

torneadas. El palo corto saltaba girando y había que golpearlo en el aire con el otro y enviarlo lo más lejos posible. En el mismo barrio también vivía José Luis Suárez, con su mujer.

En la quinta había un lugar, que lo llamaban el refugio, una especie de círculo cerrado y arbolado. Estaba ubicado a unos diez o quince metros de la quinta, con una entrada, invadida por la naturaleza. Cerca del refugio estaba la humilde vivienda de una pareja de ancianos, que eran los cuidadores. Una señora muy flaca y morena que iba y venía haciendo cualquier cosa que hubiera que hacer. Él era don Ernesto. Se la pasaba sentado, unos metros delante de su casa, y tenía la virtud de saber qué hora era mirando el lugar al que llegaba la sombra del alero de su casa.

El 6 de enero de 1935, la revista Orientación publicó una breve biografía de Carmen: “Escribe siempre lo que piensa y piensa siempre a impulso de sus sentimientos. En realidad, Jessie Will es una escritora de experiencia y sinceridad, condiciones a las que une una prosa clara y comprensible. Trabaja en diarios desde hace muchos años. El editorial, el suelto noticioso, el ensayo crítico, la novela o el cuento han tenido en Jessie Will a la escritora ágil, serena, penetrante, que procede por su talento y una experiencia que es siempre orientadora. Naturalmente, de esta pluma no han salido solo aquellas páginas firmadas por Jessie Will, sino muchas otras, anónimas –es decir, de redacción- y otras que, con distintos seudónimos, circularon en el viejo diario que escribió durante muchos años –El Mentor- y otras publicaciones locales y de Pergamino, como asimismo en Orientación. Nuestra colaboradora es, en el trabajo de redacción, lo que puede decirse una mujer infatigable. Desde luego, séanos permitido decir, en su justicia, que pertenece al núcleo de los sacrificados. Rara expresión admisible únicamente por lo que tiene de realidad. Talento y penetración en una prosa siempre bien cortada es lo que representa, en primer lugar, esta mujer de capacidad positiva, que tantas veces ilustró con sus artículos y que tantas veces también hizo el placer de una hora de sosiego y de espiritualidad de temperamentos bien templados”.

Los textos de Jessie Will suponían un compromiso social y la lucha por la igualdad de los derechos. Uno de los derechos que le preocupaba era el trabajo. En ese momento, diarios y periódicos comenzaron a publicar columnas de opinión que insistían en que a los desocupados había que llevarlos a trabajar al campo. La desocupación era considerada una mera ficción que se solucionaba si se trasladaba a los trabajadores. El domingo 13 de mayo de 1934, Jessi Will escribió: “Hay que repetirlo hasta el cansancio, menester es insistir tesoneramente, sobre el arduo problema que significa en la actualidad, la vida de peones u obreros en la dilatada extensión de nuestro territorio. Cada día se torna más dura, inaguantable, podría afirmarse. Y el trabajo no sobra.”

Le preocupaban los humildes y el contraste con los que tienen más bienes materiales, pero se muestran indiferentes. “Un hombre sentado en el umbral de su casa, dormía acurrucado contra la puerta. Cubierto por viejo traje descolorido y harapiento, roto el calzado, un sombrero sucio, demasiado chico para la cabeza de greñas revueltas. Con sumo cuidado introdujo la llave en la cerradura, empujó la hoja de la puerta y giró el conmutador. Un hálito tibio le acarició rostro y manos; sintió en el cuerpo y el espíritu, intensa sensación de bienestar. Altibajos, desigualdades, diferencias ¿Por qué?” (Humo... ¿o dolor?, 1934).

Defendió el derecho al voto femenino y la obtención de condiciones idénticas a los hombres. Tendrían que pasar doce años para que, en 1947, se promulgara la ley 13.010 de sufragio femenino, conocida como Ley Evita. “Consideramos justo el anhelo de la enorme masa de mujeres argentinas, porque les sea otorgado el derecho al sufragio. Y hemos dicho alguna vez: soñamos con el gran partido en cuyas filas militen las mujeres que deseen compartir derechos y responsabilidades... Creemos que de ellas habrán de emanar las leyes humanas, tendientes al mejoramiento de la situación de las clases humildes; a la igualdad de todos los hijos ante la Ley; a la extirpación del juego, voraz carcoma social. A arrancar de cuajo la prostitución. A disminuir el privilegio de dos castas enseñoreadas y soberbias: el militarismo y el clero” (Sobre un tema que nos interesa, 1935). Asimismo, conside-

ró que el divorcio era un debate necesario pero que desfavorecía a las mujeres en condiciones más vulnerables y que primero era necesario formar una nueva mujer, capaz de solventarse a sí misma, sin tener que buscar otro matrimonio para afrontar su situación económica. “Pero la casa pobre, sin medios propios de subsistencia, sin profesión ni oficio ¿qué puede hacer divorciada? Y si además carga con hijos ¿Cuál es su horizonte? Se nos dirá que la ley le ampara... pero ya sabemos que los hombres difícilmente acatan leyes del honor y del deber... Formemos a la mujer nueva. Capaz de bastarse a sí misma, de marchar por sí sola frente a la vida. Entonces démosle el divorcio como legítima conquista de sus aspiraciones. La mujer nueva, la mujer de mañana, no habrá menester del matrimonio para resolver difíciles situaciones económicas.” (El divorcio entre nosotros, 1934).

También denunció la prostitución y el descompromiso de las autoridades para defender los derechos de las mujeres. “Entonces pues, no queda otro recurso que esperar sean las mujeres argentinas, que, en la hora actual bregan con entusiasmo y con fe, por la liberación, quienes se preocupan de problema tan importante como es conseguir la extirpación de raíz de esta carcoma social. Por sus víctimas sentimos toda la solidaridad del sexo, la infinita piedad de la mujer para la mujer.” (Esclavas modernas, 1934).

También luchó contra el desamparo y el maltrato en la ancianidad. El 2 de marzo de 1932, escribió en El Mentor: “No soy partidaria de asilos donde a quienes viven en ellos se les uniforma, moral y materialmente. Y sabemos lo primero y esencial es darles un vestido a todos igual; allí se reglamenta –al menos en nuestro país- la religión que los asilados han de profesar; se les establece hora fija para dormir, para levantarse, para rezar, y hasta la hora en que han de reír... Y, una mujer que respeta la vejez no puede, sin remordimientos me atrevo a decir, ver ambular por nuestras calles esos despojos humanos que, venciendo quién sabe qué rebeldías íntimas, van de puerta en puerta pidiendo con voz quebrada y sonrojos en la frente ¡un pedazo de pan!”

En cuanto a la literatura, Jessie Will se centró en la construcción de personajes femeninos, víctimas de una sociedad que las excluía de los privilegios de los hombres. Las mujeres eran esclavas del marido, mujeres muñecas, mujeres estándares, mujeres deberes, mujeres castigadas, mujeres víctimas, mujeres denuncia, mujeres que se rebelaban al orden establecido. De este modo, desafiaba a las lectoras a romper los esquemas hegemónicos que vinculaban a la mujer únicamente a los quehaceres domésticos y a la maternidad. En uno de sus escritos, publicado el domingo 29 de abril de 1934, en la revista Orientación, especificó quiénes eran sus destinatarias y el ideal de lectora que quería para sus producciones: “Si alguna vez no te detuviste a considerar con indulgencia a las mujeres buenas que caen; si eres una de tantas muñecas de sociedad, moldeadas en el tipo “estándar” generalizado, no me leas. Tu juicio no me interesa. Lo conozco de antemano. Sé que blandiendo en alto el pendón de tu moral, condenarás a mi protagonista a la cruz de tu desprecio, escupiéndole la letanía del deber. Este relato es para tu hermana, la otra mujer. Aquella toda clemencia; la de ojos misericordiosos y manos pías que cruza por la vida restañando heridas, curando pústulas, la mujer comprensiva y tolerante por saber ser buena”.

En el cuento “Los cinco pesos de Fulano” (1934) criticó el rol de la mujer, pasivo y ligado a acompañar a sus maridos y complacerlos. El rol sumiso y conformista a las que quedaban expuestas, al mismo tiempo en que los derechos diferían de acuerdo al género, es denunciado en este cuento. La protagonista siente por su amante un amor libre, real, respetado, pero su marido la condena, al encontrarlos juntos, y le hace pagar como si se tratase de una prostituta. La condena repitiendo el mismo acto de humillación, mostrándole todos los días los cinco pesos que estaban sobre la mesa de luz. Al tiempo la mujer muere de angustia. “Un cuarto de siglo anterior a la época en que vivimos, pocas mujeres sabían de rebeldías. Bajaban la cabeza, mudas, resignadas. Sordas a las leyes de la naturaleza, crucificaban sus ansias, sus derechos de mujer en el madero del deber.”

Cada viaje era motivo de inspiración y de producción de nuevos textos. En 1937 decidió emprender un recorrido por el sur argentino, Chubut, y realizar una serie de impresiones sobre ese territorio que mandaría por escrito a la revista. Para llegar al destino, que implicaba recorrer extensas distancias, debía parar en ciudades intermedias y continuar al día siguiente. Pero una complicación médica le impidió continuar ese viaje y debió quedarse en Pergamino. Compartió esa pasión por la escritura y la literatura con Luis B. Negreti, el poeta juninense querido y reconocido por su sencillez y humildad. El 4 de julio de 1936, un día neblinoso y gris, llegó la noticia del fallecimiento del poeta a la redacción de la revista Orientación. Jessie Will decidió ir a la casa del escritor en busca de sus poesías, porque pensó que en el libro que él había escrito, “Mi ventana que da sobre la vida”, podría haber tenido la intuición de cómo iba a morir. Y así fue. Encontró en uno de sus versos cómo se despedirían de él: “Cuando yo me muera, la viejita buena, / la que siempre tuvo para mí un perdón, / rezará por mi alma con fervor piadoso... / Mientras yo sollozo dentro del cajón”. Y así se cumplió lo que escribió porque su madre, al momento de su muerte, todavía vivía. Jessie Will escribió sobre él: “A pesar de su modestia, quizá por ella le quería la gente humilde y le miraba complaciente la gente a cuyos círculos no pertenecía. No pertenecía por su traje raído, y su invariable pañuelo al cuello. Bien es verdad que nunca ambicionó subir escalones en la vida social de su pueblo. No le interesaba el relumbrón de la existencia aparatosa y de ostentación. Muy conforme, muy a gusto se hallaba en su sitio”.

Dos años después del fallecimiento de Negreti se organizó un homenaje en memoria del poeta. Se realizó la presentación de distintos artistas de Junín, en la sala del Crystal Palace, que consistió en palabras alusivas al poeta, recitados y música con piano y guitarra. Reyna realizó una semblanza del poeta. Para llevar a cabo la organización de esta actividad se conformó una comisión honoraria de la que formaba parte Jessie Will y una comisión de prensa de la que era parte Reyna. Con los fondos que se recaudaron de ese homenaje se

construyó un busto del poeta que se colocó en la tumba y lo sobrante fue entregado a la madre de Negreti. Esa noche fue conocida como la Noche Blanca.

Cada tópico literario o tema que abordaba Jessie se convertía en los principios que fueron la base de la crianza de sus hijos y en los que Reyna se vio inspirada para escribir y transmitir en cada acto o discurso que pronunciaba en sus años de militancia. Por el contrario, José Luis Suárez, hermano de Reyna, continuó con los ideales que tenía su padre, vinculados al partido Conservador. Estas diferencias los llevaron a distanciarse.

En 1930, Reyna y su madre habían asistido al cine como lo hacían frecuentemente, pero esta vez los hechos adoptarían un curso diferente. Una vez finalizada la película emprendieron el regreso a su casa. Desde lejos podían observar el humo y, sin saber a qué debían enfrentarse, se acercaron lentamente. Era su propia casa y El Mentor. El fuego avanzaba a medida que las dos quedaban absortas mirando las llamas que ya no podían detenerse. Sin posibilidad de revertir la situación, se sentaron en el cordón de la vereda de enfrente a ver cómo se terminaban de derrumbar sus sueños, la casa, el diario familiar.

En esos años, en la provincia de Buenos Aires habían aparecido dos proyectos de ley: uno en el Senado y otro en Diputados, que pretendían reprimir el derecho a la crítica política que ejercían los diarios. Por eso, Félix Esteban Cichero, el director del diario, había escrito algunos artículos y había viajado la misma noche del incendio a Bragado, a dar una charla sobre la importancia de defender la libertad de prensa. En el libro *Mística de la libertad de prensa* (1941), Cichero escribió: “Cuando hablé en esta ciudad, la misma noche, se apagaba el servicio que prestaba mi discurso a la libertad de prensa, incendiándose el diario que dirigía en Junín, tribuna desde la que se defendió siempre la integridad de los permisos acordados a la prensa para hablar con libertad, conforme a prescripciones que se mantienen inalterables en la Constitución Argentina. Aquello, con haber

sido tremendo, no apagó mi voz y la estáis oyendo, a más de veinte años de distancia”.

El incendio se llevó hasta la última hoja de papel de la imprenta, pero a los dos meses Cichero, Jessie Will y otros colaboradores comenzaron con la tarea de reconstrucción. Con la reaparición de *El Mentor*, Cichero decidió imprimirle un nuevo carácter, incluir poesía y literatura local, nacional e internacional. Esta propuesta no funcionó, el público no leía a los destacados escritores que enviaban sus producciones exclusivamente a este medio. Por eso, se decidió realizar un diario más informativo, más político. Cichero explicó: “Dejamos la literatura; era comprender bastante. Y nos dimos desde entonces a realizar un diario de estructura moral, de fuerza ciudadana, un diario democrático, liberal, fuerte en su pensamiento, invariable en su aspiración de mejorar la clase social cuyos intereses servía. Algo fuera de ambiente, pero más próximo al medio. Lo que no podíamos hacer con literatura lo conseguiríamos con sociología, con política, con razones democráticas... pero para realizar ese ideal se necesita un poco del mondongo de Sancho y otro poco del juicio de Sylock... Nosotros no tenemos nada de eso; sobramos entonces... La prueba de este aserto está en las cifras de los balances del diario: desde enero a diciembre, pérdidas. No se puede más” (Testamento periodístico, 1935).

El diario continuó editándose hasta el 31 de enero de 1933, con las ideas de vocación espiritual y moral puestas al servicio de ideales de libertad, de bien social, de mejoramiento de los pueblos.

El cierre de *El Mentor* mereció una nota al día siguiente en el diario *Democracia*, medio de prensa que había nacido apenas 15 meses antes y que bajo la dirección de Moisés Lebensohn estaba en las antípodas ideológicas. El 1 de febrero de 1933, *Democracia* publicó: “Ayer clausuró *El Mentor* una larga vida dedicada con ardor a la defensa de ideales definidos. Desde aquel día en que vio la luz primera, a través de 36 años de actuación combativa, sirvió con indudable eficacia los intereses de la agrupación política con la cual estuvo siempre identificado y fue, cabe recordarlo, un eficiente factor para el progreso

de nuestra ciudad. Desde hace varios años lo dirigía con acierto D. Félix Esteban Cichero, que le imprimió características modernas y tradujo en editoriales, muchas veces comentados, el pensamiento de la entidad ciudadana en la cual estaba abanderado. Nosotros, colocados como estamos en posiciones opuestas, destacamos en esta hora la caballerosidad periodística que distinguió al colega que, adversario implacable, supo rendir respeto a sentimientos superiores de solidaridad. Si lamentable es la desaparición de un diario, considerado en su aspecto de factor de cultura y de impulsión colectiva, más lo es cuando llegó a ser, como fue El Mentor, una institución tradicional en la vida de Junín.” En el número especial del diario Democracia publicado por el sesquicentenario de Junín se recordó a El Mentor y se lo definió: “Combativo, luchador, en épocas de arduas luchas y denotados combates políticos”.

POR EL DOLOR SIN NOMBRE DEL VENCIDO

Con tan solo diecisiete años, Reyna se involucró en una de las primeras luchas obreras de la Argentina, que con el tiempo comenzó a ser olvidada. Los presos de Bragado, como se conoció al grupo de anarquistas conformado por Pascual Vuotto, Santiago Mainini y Reclus de Diago, fueron acusados injustificadamente de ser los autores del estallido de una bomba en la casa de un dirigente conservador de Bragado. El 5 de agosto de 1931 llegó a la estación de Bragado un cajón para José Blanch, expedido de la estación Olascoaga, un pequeño pueblo cercano a Bragado. Blanch envió al cochero José Leone, su hombre de confianza, a buscar el cajón de manzanas y realizar la entrega a la familia. La poderosa bomba que contenía provocó la mutilación de Juana Arruobarrena, esposa de Blanch, la muerte de Paula Arruobarrena, hermana de Juana, y la hija de Blanch, María Enriqueta Blanch.

El impacto que produjo el atentado dio lugar a distintas conjeturas. Una de ellas fue vincularlo al levantamiento de General Pomar, en Corrientes. Desde la versión oficial, se reveló que los dirigentes radicales Alvear y Pueyrredón y los socialistas Mario Bravo y Alfredo Palacios tenían conocimiento de la posibilidad del levantamiento y que tenían el objetivo de derrocar al gobierno de Uriburu. Según esta versión, al fallar el levantamiento militar se había puesto en funcionamiento la remisión de bombas a las personalidades políticas que

se habían iniciado con el dirigente conservador de Bragado. Como señala Carlos María Jordán, en el libro *Los presos de Bragado* (1988), existen interrogantes que dificultan la credibilidad de estos hechos porque la alianza entre radicales y anarquistas no tenía precedentes históricos. Los anarquistas no podrían haberse unido a un partido burgués como es el radicalismo. Asimismo, los anarquistas siempre trataron de evitar muertes inocentes, por lo que podrían haber enviado el cajón directamente a Blanch, además de que este dirigente tenía poca repercusión nacional como para ser parte del plan.

El atentado fue utilizado por el gobierno para vincular a la oposición política y recibir el apoyo de la opinión pública para condenarlos. De este modo, Uriburu pudo obtener nuevos argumentos para continuar con la persecución de los anarquistas, objetivo que había planteado desde su discurso de asunción y que iba en concordancia con sus ideas de gobierno: el Estado de Sitio, la Ley Marcial, el fusilamiento de obreros, la persecución y el encarcelamiento a los adversarios políticos, la creación de grupos paramilitares para detener las luchas obreras.

Estos sucesos, que tuvieron como protagonistas a las clases populares argentinas, llevaron al proletariado a organizar una campaña de solidaridad y lograr el alcance nacional del movimiento. Reyna participó de la campaña por la libertad de los presos de Bragado por pedido de Vuotto, quien se había enterado de los discursos que pronunciaba y solicitó que unieran a esa joven a las movilizaciones. Esta constituyó la primera lucha que llevó a cabo por los presos políticos, contra la detención y a favor de la libertad. Como expresó en la poesía *Invierno*: “Por el dolor sin nombre del vencido, / en quien todo minuto fuera un dolor vivido, / de la vida rebelde quiero ser herramienta” (*Las voces del silencio*, 1934). El clima que se vivía estaba caracterizado por la violencia política y social, con actos corruptos y fraudulentos, en el que la vida democrática estaba obstruida y el gobierno se manejaba con total impunidad.

Mientras Reyna se involucraba cada vez más en la lucha por los presos de Bragado y se acercaba a las ideas anarquistas, el diario que creó y dirigió su padre se mantenía en las ideas opuestas. El jueves 14 de enero de 1932, El Mentor escribió con ironía un artículo titulado Habilidades Socialistas y lo demás. “A menudo leemos La Vanguardia, no vaya a creerse que para socializarnos. Todo lo contrario. Después de lecturas como las que naturalmente brinda a los prosélitos de la nueva causa reparadora, sentimos que nuestra convicción democrata se fortalece. Más penetrantes se hacen sus raíces, y cada editorial del órgano máximo obra a manera de preservativo. Contra el dogma, sus intransigencias y negaciones, que es donde agudizase el peligro marxista”.

El hermano de Reyna, José Luis Suárez, también adhirió a las ideas políticas de El Mentor. El 15 de enero de 1932 escribió Improvisaciones sobre el fracaso socialista: “Cuando este pensamiento ha de dominar y ha de imponerse rompiendo por todo, superando todo, sin atención alguna a la realidad, sucede la embriaguez de las conciencias, la exaltación de los sentimientos, la tempestad de las pasiones, el diluvio de las ideas, los delirios epilépticos, en la trípode sagrada, los oráculos divulgados en la razón pública, el nacimiento de generaciones heroicas y mártires, el desprecio a la vida como si los instintitos orgánicos se suspendieran, las batallas épicas que preside la muerte, los filósofos convertidos en tribunos, los tribunos convertidos en redentores, la aparición del Sinaí que fulmina y relampaguea juntamente con la aparición del Calvario que convierte en altares los patíbulos; finalmente, la fuerza casi sobrenatural y milagrosa de las revoluciones. Pero estos períodos, verdaderas crisis, resultan pasajeros y transitorios en la historia humana como las tempestades en la atmósfera terrestre. El gobierno diario del mundo no pertenece nunca a los sabios”.

Por el contrario, la madre de Reyna adhería y apoyaba sus ideas y luchas. El 26 de enero de 1932 escribió en El Mentor el artículo Sobre el líder socialista Alfredo L. Palacios. “Palacios vale. Bien lo

dice su larga carrera. Bien lo probara en la Cámara de Diputados de la Nación, donde su voz se alzó –terrible algunas veces- para enrosstrar la injusticia social contra la mujer, el niño, el obrero, a quienes, generosa, ampliamente cobijara y defendiera su talento y su corazón. Porque este hombre es eso: un gran talento unido a un gran corazón. A quienes le discuten aconsejamos la lectura de sus libros: en esas páginas hallarán lo que Palacios hizo por la mujer, el niño y el obrero. Y aquello en una época en que nadie se preocupaba de la madre obrera, del niño desamparado, del trabajador víctima del capitalismo”.

Luego del atentado se envió un equipo del Departamento de Investigación de la Policía de La Plata. En un comienzo fueron acusados hombres radicales que parecían estar vinculados, pero llegó un anónimo que adjudicaba la autoría del atentado a los anarquistas. Si bien se llegó a comprobar que quien había escrito la nota era Germán Parisi, ex comisario radical, los anarquistas quedaron en la observación de los investigadores. De este modo, son detenidos y torturados los anarquistas que habían asistido a una reunión, realizada el 16 de julio de 1931, para coordinar acciones solidarias en favor de los obreros que vivían diferentes problemas e injusticias sociales. También cayeron en manos de la policía un centenar de trabajadores. Uno de los hechos más conocidos fue el reclamo de obreros agrícolas de la cosecha fina (papa) y la huelga que realizaron para obtener un aumento de salario. El reclamo terminó con cientos de cadáveres de obreros como consecuencia de la brutal represión llevada a cabo por los efectivos de la Gendarmería Volante. Sin obtener más pruebas que declaraciones de los mismos sospechosos y sin evidencias de culpabilidad quedaron procesados los anarquistas. En un primer momento fueron detenidos siete anarquistas: López, Bodelón, Ramos, Rossini, Vuotto (ferroviario), Mainini (ladrillero) y De Diago (ladrillero). Las pruebas que se utilizaron en el juicio fueron obtenidas de las declaraciones que realizaron los detenidos bajo tortura. Atados, golpeados, ensangrentados, bajo simulacros de fusilamientos, De Diago y Mainini se reconocieron autores y la policía les exigió que acusaran

a Vuotto de ser el fabricante de la bomba. A pesar de las torturas y de estar herido, al punto de no poder respirar, Vuotto resistió y en ningún momento se declaró autor.

El médico oficial de la policía de Bragado atestiguó en el juicio las torturas efectuadas a los detenidos, lo que le costó el cargo y la instrumentación de una causa por falso testimonio. Fue trasladado de inmediato a Trenque Lauquen. Los torturados fueron a atestiguar ante el juez. Realizaron rectificaciones en sus declaraciones que des-acreditaban la información obtenida por la policía en la primera indagación y, además, existían inconsistencias en los testimonios. Esto era una prueba suficiente para anular las declaraciones indagatorias, pero condenaron a reclusión perpetua a De Diago, Mainini y Vuotto, y López, Bodelón, Ramos y Rossini quedaron en libertad.

La situación que se vivía en Bragado era lastimosa. Los derechos eran violados permanentemente, no tenían en cuenta sus declaraciones –las que habían sido obtenidas durante un largo proceso ilegal de incomunicación- y las torturas relatadas pasaban desapercibidas. En ese contexto, el anarquismo era considerado por los conservadores un mal universal de ese tiempo, un residuo que había que extinguir. Reyna conocía los hechos por las noticias, por los medios locales y por las charlas que había tenido con los que posteriormente serían los integrantes de las campañas. Reyna se opuso desde joven a las injusticias y luchó por defender la inocencia de los presos políticos. El terror y la tortura que vivían los presos hacía que fuera inminente la organización para apoyarlos y transmitirles las fuerzas necesarias para que resistieran.

El caso de los presos de Bragado despertó el interés de distintas fuerzas políticas –socialistas, comunistas y sindicalistas- que pretendían solidarizarse, pero el movimiento anarquista promovió la conformación de los militantes, impulsó la campaña y organizó distintas acciones para lograr la libertad. Las iniciativas que llevaban a cabo consistían en la edición de manifiestos, murales, impresión de propaganda y disertaciones en las asambleas obreras. A cada asamblea

concurría un delegado del Comité Pro Presos de Bragado y pronunciaba un discurso para impulsar la solidaridad con los presos. En el caso de Mar del Plata, por ejemplo, se conformó un Comité Juvenil Sindical de Ayuda y Defensa de los Presos de Bragado que constituyó el primer paso para el ingreso a las Juventudes Libertarias. También se creó el primer Comité de Solidaridad con los Presos de Bragado en La Plata y posteriormente se crearon decenas de comités en ciudades de todo el país, centralizados por un Comité Nacional.

La campaña no fue sencilla. Rápidamente los obreros vieron dificultadas las tareas que habían planeado llevar a cabo por el ataque del gobierno de Uriburu, quien los encarcelaba, los deportaba y los perseguía. Por ello, fue fundamental el trabajo que realizó la prensa proletaria durante los once años de campaña, que consistía en la publicación de las torturas, los procedimientos judiciales y en la denuncia de las represiones que tenían como víctimas a los obreros. Asimismo, buscaba la solidaridad de los lectores con los presos y con los otros trabajadores que habían sido detenidos también en Bragado. En cada diario y folleto que repartían hacían constar pruebas y argumentos que justificaban la inocencia de los tres anarquistas: el día que figura que Vuotto fabricó la bomba se encontraba trabajando en el ferrocarril; en el sumario aparecía que Mainini y De Diago habían trasladado el artefacto en tren en un día y horario en que no había partido ningún tren; en los allanamientos solo encontraron libros y periódicos; se los tuvo 230 días incomunicados y sin defensores; se los detuvo por el anónimo que había escrito el perseguidor de obreros y ex comisario de Bragado, de quien al poco tiempo se dijo que estaba muerto pero nunca apareció el cadáver.

Ante estas injusticias, se consideraba que la única forma de liberar a los presos de Bragado era la unión de fuerzas proletarias y populares. Solo la unión de estas fuerzas podía terminar con este acto infame de la dictadura, con la violación de normas y procedimientos del juez Díaz Cisneros. El Comité Pro Presos de Bragado de Mercedes, a cargo de Alfredo Bargnia, tenía la tarea fundamental de mantener

el enlace entre Pascual Vuotto, protagonista de la campaña y escritor de muchos de los editoriales que salían publicados, y el resto de la organización. Los tres condenados a cadena perpetua se encontraban en la Cárcel Departamental de Mercedes, por ello era importante la figura de Bargnia, quien estuvo a cargo del tercer comité más importante junto con el de Capital Federal y La Plata. Se encargaba de mantener reuniones semanales con Vuotto y repartir por todo el país los folletos, el libro de Pascual Vuotto *Vida de un proletario*, volantes. Reyna participó de las actividades que estaban a cargo del Comité de Mercedes, asistió al congreso con todas las delegaciones del país que se realizó en esa ciudad y dio un discurso en el Teatro Español que dejó conmovido al auditorio. Esta capacidad de Reyna para transmitir en cada discurso, involucrar al público en la problemática y sensibilizarlos será una parte esencial de su lucha.

En 1936, Bargnia fue detenido junto con otros miembros del comité por haber enviado encomiendas con el libro escrito por Vuotto a sociedades extranjeras que apoyaban la campaña en Holanda, Estados Unidos, Francia, Bélgica e Italia.

En una época en la que la persecución ideológica era constante, el único recurso era la solidaridad brindada en este caso por la campaña, que no tenía antecedentes en la Argentina y fue comparada –aunque en menor medida– con la de Sacco y Vanzetti. Sobre todo, por la magnitud y la repercusión en los sectores sociales. Reyna viajó a la campaña realizada en Córdoba junto al estudiante de ingeniería Jacobo Maguid, que al igual que ella, estudiaba en La Plata en 1934 y Jacobo Prince, uno de los fundadores del comité de La Plata. Fueron enviados por la Federación Anarco Comunista Argentina (FACA). También se dirigieron los tres a localidades pequeñas como Mackenna y Sampacho. En Córdoba conoció a Edna Ricetti, hija del dirigente anarquista Nazareno Copparoni y quien posteriormente sería, al igual que Reyna, una de las madres fundadoras de Plaza de Mayo. En ese momento, Edna y su marido formaban parte del comité.

En ese viaje llegaron hasta Jujuy, donde la gente no estaba acostumbrada a esa clase de actos y tenían que explicar cuáles eran sus pensamientos y los de los presos, como así también refutar al fiscal. En 1935, viajaron a Tucumán Maguid, Lunazzi y Reyna, representantes de la FACA, y realizaron distintos actos públicos. Jacobo y Reyna se convirtieron en los oradores de las giras por el interior del país y recorrieron distintas ciudades durante la campaña. A fines de 1936, mientras estaban en Córdoba, Jacobo Maguid fue llamado por la FACA y enviado a España para dirigir el periódico Tierra y Libertad, órgano de la Federación Anarquista.

En el documental realizado por Mariana Arruti (1995), Jacobo Maguid recuerda que, en La Calera, una ciudad de la provincia de Córdoba, se realizó un acto por los presos de Bragado en una esquina. Era un día de mucho frío y aun así la gente aguantaba para apoyar la campaña solidaria. Posteriormente, Jacobo y Reyna comentaban esta situación, porque habían quedado impactados por el apoyo y la resistencia que habían obtenido en esa ciudad, a pesar de las condiciones climáticas.

Entre 1937 y 1939, la campaña estuvo detenida porque muchos militantes habían viajado a España a participar de la Guerra Civil Española, en defensa del movimiento obrero. Reyna quería participar y viajar a España con las brigadas internacionales, junto a su amigo anarquista y educador José María Lunazzi. Finalmente, este deseo no pudo concretarse. El interés internacionalista la llevó, unos años antes, a escribir *Oración Roja* (1934). En este artículo, en el que analiza los acontecimientos que ocurrieron el 6 de octubre de 1934, en España, durante la huelga revolucionaria, refuerza sus ideas socialistas y cuestiona el avance del fascismo. Reyna defiende, una vez más, que nunca una lucha o sacrificio es estéril o en vano, dado que siempre hay algo que perdura. “Teníamos el rostro vuelto hacia Rusia, y el oído alerta para tus voces que presentíamos próximas. Decíamos Santa Rusia y en el secreto de nuestro corazón sumábamos, Santa España... Rusia también tuvo su 1905. Llegará tu hora. Quizás entonces

podamos ser una mano más en tus destinos. La que tú necesites, para manejar tus telares, o para enseñar a tus hijos”.

Con el regreso de los brigadistas argentinos se reactivó la segunda etapa de la campaña por la libertad de los presos. La adhesión de Reyna a esta lucha quedó reflejada en la poesía *Envío a España* (1934): “Porque tu recuerdo es como un zumo de/ hierbas amargas/ que nos preserva de la dulzura estéril./ Porque nos salvas de la gangrenosa cobardía,/ de la entrega sin precio,/ de la corrupta sed de servilismo./ Porque nos salvas del desprecio, que endurece los pómulos vencidos/ y brillanta con sequedad inmóvil las pupilas./ Porque las buenas gentes que engordan y/ procrean/ no se atreven a pronunciar tu nombre”.

Con la finalidad de darle un alcance nacional a las actividades realizadas se pusieron en funcionamiento nuevamente los comités de solidaridad y comenzaron las giras políticas de los militantes buscando adhesiones en el interior del país. Las tareas fueron realizadas por anarquistas que participaban en la FACA y consistieron principalmente en fundar, en cada localidad que se visitaba, un comité que apoyara la campaña y crear una red solidaria. Para poder organizar los comités se crea un Comité Nacional que luchó y trató de ejercer presión sobre el fallo de la Suprema Corte de la provincia de Buenos Aires y posteriormente sobre la Corte Suprema de Justicia de la Nación. Sin resultados positivos, en 1941 se condena definitivamente a perpetuidad a los presos. Lejos de resignarse decidieron unirse y continuaron con la agitación nacional bajo la consigna: “Indulto o conmutación de pena”.

Uno de los encargados de llevar a cabo las giras nacionales, que abarcaban una amplia zona del país, fue Jacobo Maguid, de las que Reyna fue parte. El comité que se constituyó en Junín tenía como referente a Gregorio Morelli, con domicilio en España 453. Estaban incluidos los gremios Unión Obrera Local y S. Mozos y Cocineros. La prensa que colaboraba en esta ciudad con la campaña eran el diario *Democracia* y el semanario *Germinal*.

Los actos de solidaridad por los presos de Bragado se realizaban en un contexto de represión por parte del Estado, que encarcelaba y perseguía a los militantes sociales. Por eso, los compañeros que viajaban en las campañas trasladaban un barril, Reyna subía, hablaba, la gente se juntaba y enseguida escapaban. Edna Ricceti, de Madres de La Plata, recuerda a Reyna como una adolescente muy activa, muy trabajadora, con un gran don de la palabra. Edna asistía a los actos porque su padre también era anarquista y admiraba los discursos que ella pronunciaba y la emoción que producían. Uno de ellos fue realizado en Río Segundo, provincia de Córdoba, donde Edna vivía con sus padres.

Posteriormente, el campo de solidaridad comenzó a ampliarse y se incorporó la CGT, que en la primera parte de la campaña, una década atrás, había sido enemiga. Frente a la adhesión de distintas fuerzas y del pueblo, la CGT no quería perder protagonismo y decidió enviar un comunicado al gobierno de la provincia de Buenos Aires, a cargo del gobernador Moreno, para que se conmute la pena a los presos Vuotto, De Diago y Mainini. Y así, el 8 de julio de 1942, se logró el triunfo de tantos años de lucha por las que atravesó el movimiento obrero argentino. Luego de once años lograron salir en libertad condicional los condenados por el atentado de Bragado.

El 28 de julio de 1993, el Congreso Nacional aprobó la ley 24.233 para desagraviar la injusta sentencia contra De Diago, Mainini y Vuotto. Esta ley fue impulsada por el diputado socialista Estévez Boero. Cinco meses antes de la aprobación de esta ley, el 16 de febrero de 1993, a las 20.30, murió Pascual Vuotto, en el hospital San José de Capital Federal. Era el último sobreviviente de los presos de Bragado. En 2002 se aprobó ley 12.931 que otorgó a Themis Vuotto, la hija de Pascual, una pensión vitalicia equivalente a la pensión social Islas Malvinas.

Reyna siempre fue insumisa y desobediente. Al igual que para otras mujeres la detención y la lucha por el esclarecimiento de la situación de los presos de Bragado fue la puerta de entrada a la política.

SIEMPRE ESCRIBÍ, PERO NUNCA TUVE TIEMPO DE PUBLICAR

Al igual que los anarquistas, Reyna bregaba por la transformación de la sociedad, buscaba el cambio social sin autoritarismo, luchaba por la igualdad de clases y de género, la transformación del ser humano moral e intelectual, por las condiciones laborales dignas y por la libertad. La principal idea que motivó sus luchas quedó plasmada en la poesía Herencia: “Todo, menos la tortura de ver por un vitral/ la trágica y divina comedia de la vida”.

La Revolución Rusa fue un acontecimiento que creó ilusiones en el proletariado argentino. Se creyó que las leyes creadas por la burguesía iban a desaparecer al mismo momento que se pondría fin al capitalismo. Reyna escribió en la poesía Loores a la muerte (1934): “Si mi sed de Justicia, roja cual la bandera/ que portaron los hombres de la Internacional,/ me va a seguir cual sombra hasta en el infinito,/ si siempre en las tinieblas voy a escuchar el grito/ la rabiosa protesta de la turba oprimida,/ el aullido encelado de avidez del ansioso/ que con sudor y sangre ajena, amasa el gozo/ de sus hijos, cachorros de tirano,/ si allí todo es igual, entonces, vano/ es que muera y seguiré en la vida”.

Defendió la emancipación de los obreros y el ideal revolucionario como una totalidad a alcanzar. En el breve poema Huelga expresó: “No hacer nada, / aunque el hambre triture las entrañas de la mujer/ amada. / Con sangre ajena y nuestra, después barrer el lodo. / Después... hacerlo todo.”

También se centró en la liberación de las mujeres, uno de los temas que también compartió con las ideas anarquistas de la época. En la poesía Símbolo escribió: “Así hacen de la virgen las ruedas de la vida, / juguete de prostíbulo o carne de taller.”; en la poesía A una “mala” mujer expresó: “Porque la mala sed del hombre/ se sació muchas veces en tu cuerpo comprado; / porque jamás llegó al inexplorado/ camino de tu corazón”.

La denuncia del maltrato infantil y las trayectorias sociales que pueden llevar a un hombre a luchar por su liberación o claudicar ante la opresión quedaron plasmadas en el cuento La infancia en Cruz (1934): “Para formar hombres y mujeres que sepan elegir, hay que empezar por no deformar el molde primario de toda personalidad; dignidad, respeto de sí mismo, confianza... Mientras tanto, usted pegue. Pero recuerde a la criaturita empequeñecida de espanto ante el puño que presintió pisonándole las sienes. Recuérdelo, cuando se crea con derecho a despreciar al obrero que por miedo al despido no se adhirió a la huelga, que por miedo a la cárcel delató al amigo, que por miedo al hambre toleró el “che” de un cretino bien vestido y se dobló como arco en un “Señor”. Recuérdelo porque es el mismo con unos años de diferencia.”

Esta misma preocupación por el maltrato aparece en su poesía “Infancia” (1934). Reyna contextualiza y pone el acento en la influencia de un sistema que alimenta las desigualdades. “Dos flores de hierro en un rostro arenoso,/ sus ojos oscuros de niño medroso./ Mirada que dice su drama callado,/su amarga experiencia de niño apaleado./ Una carita pálida y chupada/ ¿Cuándo se haga hombre qué dirá su mirada?/ Ojos que saben la inutilidad del llanto./ ¿la barbarie del mundo lo hará verdugo o santo?/ Destruyeron su futura Grandeza, secaron la raíz de su nobleza./ Será probablemente un pobre hombre,/ y no habrá canallada ninguna que lo asombre./ Quisiera llorar sobre esos ojos yermos,/ del pequeñuelo, precozmente enfermo./ del dolor de vivir, y mi pena profunda,/ dejar sobre sus ojos como sobre una tumba”.

La producción literaria de Reyna es extensa y abarca toda su vida. Está conformada por cuentos, novelas, poesía, ensayos, cartas, artículos académicos y textos que no tienen un género definido. Muchos de los escritos se perdieron porque los visitantes que iban a su casa se llevaban libros y borradores que ella escribía. Otros fueron destruidos en los allanamientos efectuados por la última dictadura cívico militar o eliminados antes que los militares irrumpieran en las viviendas familiares. Muchas de sus poesías y ensayos producidos en Junín fueron publicados por medios locales. En ese momento, los espacios destinados a la mujer en los medios de la época eran poco frecuentes. Según los ideales hegemónicos de la época, las mujeres obedecían al mandato social, que consistía en permanecer en el hogar y atender los deberes conyugales y maternos.

FUI CONSERVADORA HASTA QUE LLEGUÉ A LA UNIVERSIDAD

Reyna realizó sus estudios en la escuela Normal “Elisa Cazeneuve de Schultz”, en Junín. En 1932, se instaló en La Plata para comenzar sus estudios universitarios en Letras. La Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación se había creado apenas doce años antes. En 1914, se creó la Facultad de Ciencias de la Educación, bajo el pensamiento positivista de Augusto Comte y sus seguidores en la Argentina, como Víctor Mercante, decano de la facultad entre 1914 y 1920. Anteriormente Letras, Historia y Filosofía dependían de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Además de estudiar en la Facultad de Humanidades, Reyna cursó algunas materias en la Facultad de Derecho.

El domingo 24 de junio de 1934, Orientación escribió: “El viernes en tren de mediodía partió con destino a La Plata Reyna Suárez Wilson, a fin de proseguir sus estudios en las Facultades de Derecho y Humanidades, en cuyas aulas es una estudiante que ha sabido destacarse por sus singulares condiciones intelectuales. Orientación le ha tenido, número a número, presente en sus páginas y nuestros lectores le han buscado con interés y rendido el tributo de una admiración bien lograda, pues en Reyna Suárez Wilson, no obstante ser tan joven, trabaja un temperamento de mujer de enjundia poco común, recia y bien armonizada con su inteligencia clara y penetrante. Su viaje, sus

estudios, queremos decir, le impedirán, seguramente dedicar a su colaboración literaria el tiempo que nosotros quisiéramos que le ofreciese, pero compensamos ese pesar con la satisfacción de saber que Reyna Suárez Wilson va a la facultad a terminar sus estudios y conquistar el nivel intelectual que su talento bien notorio debe reservarle”.

Cuando Reyna se fue a estudiar a comienzos de la década del 30, las mujeres que tenían acceso a una carrera universitaria todavía debían enfrentarse a prejuicios vinculados a la capacidad para el conocimiento y luchar por la igualdad de derechos. A fines del siglo XIX y comienzos del XX, las mujeres que estudiaban en la Argentina una carrera universitaria eran consideradas precursoras. El acceso de las mujeres a la universidad ocurrió de manera paulatina y recién se registró un incremento marcado de inscripciones en la década del 60.

Además de las condiciones económicas de su familia, que le permitieron solventar sus estudios universitarios, a Reyna la condujo un interés por su propia independencia. Este es uno de los momentos iniciales y de las acciones que permiten sostener el comienzo de ideas feministas, que se alejan de un destino único y naturalizado para las mujeres de la época, entre los que se encontraban fuertemente arraigados el matrimonio y la maternidad.

El 6 de enero de 1935, Orientación publicó:

“Reyna Suárez Wilson: acusa un temperamento recio dentro de la hondura de sus sentimientos y escribe conforme a él. Su prosa expresa con claridad y fuerza y sus versos son vibrantes, no pocas veces con ecos y no pocas, también, con dulzura de mañana que florece diáfana y fresca tras la tempestad de la noche hosca. Estudió en la escuela normal Elisa Cazeneuve de Schultz y siguiendo un propósito del momento, resolvió completar el bachillerato, preparándose en pocos días. Fue a exámenes y venció. Después se inscribió en la facultad de Humanidades de La Plata y, como si ello fuera poco al afán de estudiar y ampliar su educación, ingresó también a la facultad de Derecho, cuyos cursos sigue. Está muy próxima a obtener el título de Humanidades.

Escribió en periódicos y dio conferencias sobre temas diversos, campeando en su prosa un concepto definido en la izquierda, impulsada por ideales de justicia social. Ha publicado un libro de versos “Las voces del silencio”, cuyo valor informa auspiciosamente la crítica. Reyna Suárez Wilson es una escritora de talento y cultura, que abre al juicio un interrogante de esperanza. En los actuales momentos trabaja en un nuevo libro, anticipo auspicioso de cual son los versos de la presente página. La figura fina y cabal, la armonía del conjunto, la unidad del poema, el ritmo delicado, la emoción que ahonda el verso, son elementos artísticos puros de uso en las composiciones de Reyna Suárez Wilson. Cuando esta poetisa logre la difusión de sus poemas en forma propicia al conocimiento de ellos, su personalidad cobrará públicamente los contornos firmes que nosotros hemos visto. Posee temperamento y carácter y una cultura amplia, que se afirma a medida que avanza en sus estudios universitarios y libres de la literatura. Tiene el porvenir a la vista, como puerto seguro a un arribo triunfal.”

En 1934, Reyna publicó su primer libro, *Las voces del silencio*. Se lo dedicó a su madre y amiga Jessie Will. En ese momento el costo del libro era de \$ 1.20. Para que el libro pudiera ser publicado trabajaron Esteban Jacinto, Manuel González, Román Arregui, Atilio Blasi, Nicolás Lamelza e Inocencio Giménez. Uno de los ejemplares que se conserva en la Biblioteca Municipal de Junín está firmado, el 17 de octubre de 1934, y dedicado a Moisés Díaz, con quien compartió las peñas de El Mentor. Moisés Díaz fue un periodista y escritor peruano, que al llegar a Junín se unió rápidamente a la redacción del diario El Mentor. También compartió con Reyna la pasión por las letras y la poesía.

El 21 de octubre de 1934, el periódico Orientación anunció la publicación del libro de poesía. “Son las tuyas voces del silencio, versos de emoción y de fuerza ideológica, que conmueven y se hacen decir, en voz baja o a gritos, pero con dolor. La joven poetisa se revela como un temperamento de líneas firmes e inconfundibles. Sus versos son canciones de esperanza y no pocas veces de lucha. Una fuerte inspira-

ción de justicia los ilumina. La figura, el ritmo interno, la inspiración, son sus principales valores. Hay en ellos el concepto que informa la vida de una mujer de carácter, con ideas que exaltar”.

También la publicación de su libro fue anunciada en el medio local *El amigo del pueblo*, el 10 de noviembre de 1934: “Las voces del silencio es un título del libro de versos que está en venta, del cual es autora la señorita Reyna Suárez Wilson; otra hija de nuestra ciudad, que viene destacándose en las letras. No conocemos aún su libro, pero conocemos las condiciones que reúne la autora como escritora, lo que nos hace suponer que su libro será toda una pieza literaria de acuerdo a sus antecedentes”.

En febrero de 1935, el diario porteño *Crítica* publicó en su prestigiosa sección literaria una reseña de *Las voces del silencio*. En ese momento, *Crítica* estaba dirigido por su fundador, Natalio Botana. Y su esposa, Salvadora Medina Onrubia, la primera escritora anarquista feminista, también formaba parte de las decisiones editoriales y posteriormente se hizo cargo de la dirección.

“Más subjetiva aún es Reyna Suárez Wilson, autora de *Las voces del silencio*, más subjetiva, pero con una intención objetiva imponente. Reyna Suárez, poetisa, canta amores, pero sólo al margen o como preludeo o mientras practica frente al arco. Su cuerda es otra, es el dolor de los miserables, y en cuanto que la función empieza de veras, la pulsa y logra acentos penetrantes. Quisiera tener un hijo; pero ¿para guerrear mientras los generales mueren en la cama? Si para eso lo tuviera “le prendería una insignia de desertor con honra”. ¿Cuándo –dice en otra composición –rayará de rojo el horizonte nuestra bandera universal?

Claro que se puede declamar con acento enérgico y sincero a favor de los pobres, de los que sufren injusticia en la tierra, de los avasallados y no ser poeta; pero en Reyna Suárez Wilson hay auténtica vena poética además de eso, y si no véase esta pequeña joya de su libro, la canción de la madre de todos, un trozo de gran calidad lírica: Credo/ “¿Alguien amó tan solo al hijo de su carne?/ Yo amaré hasta

la carne de la escoria,/ y por cada mujer, que se encerró en la gloria/
de un cuerpecito suyo, yo he de darme/ sin tasa. Basta para ser ma-
dre/ con que haya un solo niño tirado por las calles./ El don de la
ternura que nos dan es precario,/ es tan fácil amar, tan necesario,/ y
ellos están brindando con las manos tendidas/ a cambio del refugio
seguro de sus vidas,/ el amor sin recelos, la belleza sin manchas,/ la
pureza hecha carne, la gracia hecha verdad./ Si la mujer estéril tiene
el regazo suave,/ es porque hay niños solos, perdidos/ en la noche. Y
el regazo encendido, / como una lumbre grata, de la mujer sin hijo, /
a cualquier criatura puede servir de nido.”

Los comentarios del libro trascendieron la Argentina y la revista Atenea, que se editaba en Concepción, Chile, publicó un comenta-
rio a cargo del conocido autor de ese país Carlos Préndez Saldías.
“Las voces líricas de las nuevas mujeres que cantan en América ni son
muy variadas ni vibran muy alto. Hay quienes siguen en verdadera
majadería, las rutas de la Mistral, sin llegar, por supuesto, a su cima
desolada; otras hay que imitan a la Ibarbourou y a la Storni, y apenas
si consiguen hacernos reír con su canto malogrado. Son raras, por
eso mismo, estas “Voces del silencio” de Reyna Suárez Wilson, que no
tienen resabios de canciones ajenas.

Ni sensual ni mística, hay en la estrofa de esta poetisa argentina
cierta vibración de sana juventud, artista que se entrega a vivir sen-
cillamente, sin complicaciones cerebrales ni dolencias del subcon-
siente. Con cierta inexperiencia técnica, casi todo su libro es un bal-
buceo literario. Pero asoma en muchas poesías lo que no se aprende;
la artística visión de las cosas y de la vida. Copiamos un fragmento de
“Riqueza interior”, tal vez el poema más logrado de su libro: “Yo mo-
dulé mis preces/ paganas, repasando el rosario/ cálido de tus besos./
Yo esperé muchas veces/ que el brillo del relámpago me cortara las
sienes,/ embanderándome de júbilo la sangre./ Una corteza melancó-
lica y serena/ de conocer la íntima veta de la Verdad/ matiza de gracia
mi íntima pena/ y embellece mis años,/ como enciende la mata de ge-

ranios/ las ventanas más grises”. Reyna Suárez Wilson comienza con estas “Voces del silencio”, su carrera literaria. ¿Dará frutos mejores?”.

La poeta argentina María Raquel Adler, quien integró la comisión directiva de la Sociedad Argentina de Escritores entre 1934 y 1938, también escribió sobre el libro de Reyna, en el número correspondiente a marzo de 1935, de la revista porteña “La Literatura Argentina”. “¿Quién es Reyna Suárez Wilson? Nos envía su libro con unas líneas correctas. Buscamos el pie de imprenta, lugar, fecha donde apareció y nada hallamos. Sabemos solo que su autor se esconde bajo ese nombre o ese seudónimo. Comenzamos su lectura y advertimos la sensibilidad femenina de sus versos. Es pues una poetisa. ¿Qué será esto de sensibilidad femenina? Preguntará seguramente el lector. Pero ha de saber que la mujer escritora escribe en nuestro continente bastante como para tener un acento literario femenino. Llegará a poseer en casos únicos acentos vigorosos y de alta inspiración, pero no deberá disimular que es mujer. Y esto será siempre su mayor elogio.

Hemos recorrido las páginas de *Las voces del silencio*, y hemos aquí dispuestos de nuevo a decir una palabra de elogio a su bello temperamento poético. Diremos: he aquí una poetisa. Esencialmente lírica, en muchos momentos, ágil y vigorosa en sus imágenes, que conjugan su verso en una fina síntesis de expresión lírica. No sabemos si este libro que nos ocupa es el primero dentro de su producción. No importa. Tan sólo podemos insinuar que *Las voces del silencio* es uno de los mejores libros femeninos aparecidos últimamente”.

Entre viajes a Junín, envíos de sus escritos literarios para publicar en revistas locales y visitas de su madre, Reyna continuó sus estudios en La Plata. El 16 de enero de 1937 se casó con José Enrique Diez, en Capital Federal. Se habían conocido en 1931, a los 17 años. Los diarios y periódicos de la época reflejan que se trató de una pequeña ceremonia y que se realizó en la mayor intimidad. La testigo por parte de la novia fue Sara Helena Barroumères de Viana y por el novio, Francisco Viani.

José Enrique Diez nació en Junín y permaneció en esta ciudad hasta que comenzó a estudiar Derecho en la universidad y posteriormente matemática. Su padre, Aurelio Diez, fue un herrero oriundo de Castilla que se había radicado en Junín. Vivían en una casa en la que se sucedían habitaciones conectadas entre sí y ubicadas a lo largo del terreno. Al final del patio había un gallinero y en una de las habitaciones Aurelio realizaba los trabajos de herrería y las virutas se esparcían por el resto de la casa. Su madre se llamaba Irene Campodónico y tuvo tres hijos: Enrique, el mayor; Oscar, que fue maquinista del tren; y Amelia. Sus infancias estuvieron marcadas por un acontecimiento: los tres hermanos habían enfermado de difteria y finalmente, Amelia murió. Años más tarde, Enrique y Reyna decidieron llamar a su primera hija mujer Amelia Perla.

En 1937 nació el primer hijo de Enrique y Reyna, Ramiro, en Capital Federal. Para ese entonces Enrique había abandonado sus estudios universitarios y contemplaban la idea de mudarse a Junín, dado que en Buenos Aires no habían conseguido ningún trabajo que les conviniera. Al igual que muchas mujeres libertarias, Reyna percibía el rol de la maternidad alejado del ideal dominante correspondiente a ese momento histórico. La participación política de la mujer no podía verse obstruida por la presencia de un hijo, debía continuar con su lucha en busca de una sociedad más libre y justa.

En 1934 escribió: “Yo no quiero tenerte, para hacer del Amor,/ ternura evanescente centrándose en tu torno;/ para romper las hojas donde con pulso firme/ y decidido, yo escribí que era/ infamia, que el hombre fuera el amo del hombre,/ y que en la vasta urbe y en el campo inextenso,/ quedaran cual jalones los vencidos,/ sin trabajo y sin pan./ Si yo supiera, vida pequeña,/ que aún mi carne no acuna,/ que habías de cerrarme todos los horizontes/ de la vida consciente, de la verdad desnuda,/ aunque tu presentimiento/ alborea de júbilo mis veinte primaveras,/ me fuera triste tu advenimiento.” El mismo año escribió: “Con el fervor con que te doy, aún no nacido,/ sé que te entregarás tú, hijo mío,/ si tu sangre no traiciona mi sangre./ Te cuidaré

de todos, y si el clarín proclama/ que debe congregarse la legión de los jóvenes,/ a defender un latifundio más/ mientras los generales se mueren en la cama,/ te prenderé una insignia de desertor, con honra./ Si has de ser carne de masacre/ no será en la trinchera, será en la barricada/ de una nueva "Comuna"

Cuando regresaron a Junín, Reyna y su marido comenzaron a trabajar en el diario Democracia. Reyna fue una de las primeras mujeres en publicar sus escritos en este diario, que fue fundado el 17 de octubre de 1931. Años más tarde recordaría: "Democracia era un órgano radical, pero el director, Moisés Lebensohn, era una persona de una enorme ecuanimidad y después tuvo mucha influencia y se destacó muchísimo en la política. Tengo una fotografía de él que está averiada por el tiempo, pero no desmiente lo que él era, la inteligencia, la dureza, el rostro. Él era una persona de ascendencia judía, pero ni siquiera se acordaba de eso, se casó con una muchacha de Junín. Quiero decir que tenía un espíritu amplio y amplio para todo. Nos quería mucho porque éramos muy jóvenes". En Democracia empezó a escribir la sección de Sociales, que abarcaba una página e incluía información de los habitantes de la ciudad, que se enmarcaba en recuadros. En cada uno de los recuadros publicaban los festejos que se realizaban en la ciudad, los viajeros, los enfermos, los fallecimientos, los compromisos y los casamientos. Además, incluía poesías de autores locales y algunas veces Reyna escribía artículos políticos que se publicaban en otras secciones. Enrique hacía la página de noticias extranjeras e informes especiales y luego corregía las pruebas. Una de las poesías de Reyna que se publicó en la sección que estaba a su cargo fue Romance en mar, el viernes 14 de julio de 1939: "...Cuidado del que confía/ su corazón a la mar, / hechos son y no palabras, / ya no se puede borrar. / ¡Al cuidado del que parte!/ la muerte estará al final, / en la quilla, a flor de agua, / cantando sobre la mar".

También publicó en el diario Democracia uno de los escritos que conservó hasta el final de sus días. En el texto reconstruye la vida y la obra de Lisandro de la Torre: "Lo llamaron amargado y envene-

nado. Porque no se sentían capaces de levantar esa voluntad de bien público hasta la esfera constructiva de gobierno a que hubiera estado destinado en un país de más fe, de más visión política, de más idealismos que el nuestro... Defendiendo las carnes argentinas, el trigo argentino, la libertad de conciencia frente al clericalismo militante, el derecho comunal como foco de derechos y obligaciones comunales en armonía de verdadero federalismo y escuela cívica forjadora de personalidades auténticas.”

El segundo hijo de la familia, Rolando Aurelio –nombre que le pusieron en honor a su abuelo paterno-, nació en Junín, en 1940. Se habían trasladado a la ciudad en busca de un trabajo estable y querían comenzar a dar clases con los conocimientos que habían obtenido de sus estudios universitarios. Así que mientras Reyna trabajaba en el diario, el 15 de marzo de 1939 se incorporó como profesora al Colegio Adscripto Argentino Junín. Conservó este trabajo hasta su partida de Junín, en marzo de 1941. Este es un período de Reyna en el que la publicación de escritos literarios quedó en un segundo plano. Escribía en cualquier lugar y en las condiciones más adversas, pero no publicaba. Para ese entonces la revista Orientación, uno de los espacios que más incentivó la circulación de sus textos, había cerrado. Su director, Félix Esteban Cichero, escribió en el último editorial, el 30 de junio de 1940: “La vida nos necesita, pero no nos retiene. Nos necesita esta sociedad, pero no nos retiene. Le hacemos falta de la luz, de la música, de la emoción, y no nos retiene... Nos vimos de frente, un día de los pasados, a una suerte rural ignorante ¿Cómo es esto posible, a cuarenta años del siglo XX? ¿Cómo era cierto semejante cosa terrible, en días de recientes años pasados? No se podía permanecer inactivo ni en silencio ante este panorama desgraciado de la sociedad que compartimos. Y nos propusimos echar sobre este mundo rural un poco de la luz del urbanismo que nos pareció útil a su suerte. Así se hizo. Por eso anduvimos por tierras áridas y ásperas; por eso soñamos las raras cosas que no pudimos realizar. Pero era un deber

e íbamos en su cumplimiento. Y una civilización más fuerte nos ha vencido... Somos sus víctimas”.

LA CREACIÓN DE UNA ESCUELA SOCIALISTA

Cuando Rolando tenía nueve meses la familia se mudó a Los Toldos, con la idea de crear una escuela secundaria libre y laica. Anteriormente, Reyna y Enrique habían viajado al pueblo para encontrarse con unos amigos de la madre de Reyna y consultar si existía la posibilidad de concretar el proyecto, dado que hasta entonces no se contaba con formación secundaria. Los habitantes podían cursar la primaria completa y cuando finalizaban los estudios se veían obligados, en caso de que sus familias pudieran solventar los gastos, a mudarse a Lincoln, Bragado o Junín, donde se encontraban los colegios religiosos de internados más cercanos. La mayoría abandonaba sus estudios. Las mujeres eran las más perjudicadas porque los padres elegían a sus hijos varones para costear los estudios afuera de la ciudad y las hijas quedaban relegadas a los quehaceres domésticos.

Reyna creó, en 1941, el Instituto Esteban Echeverría. Ese año el curso se abrió con ocho alumnos y se dictaban las clases en la casa familiar, ubicada en la calle Dorrego. La vivienda era extensa y en cada espacio se podían observar libros, anotaciones y cuadernos, que se encontraban dispersos por cualquier lugar de la casa. Se entraba por un zaguán y vestíbulo que daba a un prolongado pasillo, por el que se accedía a una gran cantidad de habitaciones, todas de madera de listones. La cocina tenía azulejos rojos, piso del mismo color y un

horno económico. El orden, una de las tareas de la época destinada a las mujeres, no era una preocupación para Reyna. Ella era una mujer centrada en el conocimiento, en la lectura, la escritura y abocada a la formación de sus estudiantes. Al final se llegaba a un enorme patio, con un cañaveral, y todo tipo de frutas, como granadas y mandarinas, y terminaba con un gallinero en el fondo que daba al lote del vecino. A medida que sus hijos iban creciendo pasaban las tardes sentados arriba del tapial comiendo frutas, entre los perros y los gatos, que acompañaron a Reyna durante toda su vida. La casa era alquilada y en ella nacieron, en 1943, su hijo Alberto José, y en 1949, su primera hija, Perla.

Todas las mañanas bien temprano repetían la misma rutina. Despertaban a los niños y comenzaban a levantar las camas, una por una, hasta que liberaban el espacio y transformaban la casa familiar en aulas. Al principio, los profesores eran solamente Reyna y su marido. Ella además de ser la directora, enseñaba las materias humanísticas y los idiomas. Enrique estaba encargado de las exactas. A medida que el instituto iba creciendo fueron incorporando más docentes, pero si faltaba algún profesor Reyna enseguida los reemplazaba. Ella daba francés, historia, literatura, estaba preparada para formar a sus alumnos y enseñarles todos sus conocimientos.

Unos años antes, a Reyna la habían invitado a celebrar el 34 aniversario de la fundación de la biblioteca Juan B. Justo, en Junín. En esa oportunidad, brindó una conferencia sobre la educación, junto al diputado nacional y profesor Alejandro Castiñeiras. Se basó en tres ideas: educación religiosa, educación laica, educación socialista. Al referirse a la educación socialista, modelo en el que se guio para crear su propia escuela, expresó: “Queremos obreros que no agoten su vida en la tarea rutinaria, embrutecedora de ajustar una tuerca, o dar vuelta la manivela de una máquina, a cuyo servicio ponen solamente la voluntad física, porque aquella otra que dimana de la noble comprensión de estar cumpliendo una misión fecunda no existe. No existe, porque están poco trabajados espiritualmente. Y no existe, porque es falso que sea cumplir una misión fecunda obedecer pasivamente

al amo que paga lo estrictamente necesario para que el instrumento humano de trabajo subsista en su calidad de tal. Y exige más allá de lo humanamente posible... Un hombre no puede dar solamente tornillos y correas, o sembrar eternamente los campos ajenos y segar hasta la muerte las cosechas ajenas... Queremos mujeres que tengan un horizonte más amplio que el del hogar... Queremos el hombre integral, universal, no tanto en el sentido de la retención como en el de la comprensión. Que se conozcan y se recuerden las liberaciones de los pueblos con nombres, fechas y opiniones teóricas... Necesitamos seres claros, fuertes, armoniosos. Que no tiemblen ante la posibilidad de pecados, que no existen sino en el interés de los que pretenden ser únicos usufructuarios del 'pecado' y sus beneficios...”

Reyna fundó el instituto bajo el precepto de la igualdad y la libertad. Incentivaba a que los habitantes del pueblo enviaran a sus hijos, sin importar el género y el nivel económico. También incluyó a los integrantes de las comunidades indígenas, quienes eran expulsados de la educación por no compartir las ideas religiosas. Reyna no se dejaba guiar por privilegios políticos y económicos. Los estudiantes pagaban la cuota de acuerdo a lo que podían, ya sea dinero, verduras o comida. Esto despertó la curiosidad de las clases más acomodadas, quienes se acercaban al instituto a cuestionar el pago diferencial. Posteriormente, la municipalidad comenzó a darles becas a los estudiantes que lo necesitaban. Años más tarde Reyna recordaría sus vivencias en Los Toldos: “Yo agradezco al destino que me ha dado los medios de incorporarme siempre a cosas que yo valoro y nunca por la plata. En General Viamonte no había plata, pero la pasé bien. Años muy lindos en la escuela. El que no podía, no pagaba. El verdulero pagaba con un repollo. Nada que ver a cuando trabajé en el Colegio Nacional de La Plata. Era un ida y vuelta, porque el trabajo vale. Cada uno aportaba lo que podía aportar”.

Reyna les leía los textos de José Ingenieros a sus estudiantes. Tenía seleccionadas unas máximas que, de manera sintética y simbólica, abordaban distintas temáticas a partir de las cuales se podía re-

flexionar. Algunas de ellas eran: “La meta importa mucho más que el rumbo”; “Joven es quien siente dentro de sí la fuerza de su propio destino”; “Renovarse es prueba de juventud. Todos los que se han detenido son enemigos naturales de los que siguen andando”; “Tres yugos impone el espíritu quietista a la juventud: rutina en las ideas, hipocresía en la moral y domesticidad en la acción”. A la tarde Reyna llevaba a sus hijos a la biblioteca, al cine y participaba de la rica e interesante vida social que tenía Los Toldos.

Reyna llegó al pueblo persuadida de que los jóvenes necesitaban un lugar en donde proseguir sus estudios sin necesidad de emigrar. Al tiempo comenzaron a incorporarse profesores al instituto, la mayoría de ellos tampoco había podido finalizar sus estudios, pero los guiaba la pasión por enseñar. Entre ellos se encontraban: Celia Vinuesa, Coca Gómez, Nelly Pérez, Nelly Galarreta, Francisco Vidal, señor Celis, señora de Lego, señor Maidana, Beba Otermin, señora Álvarez Tita Verge, Dorita Martínez, Micaela Iribarren, Padre Kaufmann, Dr. Lombardo, María E. Negrete, Chola Prieto, Blanca Ríos, Nelly Tartaglino, Pocha Ruquet, Chicha, Roberto Iribarren, Gerez, Molinelli, Zalazar. Con el paso de los años, algunas clases comenzaron a dictarse en el Club Cuerpo Físico y Cultura o en el Centro de Comercio. También se formó el primer centro de estudiantes y se organizaron los primeros bailes de la primavera en el pueblo. Con uno de los primeros grupos de estudiantes creó la revista El Trigo y utilizaron el símbolo de la espiga.

El 31 de diciembre de 1948, El Municipio, periódico de Los Toldos, publicó: “El Instituto Incorporado Esteban Echeverría es un orgullo para General Viamonte. Dirigido por una profesora de cualidades brillantes, con un cuerpo de profesores que están ampliamente compenetrados con su misión, representa este Instituto una garantía para nuestra juventud cuya educación está cimentada por la calidad de quienes imparten instrucción”. En la publicación se destacan las mejores alumnas de ese año: Nora Peñalba, María Idone, Juan J. Maffeo, Nora González, Ana M. Giromini. Ese mismo año se recibió Ha-

roldo Coliqueo de bachiller en Bragado, después de haber cursado en el Instituto E. Echeverría.

María Idone, ex alumna del Instituto, cursó en 1945 su primer año en el instituto. Vivía en el campo junto a su padre y su madre, quienes a pesar de la época y de ser hombres de campo, decidieron enviarla a estudiar. Eran nueve hermanos. María ingresó a primer año en el colegio de monjas Notre Dame, que estaba situado en la ciudad de Lincoln. Era un internado y a cada alumno le designaban un tutor. Al comenzar segundo año se enfermó gravemente y no quiso volver. Sus padres decidieron anotarla en el Instituto Esteban Echeverría, junto a su hermana Aurora. Las dos iban al Instituto desde el campo en sulky. Realizó en el instituto segundo y tercer año, después rindió el examen de selección que era requisito para ingresar en cuarto año. En Los Toldos no se podía cursar cuarto, pero como rindió bien sus padres decidieron enviarla al Colegio Santa Unión de Junín, donde vivió un año. María lamenta no haber podido terminar sus estudios, en ese momento se había casado y para una mujer estudiar y ser esposa eran dos tareas excluyentes. En la entrevista, a sus noventa años, recuerda cómo era Reyna y la experiencia de haber asistido a la escuela: “Reyna fue mi profesora. Excelente, qué inteligencia, qué mujer, qué cabeza. Era profesora de francés y de otras materias. Porque ella si faltaba un profesor lo reemplazaba, era excelente, y tenía hijos y todo. Vivían ahí en el instituto, y el marido era profesor de matemática también, un señor siempre con sombrero y bigotito. El instituto era una casa, grande, cómoda. Nosotros en tercer año éramos trece alumnos, cuatro varones y nueve mujeres.

Reyna era maravillosa, era desprolija... ella no tenía tiempo en ser una maravilla, era inteligente, era un bocho. Yo siempre me acuerdo de ella. Enamorada de los libros, en la casa tenía muchos libros. Ella era un despelote porque no tenía tiempo de ser prolija, no le interesaba, no le importaba, estaba en otra. A mí me encantaba esa mujer, siempre la he nombrado como un ejemplo. Porque ella fue un ejemplo de persona.

Era rectísima. No era de estas que acomoda a los alumnos, era completamente derecha con todos. Yo digo que era perfecta, porque tenía una manera de ser especial. Yo me acuerdo de los hijos. Ella era divina, qué recta que era, qué mujer derecha, era especial, insobornable. Yo no sé cómo sería con los profesores, con los compañeros, con lo inteligente que era ella. Ella era superior. A mí me encantaba. Uno al lado de ella no era gran cosa, porque ella era tan capaz. Con tanto conocimiento, uno era menos.

Reyna era con todos iguales, no tenía preferencia. Ella daba su clase, porque tenía mucho que hacer, tenía mucho trabajo. Ella no era profesora de mi año, era de todos, era la directora. Como para ser prolijita, ya no era por naturaleza y encima era una mujer de mucha tarea. No podía ocuparse de esas pavadas. Merecía todo el respeto y el cariño de la gente. Demostró que era superior. A mí me gustó mucho esa mujer. Y con los alumnos era pareja, nada de acomodados ni de preferencia.”

Néstor Donatelli cursó en el Instituto Esteban Echeverría el último año que funcionó, es decir, en 1950. Era compañero de Ramiro, el hijo de Reyna y en su curso había 24 estudiantes, varones y mujeres. “Yo fui alumno del instituto, la tuve como profesora a ella de francés. Maravillosa, así como era de inteligente y de capaz como docente y como investigadora también era desordenada en su vida. Por ahí se aparecía con una media de un color y otra de otro. Ella estudiaba, leía todo el día. Libros por todos lados. Ella fue la precursora de la enseñanza secundaria en Los Toldos y fue una gran experiencia, ese año la pasamos entre la orquesta y la politización. Reyna nos incentivaba a todo esto”. En su curso, en primer año, formaron una orquesta llamada Jazz Bahía. Primero eran unos niños que hacían música y vestían con pantalones cortos y a los 15 años, cuando se consideraban adolescentes, empezaron a usar pantalones largos. Este conjunto musical comenzó a ser conocido en la región y organizaban los bailes del club social y también viajaban a hacer presentaciones a Robert, a Tejedor, a América. En América, les pagaban un buen caché, pero además

el presidente del club los invitaba a comer. “Ramiro no participó de esta orquesta, porque Ramiro era el político, el filósofo, estaba en esa época enamorado de Frondizi, con el libro Petróleo y política. Una vez iba leyendo por la calle y antes estaba el pueblo lleno de sulkys y caballos, atados a los palenques, y él iba leyendo el libro y se llevó por delante un caballo”.

Los alumnos eran preparados en el instituto durante tres años y una vez finalizado el curso rendían libres, en Bragado. Después comenzó a ser independiente, pero este ciclo no tenía continuidad en Los Toldos. Por ello, tenían que seguir sus estudios secundarios, cuarto y quinto año, en Bragado o Junín. Recién el 7 de agosto de 1951, Blanca Duarte de Álvarez Rodríguez, una de las hermanas de Evita, realizó las gestiones para continuar con el proceso iniciado por Reyna y creó la Escuela Normal, que permitía a los estudiantes realizar el trayecto de educación secundaria completo y poder finalizar la formación en Los Toldos. La escuela llevó el nombre de Justo Lucas Álvarez Rodríguez, el marido de Blanca Duarte y abuelo de Cristina Álvarez Rodríguez. Ese año se recibió la primera promoción de maestros y en 1952 la primera promoción de peritos mercantiles. Debido a esta creación el Instituto Esteban Echeverría dejó de funcionar y Reyna continuó dando clases en la Escuela Normal. En ese momento, la Escuela Normal no contaba con un edificio propio, por ello la Escuela Primaria N° 1 le había prestado su edificio para que pudiera funcionar y permaneció sin un espacio propio durante muchos años.

Si bien Reyna fundó el Instituto, no pudo ocupar el cargo de directora en la Escuela Normal. Su repentina partida de La Plata en busca de trabajo le impidió finalizar sus estudios en la Universidad Nacional de La Plata. Le habían quedado pendientes los dos latines y los dos griegos, lo que la inhabilitaba para ser directora. Pero, aunque no figuraba en los documentos, aun así, ejercía ese espacio, dado que sus años de experiencia en la docencia y su gran capacidad para gestionar hacían que los demás docentes le otorgaran ese lugar.

Uno de los docentes que trabajó junto a Reyna en la Escuela Normal fue Horacio de la Cámara, escritor y periodista de Junín. También ejerció la profesión de escribano público. Luego, cursó en la misma época que Reyna Letras en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, en la cual obtuvo el primer premio y medalla de oro en el concurso universitario “Premio Ángel Gallardo”. Había trabajado en el diario El Mentor y dirigió los primeros meses de la revista Orientación, por lo que había entablado una amistad con Reyna y su madre.

Reyna y Enrique tenían una amistad con un matrimonio de maestros, Juan González y Mancía de la Torre. Ellos se desempeñaron en la Escuela 3 y posteriormente decidieron mudarse a Buenos Aires, donde Juan comenzó a trabajar en una compañía de seguros. Por este amigo, Enrique recibió la propuesta de unirse a este mismo trabajo y comenzó a vivir en Capital Federal durante la semana, en Avenida de Mayo 952. Los viernes por la noche llegaba a la estación de tren, con sombrero, traje, corbata y con una pequeña valija, y Reyna y sus cuatro hijos esperaban ansiosos su llegada para compartir juntos el fin de semana. La estación se encontraba a unas pocas cuadras de la casa familiar, así que realizaban el recorrido caminando. Algunas veces él se quedaba en Buenos Aires, en el hotel céntrico en donde se alojaba, y Reyna viajaba con sus hijos a visitarlo. Entonces paseaban y recorrían la ciudad, visitaban algunas plazas o jugaban en la vereda.

Una tarde en Los Toldos llegaron las camionetas con los juguetes que repartía Eva Perón. Perla, la hija menor de Reyna, insistía en que quería uno de los juguetes que se entregaban, pero su madre le repetía, una y otra vez, que solo eran para aquellos que realmente lo necesitaban. A pesar de las explicaciones de su madre, Perla consiguió su único juguete: un pato Donald grande. Luego del fallecimiento de Eva, en 1952, la actividad de la fundación decayó y después del derrocamiento de Perón la dictadura dio fin a estas tareas. El régimen dictatorial se encargó de romper los bancos de sangre en los hospitales, quemar muebles, ropa, medicamentos, todo lo que tuviera el

sello de la entidad. En 1952, Reyna se encontraba trabajando en la Escuela Normal y el director le encargó la pronunciación de un discurso en la plaza de Los Toldos por la muerte de Eva, el pueblo que la vio nacer. Reyna era la mejor oradora y sus palabras convocaron a todo el pueblo. También asistieron las escuelas, docentes y alumnos, quienes quedaron sorprendidos con sus reflexiones. De Eva la separaba una distancia generacional, pero habían concurrido a la misma escuela Normal de Junín, dirigida por Elisa Schultz, y compartieron los extensos pasillos. Años más tarde, en junio de 1992, escribió en la revista *Retruco*: “Ella se compenetra de los hechos que hay que enmendar y corregir para llevar adelante un programa nacional y popular y para hacerlo mejor debe acercarse hasta en imagen a aquellos con quienes asumió un compromiso social: los ancianos, los niños, los obreros. Crece su estatura ética. Si antes disfrutaba al recibir aplausos admirativos de su belleza y elegancia ahora prefiere el beso pegajoso de los chicuelos y ella misma acaricia la frente arrugada de las abuelas. Creo que nadie acertó como ella en la delicadeza de dar pronto y bien lo que se le pedía. Y algo más. Para que alguna vez a un pobre algo le sobre... La oligarquía no pudo sobornarla, por eso la odió. Muchas mujeres la calumniaron y menospreciaron. Quizás, en el fondo, expresaban turbiamente el rechazo a la vida que llevaban: de sometimiento patriarcal, de falta de objetivos fuera del matrimonio y la maternidad. Ella les respondía con indiferencia”.

Uno de los logros más reconocidos a Eva fue la ley del voto femenino, en 1947, conocida como Ley Evita: “¿Acaso no acredita una intuición sagaz, una consideración reflexiva madura, su campaña por el voto femenino, que la enfrentó hasta a parlamentarios de su mismo partido? Sin contar con los arcaicos dinosaurios de todos los colores. Leer ahora, los argumentos en contra del voto, constituye el mejor estímulo para la carcajada... Casi todos, hombres y mujeres reaccionaban afectados de paternalismo agudo. En ese aspecto, no en el del trabajo a destajo, sin horario, sin vacaciones, sin aguinaldo, sin amparo jurídico en la maternidad... No llegaba a tanto el paternalismo...

Se puede ser sujeto de la Historia un breve espacio temporal y sin embargo dejar estampada una huella personal, profunda y trascendente. Así fue Eva Perón”.

La escuela organizaba todos los años un festival artístico, a cargo de la Comisión Permanente de Actos del Establecimiento, integrada por docentes entre los que estaba Reyna. La noche del 29 de octubre, el pueblo concurrió al Teatro Italiano de Los Toldos. Docentes y estudiantes realizaron un gran despliegue artístico y cultural que se preparaba durante todo el año. Reyna realizó un relato de la guerra gaucha y escribió, junto a sus estudiantes, los libretos para interpretar las obras de teatro de esa noche.

EL PRIMER EXILIO

En 1955, la familia Diez tuvo su primer exilio. En septiembre de ese año la Argentina era sacudida por un golpe de Estado que se dio a partir de la sublevación cívico-militar que derrocó al gobierno constitucional de Juan Domingo Perón. Se instauró una dictadura encabezada por el general Eduardo Lonardi, que se autodenominó Revolución Libertadora, y que recibió por parte de la oposición el nombre de Revolución Fusiladora. Para lograr la pretendida desperonización era necesario comenzar por la escuela y lograr la “purificación”. Una de las acciones que se llevaron a cabo fue dejar cesante a los docentes que habían tenido alguna participación política ligada al peronismo.

Con el derrocamiento de Perón muchas escuelas fueron intervenidas. Los estudiantes se movilaron, ocuparon los establecimientos y se iniciaron conflictos al interior de las instituciones educativas. Incluso se produjeron enfrentamientos de diversos grupos que discutían la necesidad de reemplazar o dejar en sus puestos a directores y docentes. En un clima de crecientes conflictos políticos el ciclo lectivo de 1955 debió concluir antes de tiempo. La Escuela Normal de Los Toldos no estuvo exenta de estos conflictos.

En ese contexto, Reyna continuaba trabajando en la Escuela Normal cuando ocurrió un conflicto entre alumnos de este establecimiento y el Anexo Comercial. Los estudiantes que egresaban de la

escuela ese año habían asistido, en 1950, al último curso que se había dictado en el Instituto Esteban Echeverría, entre quienes se encontraban Ramiro Diez, el hijo mayor de Reyna. En octubre de 1955, el grupo de estudiantes se encontraba dividido. Uno de ellos manifestó su disconformidad con el rumbo que había tomado el establecimiento y se negó a entrar a la clase. Entre las razones esgrimidas ante el director Bernal figuraba, en primer orden, la separación del cargo de algunos profesores que consideraban contrarios al ideario de la Revolución Libertadora y por ello, incompetentes para el desempeño de la función.

Ante esta situación, el otro grupo de estudiantes impulsaba la intervención del Ministerio de Educación para dirimir el conflicto a través de los canales institucionales. También mostraban su adhesión al director, que era cuestionado por los otros, y rechazaban la idea de intervenir la escuela, ya que consideraban que era una decisión arbitraria e innecesaria. En este grupo se encontraba el hijo mayor de Reyna, quien era el encargado de escribir muchos de los panfletos y manifiestos que circulaban. Para ese entonces, algunos docentes habían sido suspendidos por el director Bernal, por las exigencias de los alumnos conservadores.

Ramiro y sus compañeros defendían la escuela día y noche. Estaban en contra de la Revolución Libertadora y de la intervención de la escuela. Por ello todas las noches subían a la terraza y desde allí controlaban que no pudieran entrar padres y estudiantes. Aun así, los padres, liderados por Cavadini y Menucci, intervinieron la escuela y, luego de haber ingresado al establecimiento, se pelearon con palos y piedras. Sostenían que había que defender los postulados que emanaban de la Revolución Libertadora. Perla, con apenas seis años, era testigo de la tristeza en su casa y de las contradicciones que se observaban entre las ideas que se comentaban en la mesa familiar y la de los vecinos. También repetía canciones que escuchaba de los adolescentes y que circulaban por el barrio: “Fumando un puro, me cago en Aramburu”, “Y si se me antoja también me cago en Rojas”.

Liliana de la Torre –profesora de Filosofía y directora del Normal de Los Toldos desde 1999 hasta 2010- recuerda que su padre, compañero docente de Reyna, asistió a una asamblea municipal conformada por padres y profesores. También participó su madre y su hermano. Ella estaba parada en la esquina del Club Social, frente a la plaza principal y la asamblea se desarrollaba a media cuadra. De repente, se acerca una manifestación desde la escuela. Reyna encabezaba la manifestación y detrás de ella la seguían alumnos y docentes que estaban en contra de la Revolución Libertadora. Se acercaron a la casa de una profesora, Olga Forte de Pugliese, quien en ese momento era la pareja del docente juninense Pugliese, quien viajaba a Los Toldos a dar clases en la escuela Normal y era radical. Se acercaron a la casa y entonaron el cántico: que llueva, que llueva, Pugliese está en la curva, que salga, que salga...”. Liliana recuerda a Reyna adelante de todos, dirigiendo a los alumnos, comprometida con las luchas sociales y, sobre todo, muy guerrera. Luego de esta situación intervino el Comisionado Municipal, que ordenó la clausura de la escuela hasta la llegada del interventor.

Ramiro escribió un panfleto titulado “Compañeros secundarios, pueblo de General Viamonte”:

“Cuando la gloriosa gesta del 16 de septiembre rompió las cadenas de un despotismo ‘feroz y reaccionario’ que durante más de 20 años corrompió y martirizó la carne y el espíritu, el gobierno provisional se hizo fiel intérprete de los principios preclaros de Mayo y de Caseros, los cuales en estos momentos están siendo prostituidos por las más oscuras fuerzas de la reacción y del “situacionismo”, personificados en el ámbito local en la figura del Sr. Pugliese, de reconocida ideología nacionalista –rosista y cuya militancia peronista activa lo inhabilitan en forma absoluta para continuar ejerciendo la docencia.

El mismo que haciendo culto al servilismo y la obsecuencia comulgó con el tristemente célebre “revisionismo histórico”, abdicando en forma vergonzosa al ideario de Moreno, Rivadavia, Echeverría, Ingenieros.

El mismo que habiendo ostentado en las aulas el escudo peronista, experimentó una profunda metamorfosis ideológica al toque de clarín de la revolución. El mismo que recogiendo las enseñanzas del “ausente” con habilidad demagógica, confundió y usufructuó el movimiento estudiantil, haciéndose pasar por mártir, por perseguido y por incomprendido. El mismo que habiendo conseguido ‘el queso’, esconde sus uñas, mostrándose humilde y bondadoso diciéndole a sus alumnos que la depuración ha terminado y que hay que estudiar. Y el mismo que habiendo sido recusado por gran mayoría del estudiantado demuestra con su supervivencia docente que no tiene ápice de dignidad y de vergüenza”.

El director del semanario La Idea de Los Toldos, Dilagosto, era un hombre con ideas radicales y apoyó a los padres que tomaron la escuela. Durante el conflicto entabló una lucha epistolar con Reyna y Enrique Diez. Se escribían y se contestaban a través del medio periodístico. Enrique Diez finalizó en uno de sus escritos, el 17 de octubre de 1955: “Sr. Dilagosto: Le acusó formalmente ante la opinión pública de insistir en la instigación subversiva del estudiantado, que puede deparar males imprevisibles, como los ya acaecidos el viernes”.

Reyna también elaboró un extenso comunicado titulado “Ni vencedores ni vencidos. Una sola Vencedora: La Escuela”, en el que detalló los acontecimientos vividos en la escuela Normal y utilizó irónicamente ni vencedores ni vencidos, que fue el lema del mandato de Eduardo Lonardi. Así, manifestó: “Una escuela no debe ser tomada por alumnos y profesores. La Revolución ha terminado en su aspecto formal; sigue su dinámica como un engranaje que molerá los vicios y separará la hez; pero sigue por el carril jurídico que estaba en su propósito inicial restablecer. Si en toda la República se hizo, toda la República se equivocó y esta modestísima Escuela Normal de profesores sin título tiene razón, frente a toda la República. La razón –el sr. Dilagosto lo sabe–: no tiene por qué ser privilegio de la mayoría”.

Por este conflicto Reyna fue desplazada de todas sus horas, al igual que otros docentes que no acordaban con la dictadura. Ella, que

había sido la precursora de la enseñanza secundaria en Los Toldos, se quedaba sin trabajo por sus ideales políticos y con cuatro hijos. En uno de sus artículos Reyna expresó:

“Y si ocupé la tribuna peronista –no siendo peronista- mis primeras palabras fueron: ‘Vengo a esta tribuna donde yo no debería estar’- y la ocupé para decir mi verdad: para hablar del voto femenino, del divorcio y de la equiparación legal de los hijos. Y no me rectifico en nada. No lamento que hoy se diga de mí: ‘Yo tenía otro concepto’, si ese concepto, aunque halagüeño, estaba fundado en el más absoluto desconocimiento de mi carácter. ‘Quiero parecerme a mí mismo’, dijo una vez Don Lisandro de la Torre y voy a recoger esa consigna. Solamente he atacado a una persona, profesor de indiscutibles condiciones científicas y didácticas, pero de repudiable conducta estudiantil. No busquen los escépticos incurables y los materialistas ciento por ciento el propósito oculto, el interés personal. Porque no lo hay”.

Así, Reyna y su familia se ven obligados a irse del pueblo. Debieron pasar muchos años para que la labor de Reyna fuese reconocida oficialmente. El 27 de agosto de 1992, el Concejo Deliberante de General Viamonte la declaró ciudadana de honor por ser fundadora del Instituto Esteban Echeverría en 1941 (Ordenanza n°1631, Los Toldos). Y el 7 de agosto de 2001 se realizó una fiesta por los 50 años de la escuela, creación que fue posible a partir del Instituto que había creado Reyna. Para ese entonces Reyna había fallecido y se contactaron con su hija Perla para invitarla a participar de la ceremonia. Todas las escuelas primarias y secundarias de la zona, públicas y privadas, enviaron representantes y el evento contó con gran cantidad de público, docentes y ex alumnos. También invitaron al ex alumno Sergio Spina, tenor profesional radicado en Italia, quien entonó las estrofas de Aurora.

Perla quedó sorprendida por el acto cultural que habían preparado para esa ocasión. Mientras la primera promoción de egresados del instituto desfilaba, honraban a Perla y se detenían para decirle:

‘Vos siempre estabas por ahí jugando cuando dábamos las clases en tu casa.’

En ese momento la directora de la Escuela era Liliana de la Torre y en su discurso resaltó el valor de Reyna. “Escribe Rolo Diez en su último libro refiriéndose a su madre. ‘Mi madre... una muchachita con la cabeza llena de lecturas, recorriendo las pampas, inventando un colegio secundario en un pueblo perdido de la provincia. Fiel a la antorcha de la educación en el modelo optimista de los revolucionarios de la época’. Este párrafo muestra con claridad el espíritu visionario de la señora Reyna y además tira por tierra con el paralizante paradigma que dice que las utopías son irrealizables. Señora Reyna, vea, esta es la realidad de aquella utopía que usted soñó alguna vez. También este párrafo determina con claridad el comienzo de esta historia, una historia con la que me siento absolutamente comprometida y si no es vanidad decirlo me siento protagonista...”. En esta misma línea se expresó Juan José Basile, de una de las primeras promociones de egresados: “La creación de esta escuela, si bien se concretó el 7 de agosto de 1951, fue un proceso iniciado con la instalación del primer instituto privado de educación secundaria de General Viamonte: el instituto Esteban Echeverría. Por obra de una persona excepcional, una visionaria: la señora Reyna, quien llegó a este pueblo, persuadida de que los jóvenes necesitaban un lugar en donde proseguir sus estudios sin necesidad de emigrar. La señora Reyna puso en esta empresa su saber y su capacidad y se rodeó de un grupo de profesores que compartieron su entusiasmo...” (Impacto, 9 de agosto de 2001).

Reyna había conseguido unas horas de maestra de grado en la Escuela Normal de Chacabuco y, por ello, se trasladaron a esa ciudad. El hijo mayor, Ramiro, para ese entonces tenía 18 años y decidió acompañar a su padre a Buenos Aires. Mientras que, Rolando, Pepe y Perla se instalaron en Chacabuco, junto a su madre, en una pieza de una pensión humilde, prácticamente sin ninguna comodidad. Todas las tardes, Reyna los llevaba a la biblioteca, que estaba cerca de la plaza principal, y que en ese momento era un centro cultural clandestino.

tino. Allí pasaban horas leyendo. También participaban junto a ella de las reuniones culturales en las que se comentaban libros, revistas. Los domingos salían a la vereda y escuchaban por altoparlante los tangos.

Enrique Diez alquiló en esos años una casa en El Palomar, donde vivían la abuela Carmen Justina Wilson –que viajaba permanentemente a Mendoza a visitar a su hijo, que se había mudado allá por un problema de asma- Ramiro y el padre. Reyna consideró que la pensión no era un buen lugar para la crianza de su hija y decidió llevarla a vivir a El Palomar, hasta que ella dejara las horas y pudiera mudarse con ellos. Ese año Perla realizó el primer grado de la escuela primaria en las tres ciudades: Los Toldos, Chacabuco y finalmente El Palomar. Así, renunció a las horas y se mudó a El Palomar. Su marido continuaba trabajando en Buenos Aires, pero hacía el trayecto diariamente, es decir, que vivía toda la semana con ellos. Las mudanzas en tan corto tiempo fueron un desafío para toda la familia, en especial para Perla, que pasó de escribir con lápiz en Chacabuco a aprender a usar la tinta en El Palomar.

Reyna tenía un carácter fuerte y las ideas de izquierda la llevaron a tener diferencias y discusiones con Enrique. Con el resultado de la revolución cubana, en 1959, y el triunfo de la izquierda, Reyna reavivó sus fuerzas revolucionarias y sus hijos recuerdan la euforia del momento. Leía Huracán sobre el azúcar, de Jean-Paul Sartre, uno de los primeros escritos sobre Cuba. Las charlas en la casa estaban vinculadas a los impedimentos que planteaba la pequeña burguesía para la revolución y la necesidad de la lucha de los obreros. El 17 de noviembre de 1958, a los 45 años, Reyna tuvo a su última hija, Diana Carmen. En ese momento, Ramiro comenzó a militar en Praxis, con Silvio Frondizi, y también apoyó y tuvo una gran decepción con Arturo Frondizi. Su madre no solo lo acompañaba en esta participación, sino que estaba particularmente interesada y tenía extensas charlas con él. Ramiro era un trotskista cultivado, le gustaba leer y estudiar,

era un gran jugador de ajedrez y estudiante de abogacía, carrera que finalizó y obtuvo el título de abogado.

En la casa se discutía arduamente sobre política y había un debate permanente. Los hijos con su madre, los hijos con su padre, y también entre Reyna y Enrique.

La experiencia en El Palomar marcó una etapa diferente. Había vecinos que eran simpatizantes del fascismo y del nazismo y Reyna definitivamente no logró adaptarse al lugar. Además, se encontraba sin trabajo y si bien intentó hacer actividades culturales y talleres no encontró respuesta en la sociedad. A veces llevaba a sus hijos más chicos al cine o a ver a María Fux, que bailaba descalza con una túnica.

Reyna encontró en la lectura una salida a la verbosidad de Enrique. Cada noche, cuando él volvía del club, ella reunía a sus hijos más pequeños, Rolo, Perla y Diana, y les leía durante horas las colecciones de Monteiro Lobato. También les leía historias sobre los romanos, los griegos, los mitos, las fábulas, historia argentina y latinoamericana y los cuentos clásicos de Andersen, de Grimm, Las mil y una noches. Con cada historia les enseñaba el materialismo histórico y el materialismo dialéctico. La lectura fue el refugio que encontró Reyna para huir de los problemas cotidianos y para salvar a sus hijos. Perla le pedía que solamente cesara la lectura cuando ella se durmiera, por lo tanto, la vez siguiente tenían que retroceder hasta donde ella se acordara.

En 1960 se mudaron a Flores, en Juan Bautista Alberdi, entre Pendernera y Rivera Indarte, una calle de empedrado. La casa que había alquilado Enrique estaba cerca de la plaza y pasaba el tranvía. Para acceder a la casa había que llegar hasta el fondo del lote y atravesar un pasillo compartido. Era una construcción precaria, en la que prácticamente no daba el sol, porque en el frente había un edificio.

Perla iba a una escuela de mujeres que quedaba en una esquina de Rivadavia y Diana era bebé. En ese entonces Enrique todavía conservaba el trabajo, pero lentamente comenzó a perderlo por un problema de salud, hasta quedarse sin nada. Reyna también estaba sin trabajo y Ramiro comenzó a vender lotes para Luqueti y Calmar,

mientras José trabajaba en la librería Fausto, en Capital. Así aportaban dinero a la familia, aunque se habían quedado viviendo en El Palomar, con la abuela Justina, quien había comprado una casa en la ciudad. Y Rolando estaba haciendo el servicio militar obligatorio.

Reyna salía a la calle con bolsitas y juntaba botellas de vidrio -todavía no se utilizaba el plástico- y las llevaba a los supermercados. Cuando pasaba por la caja entregaba los envases y le daban un vale para retirar mercadería, que siempre era escasa. Esa noche sus hijos comían una prepizza que venía con tomate y se calentaba. Durante estos años Reyna se enfrentó a una situación a la que no estaba acostumbrada. Siempre había vivido con todo lo necesario, era la hija de un director de un diario y se había ido a estudiar cuando eran muy pocos los que tenían acceso a la universidad.

Perla pasaba horas en el Colegio Nacional y en el verano nadaba en la pileta del club Ferro Carril Oeste, pese a que no era socia. No sabía nadar, pero era una de las travesuras que más le gustaba, entrar al club, aunque no tenía permiso. La trasgresión la había aprendido de Reyna y la utilizaba para obtener lo que deseaba, siendo una niña. También le gustaba pasear y dar vueltas cerca de la casa. En ese momento, Reyna estaba preocupada por la trata de personas y le había dado algunas instrucciones que le servirían en su etapa de militante de izquierda. Perla tenía 13 años y los casos de trata empezaban a aparecer en los medios. Algunos de los consejos que su madre le daba: no camines cerca del zaguán; no camines cerca del cordón de la vereda; siempre caminé en contra del tránsito; no laves nunca pañuelo ni bufanda; si corrés, corré siempre haciendo zigzag.

Reyna era íntima amiga de la hija de José Ingenieros, conocida por el seudónimo de Delia Kamia, que participaba del Partido Comunista (PC) y le gustaba estudiar quechua. Ella los esperaba con una rica comida, que extraía de su quinta y que cuidaba con gran dedicación. Se vestía con traje de maga, zapatos abotinados, anteojos, era una maga y pertenecía a la Confederación Internacional de Magos. A veces Reyna iba a la quinta con sus hijos y, además de verlas

escribir juntas, accedían a los mejores trucos de magia. Escribieron un libro que titularon La Syringa, del que no quedaron registros.

El 21 de diciembre de 1961, Kamia le dedicó la antología de José Ingenieros: “A Reyna, amiga y compañera literaria, de aventuras y desventuras, que sabe unir al talento el más generoso y bienhumorado estímulo.” Reyna escribió un texto sobre Kamia, titulado La maga: “Su condición anómala le atrajo múltiples dificultades en la vida... La creyeron mentirosa, egoísta, mala... hasta cruel ¿No amenazó, en arrebatado pasajero, a su gato favorito? ¡Te mataría! Y no quedó el inocente animalejo exánime en sus manos, sin el menor aliento vital. La desdichada Maga fue dejada al margen de la vida familiar por su conocimiento anticipado y profético de los sucesos adversos.”

Rolo Diez vive actualmente en México. Durante la última dictadura militar argentina debió exiliarse en distintos países de Europa. Con la necesidad de contar los hechos como miembro del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) comenzó a escribir y publicó su primera novela, *Los compañeros*. Su obra literaria ha sido reconocida con varios premios nacionales e internacionales, entre ellos el Premio Nacional de Novela José Rubén Romero, en 1999, por *La vida que me doy*; y el Premio Internacional Dashiell Hammett, en 1995 y 2004, por *Luna de escarlata* y *Papel picado*.

- ¿Cómo era Reyna como madre?

- Mamá era, como sabés, una mujer muy adelantada para su época y dotada de una gran conciencia social, lo que la llevó a ser un personaje importante y positivo en Los Toldos. No era una mamá al uso, cuyos hijitos fueran los mejor vestidos y portados del pueblo. Desde ese punto de vista era más bien lo contrario. Ella andaba muy ocupada con sus tareas en la Escuela Normal (ya el Instituto Esteban Echeverría había quedado atrás y el pueblo tenía su escuela secundaria). Vivíamos en una casa mediana en su parte habitable y grande en sus tres patios. En uno de ellos había armado un gallinero y en otro hacía experiencias de granja familiar y sembraba muchas cosas. Se

ocupaba de cosas importantes para sus hijos y nos dejaba disfrutar de la inmensa libertad que el pueblo ofrecía a los pibes aventureros que éramos.

Mamá me enseñó a leer con los libros Upa y Mariposas, entre mis 4 y 5 años, y me hizo entrar con 5 en la primaria (condicionalmente, con un examen a rendir al final del curso, que fue una pavada), de modo que mis compañeros siempre tenían un año más que yo. Ella nos compró la colección El libro de oro de los niños, mini enciclopedia de seis tomos gruesos que me apasionaba, especialmente por sus relatos sobre mitología griega y romana. Y más adelante nos compró El tesoro de la juventud, que era una continuación lógica del anterior, más avanzada y en veinte tomos.

Cuando nació Perla -yo tenía 9 años- estuvo internada unos días en el sanatorio. Con Ramiro y Pepe la íbamos a visitar y, para que no nos aburriéramos, ella nos leía. Debe haber estado varios días porque nos leyó Colmillo Blanco de Jack London y Miguel Strogoff de Julio Verne.

En verano nos la pasábamos en la pileta de natación. Uno de mis primeros recuerdos en ella es el de mi mamá haciendo la plancha y yo a caballito encima de ella, disfrutando tanto la aventura como la seguridad de estar protegido.

Mamá nos crio. Mi padre trabajaba en Buenos Aires, en una compañía de seguros, y aparecía cada 15 días, traía bombones y se quedaba el fin de semana. Era un buen tipo, también culto y lector, pero más rígido con sus hijos y, aunque también era generoso y tuvimos buenos ratos con él, nunca se parecieron a la gran relación que teníamos con mamá.

La primera vez que fui a Buenos Aires, siete horas de tren en el Ferrocarril Oeste, fue con mamá y Ramiro, quizá Pepe. Mi viejo estaba allá y paramos en La casa del docente, obviamente de la obra social peronista. No sé a qué iba mamá, a mí me impactaba que el asfalto fuera negro y no blanco como en Los Toldos, que las veredas fueran angostas y no de cuatro o cinco metros de ancho, que hubiera tanta gente y que de noche se escucharan pasar los autos. Recuerdo que

mamá nos llevó al cine y vimos, de un saque, tres películas de Catita (Niní Marshall). No sé si ella se divertía, pero lo hacía para nosotros.

-¿Cómo era la vida de Reyna en Los Toldos?

-No recuerdo que tuviera amigas en el pueblo. No había mujeres que se le parecieran, con las que pudiera compartir temas que le interesaran. Leía y leía, la casa estaba llena de libros y tenía suscripción con la revista Leoplán, que traía una novela completa en cada entrega. Igual cocinaba -muy buenos raviolos y deliciosas papas rellenas con huevos, que estaban entre mis comidas preferidas-, cosía las medias que destrozábamos, se ocupaba de su huerta, nos hacía bañar una vez por semana para que no pareciéramos caníbales.

En esa época trabajaba en un libro sobre Tolstoi, Yasnaya Polyana, nombre de la hacienda del escritor en la que había formado una comuna de campesinos pobres a los que educaba y formaba. No sé si influida por su venerado autor o por su propia empatía hacia los pobres, o por ambas, hizo unas experiencias con resultados variables.

Nosotros vivíamos en la última calle del cuadrado asfaltado del pueblo. Hacia los costados ya eran calles de tierra. A dos cuadras de la esquina de casa, en una choza-casa vivía un hombre apellidado Rodríguez, al que todos llamaban 'El Fantasma', porque, según las leyendas, tiempo atrás se disfrazaba de fantasma para robar en casas. Tenía dos hijos, que para todos se llamaban Carbonilla, el más grande era un muchacho que era un as del metegol, y el más chico era de mi edad o un poco menor, pobre, más o menos moreno, de aspecto andrajoso y también feroz como respuesta al pueblo que lo discriminaba y no quería ningún trato con el hijo del Fantasma. Andaba siempre solo, armado con una honda (resortera), con la que podía sacarle un ojo a cualquiera que lo molestara.

Con ese pibe se encaprichó mamá y lo llevó a casa en calidad de supuesto amigo y compañero de sus hijos y casi semi hijo postizo, semi adoptado. Fracásé porque sus hijos no éramos tolstoianos, detestábamos y quizá temíamos a ese engendro peligroso. Igual jugá-

bamos con él porque estaba ahí, comía con nosotros, aunque no se quedaba a dormir. No sé cuánto duró esa historia, en mi recuerdo creo que no mucho. Mamá seguro que vio nuestro nulo entusiasmo, quizá el propio Carbonilla chico se hartó. Quizá un mes. No sé.

Otra historia que resultó mejor fue que, no sé de dónde, se consiguió un paisano -Ireneo Gauna- y lo trajo a casa para hacer trabajos en un galpón, en el gallinero y no sé qué más. Bastante mayor que ella, tuerto, con un inquietante ojo todo gris, tranquilo y socarrón. Una vez le pregunté '¿Qué le pasó en el ojo?', y él respondió 'me besó una chica'. Debo haber sido yo bastante chico porque me impresionó y me hizo pensar esa respuesta. Más adelante mamá compró un lote, con una pequeña vivienda incorporada, en el remate de una quinta y don Ireneo se fue a vivir ahí como cuidador del lugar.

-¿Cómo era Reyna como docente?

-Hasta donde he sabido todos los alumnos que tuvo mamá en Los Toldos la han recordado siempre con respeto y cariño, posiblemente reconociendo a una educadora nada formal ni burocrática, sino verdaderamente interesada en sus alumnos. Cuando a la escuela normal se agregó, en el mismo edificio otra Comercial, ella enseñaba francés ahí y sus alumnos -unos años mayores que yo-, como a ella la llamaban Madam en la clase, también me empezaron a llamar así a mí. Me los encontraba y me decían '¿Qué hacés, madame?'

Era buena oradora. Una de las pocas personas que podía hacer un discurso en el pueblo, por eso cuando murió Eva Perón, le encargaron a ella que hablara en un acto. Mis padres no eran peronistas, tampoco gorilas, creo que mamá apoyaba críticamente los aportes peronistas al pueblo y especialmente respetaba a Eva.

Mamá hizo su discurso sobre Eva, entonces, y eso 'sirvió' para que cuatro años después, cuando fue la Revolución Libertadora, los gorilas del pueblo la acusaran de peronista y la acosaran de tal modo que tuvimos que dejar el pueblo y nos fuimos a Chacabuco, donde consi-

guió un empleo de maestra en una primaria. Una vez mi viejo me dijo:
“Cuando tu mamá se acuerda de ese tiempo, llora como una niña”.

SUS PRIMEROS AÑOS EN LA PLATA

Los años en El Palomar fueron los más difíciles económicamente para la familia. Ante esta situación, Reyna decidió regresar a La Plata, junto a sus dos hijas, Rolo y Tona, para terminar sus estudios universitarios y trabajar como docente. José María Lunazzi, un amigo anarquista con quien había compartido la campaña por los presos de Bragado, en ese momento era director de la Escuela Superior de Bellas Artes y le ofreció hacerse cargo de unas horas de literatura en la carrera de Cine. También trabajó como auxiliar docente en el Gabinete de Medios Audiovisuales. Reyna se había anotado en distintos lugares para poder obtener más horas y progresivamente la situación económica comenzó a mejorar.

Cuando llegaron a La Plata se instalaron en Villa Elvira, en 73 entre 116 y 117. La casa era prefabricada, de madera, pintada de distintos colores. El barrio era humilde, de gente trabajadora, y las calles de tierra. Perla había conseguido una beca en la escuela de Bellas Artes y tenía dos grupos de amigos con realidades diferentes: los del barrio y los de la escuela. Cuando terminaba el horario de clases rápidamente se dirigía a su casa, porque sabía que su hermana menor la estaba esperando. Reyna iba a trabajar y le dejaba indicaciones a Diana para que no saliera. Así, Perla se quedaba al cuidado de su

hermana, preparaba la comida y pasaban las tardes juntas. Reyna era prácticamente el único sostén económico de la familia.

Enrique se había quedado viviendo en Flores y sus hijos iban a visitarlo. Años más tarde se mudó con la familia a La Plata para pasar sus últimos años de vida. En 1964, Perla tenía quince años y Diana, seis. Enrique había sido internado en el Policlínico General San Martín porque su estado de salud empeoraba diariamente. Reyna era consciente de que el final estaba cerca. La familia no contaba con dinero para realizar el entierro, pero sabían que en Junín había una bóveda de los Diez. Entonces Reyna consiguió una ambulancia y lo acompañó a Enrique a Junín, junto a su hijo Alberto. La despedida de las hijas, que se quedaron en La Plata al cuidado de Ramiro y Rolando, fue dolorosa y triste. Sabían que era el último encuentro, lo saludaron, lo abrazaron y se despidieron. En Junín quedaban parientes de Enrique, pero su casa natal estaba desocupada. Lo acostaron en la cama metálica del padre y murió casi inmediatamente.

Reyna rindió el último final de la carrera el 20 de diciembre de 1963, en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FAHCE) y obtuvo el título de Profesora de Enseñanza Secundaria Normal y Especial en Letras (Legajo N° 2251). Desde ese momento comenzó a trabajar en el Colegio Nacional, en la Escuela de Teatro, en la radio de la Universidad y en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Desde 1971 fue ayudante diplomada de la cátedra de Introducción a la Literatura, cuyo titular era Raúl Castagnino, y trabajó en el Instituto de Literatura Argentina e Iberoamericana de la Facultad de Humanidades.

El lugar en el que más disfrutaba enseñar literatura era la Escuela de Oficios, en 1 y 46. A Reyna la motivaba el desafío de incentivar el hábito de la lectura en las mujeres que iban a estudiar cocina, costura o fotografía. En las clases seleccionaba fragmentos que pudiesen resultarles significativos a las alumnas y los comentaban. Reyna siempre insistía en que la última clase que daba el docente era el último examen, porque en ese momento realizaba una autoevaluación de sus

clases. Consideraba que, si un estudiante no había aprendido, el docente era quien debía replantearse la metodología para lograr que el estudiante adquiriera los conocimientos.

HAY QUE SALIR DE LA CASA

En la década del 70 retomó la lucha por la libertad de los presos políticos. El 28 de junio de 1966, se produjo el golpe de Estado que derrocó al presidente Arturo Illia, y le sucedieron los tres dictadores militares: Juan Carlos Onganía (1966-1970), Roberto Marcelo Levingston (1970-1971) y Alejandro Agustín Lanusse (1971-1973). A partir del gobierno de facto de Onganía la captura de personas, militantes, punteros de fábricas, adherentes a partidos políticos e incluso escritores era cotidiana. La persecución, en un clima de ascendente conflictividad política y social, devino en una gran cantidad de detenidos por causas políticas. El arresto implicaba un trato denigrante y la tortura, que comenzó a aplicarse a todos los presos. Uno de los detenidos fue Rolando, el hijo de Reyna, que el 19 de noviembre de 1971 fue encarcelado. Perla se enteró de la detención de Rolo a través de una vecina que había leído la noticia en el diario. Además, como Rolo trabajaba en Notidos, sus compañeros difundieron la información al aire, pese a que estaba prohibido. Perla entró a la casa de su madre para contarle lo sucedido.

- La imagen que tengo cuando se lo dije a mamá es la de alguien que se apoya contra la pared, en un silencio absoluto, se empieza como a mesar los cabellos y va como resbalándose por la pared, pero

sin caerse. Y de repente se levanta y dice bueno, vamos a salir. Agarrá un abrigo que vamos a salir; ya era otra. Era la Reyna madre.

Reyna comenzó a liderar las luchas por la libertad de los presos políticos y la defensa de los derechos humanos. Unos días antes de quedar detenido, Perla le dijo a Rolo: “Soñé que estabas en un grupo guerrillero”. Y él le contestó: “Sí, justamente de eso te quería hablar”.

En un ambiente de fervientes debates ideológicos, las charlas y discusiones políticas en la casa de los Diez eran cada vez más frecuentes. La consigna peronista “desensillar hasta que aclare” y las múltiples lecturas que generaba sobre la realidad política y social generaba acaloradas disputas. La creencia, sostenida en una larga tradición nacionalista, de que un sector del Ejército argentino se plegaría finalmente a las luchas populares por la emancipación, provocaba diferencias. Reyna, que prácticamente había atravesado el siglo XX, y a quien la última dictadura cívico-militar –la más despiadada y sangrienta– la encontraría en su madurez, desconfiaba del carácter patriótico de un sector del Ejército. Una lectura que muchas veces la distanciaba de sus hijos, que eran más optimistas frente a esta posibilidad.

En 1965, Rolando ingresó a la Escuela de Bellas Artes de La Plata para estudiar la carrera de Cine. Su primera militancia fue estudiantil, en una agrupación a la que llamaron Vanguardia, que reunía a peronistas e izquierdistas que no respondían a la línea del Partido Comunista (PC). La década del 60 era una caldera de utopías y proyectos revolucionarios que acompañaban avances de la izquierda en todo el mundo. Salían a la calle a manifestarse y la policía los reprimía, una situación que era recurrente. En esa época, Rolo se había acercado al peronismo, aunque en realidad estaba buscando su identidad partidaria.

En su libro *Los Compañeros* cuenta cómo con un grupo de militantes, que no estaban ligados al Movimiento Revolucionario Peronista (MRP) y que decían ser de orientación maoísta, rompió con esa tutela y decidió hacer una “operación” por su cuenta. Por esta situación fueron reprimidos por la propia estructura partidaria del MRP.

La Escuela de Cine de La Plata –pionera en la enseñanza cinematográfica de Latinoamérica- fue cerrada por la dictadura y los estudiantes no pudieron finalizar sus estudios. Rolo entró a trabajar en el noticiero de La Plata Notidos. La gesta del Che y su muerte, en 1967, había sido un impulso para todos los revolucionarios latinoamericanos y especialmente argentinos. En esa época veía y compaginaba los noticieros sobre El Mayo Francés del 68, las revueltas estudiantiles en Alemania, escuchaba las canciones de Daniel Viglietti, leía sobre Cuba y los Tupamaros.

Un día Rolo se encontró con un ex compañero de Cine, que había formado parte de Vanguardia. Se había ligado a un grupo que pensaba en la lucha armada y en la posibilidad de marchar a Bolivia a continuar con la tarea del Che. Al escuchar sus planes, Rolo sintió que ya estaba preparado para unirse a esta iniciativa.

Ingresó a ese grupo, que tenía militantes en la Ciudad de Buenos Aires y otros en La Plata. Durante un tiempo todo fue preparación: ejercicios físicos, prácticas de tiro, relevamiento de lugares de interés en la ciudad, discusiones, estudio de materiales teóricos. Después se conectaron con otro grupo de La Plata, integrado por peronistas de izquierda, que había estado con John Cooke y editaba un periódico llamado Dele-Dele, y con ese apodo eran conocidos.

El grupo del que formaba parte Rolo promovía una línea política que llamaban “de apertura”, la cual sostenía que la revolución la iban a hacer la izquierda marxista y la izquierda peronista, en una unidad que, con el tiempo, se solidificaría. Habían entablado una buena relación con ellos, decidieron fusionarse y eligieron el nombre Guerrilla del Ejército Libertador (GEL). Era un grupo muy militarista, pero afirmaban que solo eran un destacamento en la lucha que se libraría.

El GEL debutó con algunas acciones que no se firmaron: desarme del policía que cuidaba el consulado de Bolivia en La Plata y pintadas con la leyenda “Che” en todas las paredes. Posteriormente realizaron el ocultamiento en la cripta de la Catedral de La Plata y desplegaron en el balcón del primer piso, que daba a la calle, un gran cartel del

Che con una leyenda de combate. Se retiraron a la madrugada y a las doce del día siguiente Rolo se sentó en un banco de la Plaza Moreno a mirar el cartel, mientras se preguntaba cómo no lo habían quitado.

Después hicieron abundantes operativos para obtener dinero y desarmes y convulsionaron la aparente placidez de La Plata. Mandaban largos comunicados a los diarios, que se los publicaban sin quitarles una coma y que trataban la información con sensacionalismo: la guerrilla urbana estaba en La Plata. Eso sucedía en los años 1969, 1970 y 1971, mientras crecían las organizaciones armadas peronistas (FAP, Descamisados, FAR y Montoneros) que iban absorbiendo a los primeros grupos armados. Además, el ERP realizaba múltiples operaciones en todo el país.

Esta situación volvió a recrudecer las diferencias entre marxistas y peronistas y las organizaciones pequeñas, como la que integraba Rolo, sufrieron esa influencia y según las mayores simpatías de cada una tendieron a desaparecer y sumarse a las grandes. Eso fue lo que ocurrió con el GEL y muchos militantes se fueron a FAR y FAP y luego a Montoneros. Rolo y dos compañeros se fueron al PRT-ERP y sólo el grupo que venía del Dele-Dele se quedó con la línea de apertura. Al poco tiempo fueron detenidos cinco compañeros, tres del Dele-Dele, entre ellos su dirigente, y dos del ERP, entre los que se encontraba Rolo. Este fue el final del GEL.

En una entrevista, Reyna contó cómo fue su lucha.

“Cuando se produce el encarcelamiento de mi hijo Rolo, en 1971, las circunstancias me llevan a ver qué es lo que se puede hacer y quién está haciendo algo. Hay que salir de la casa, pero para dónde, a hacer qué. El conocimiento de que en algún lugar -que hay que saberlos encontrar- se están reuniendo personas que toman los datos de los detenidos y desaparecidos. Con algunos amigos que tratan de husmear eso llegan a establecer que existen algunas zonas de departamentos muy viejos, casi caducos, donde hay comisiones de mujeres que están haciendo ese trabajo para establecer un vínculo con el exterior y poder llevar la demanda y el disgusto por lo que está pasando y la

necesidad de reivindicación al extranjero. Porque ya en el extranjero se comentan las brutalidades que está cometiendo el gobierno en acción. Así es como con los dichos de uno y de otro, de algún abogado, que como ellos consideraban que apoyaban a los subversivos eran considerados un subversivo más.

Así nos deslizábamos, pasando inadvertidas, subíamos a ese tembleque y viejo ascensor para llegar a una de esas casas viejas, anticuadas, con la hilera de mujeres contra la pared esperando su turno para que los anoten. Era atendido por mujeres. Entonces uno esperaba todo lo que tenía que esperar y empezaba a dar todos los datos y se le informaba que esos datos pasaban al extranjero, a todas las asociaciones de bien público, y se guardaba una copia de lo que uno había presentado. Y lo cierto es que yo lo pude comprobar cuando, tanto en Venezuela como en México, al visitar el edificio que estaba dedicado a los derechos humanos, me trajeron álbumes y en ese álbum estaba Diana con todo el informe de cuándo había caído.

Para entonces empiezan las mujeres a reunirse en la plaza. La plaza permite estar sentado un breve tiempo, se pueden decir un par de cosas y seguir adelante, se puede dejar caer un pañuelo y que allí haya un papelito que tiene que llegar a los presos o recoger algo que viene de los presos con algún condicionamiento, que piden alguna cosa o algo como para que se haga saber. Y se lleva a todas partes, a los órganos de publicidad, pero por supuesto que no se tiene suerte. Nadie quiere publicar nada, todo el mundo está empavorecido, tiene mucho miedo.

Y bueno, siguen las reuniones de los familiares de las víctimas y así es como se resuelve hacer una huelga de hambre a fines del 72. La cual va a ser toda de mujeres porque es evidente que los varones no duran mucho tiempo vivos y enseguida son muy maltratados. Entonces que sea de mujeres. Se debaten muchas cosas, se preparan informes, cartas que salen al extranjero. El tema era dónde hacer la huelga de hambre. Entonces se visitan algunas iglesias, se va a la Catedral y cierran enseguidita cuando ven esas mujeres que avanzan con malas

intenciones. Entonces somos desahuciadas. Tiempo más tarde siguió siendo la iglesia y la Catedral un lugar donde no se toleraba que fueran a rezar las mujeres que cruzaban de la Plaza de Mayo. Eran rechazadas y de la manera más inicua porque lo conseguían cerrando todo, hasta los baños. Entonces las dejaban solas, completamente solas. Habíamos pedido permiso por escrito, pero Monseñor Plaza había hasta delatado a alguna gente, a otra la había protegido, pero la había protegido de una manera utilitaria porque podía utilizarla para algo. No era una buena persona Monseñor Plaza, eso ya es bien sabido. El recuerdo que dejó la iglesia en este período fue muy malo.

Así que nosotras, después de tantear en una puerta y otra de las iglesias, que no se abrían para acoger una protesta como esa, recaímos en la Iglesia Luterana (situada en calle 10 y 60). Ahí nos brindaron todo lo que tenían, la comodidad de los espacios donde ellos hacían sus liturgias y nos pudimos reunir y quedar un grupo bastante grande, de acuerdo a la situación que se vivía en ese momento. Los primeros días pasó inadvertido, pero después la comisaría empezó a vigilar. Una vez entró un comisario muy prepotente, pateando el suelo fuerte y diciendo “aquí dónde está el macho”, en una depreciación de la mujer. Pensaba que no podía ser que la mujer haya tomado esa determinación, que ahí había un tipo que las tenía a raya. No querían entender. Dirigía la mirada de derecha a izquierda y no había el mínimo rastro de varón.

Cuando la huelga ya estaba casi concluida llegaron dos diputados para decirnos que iban a viajar al sur y que llevaban un mandato de gestionar la libertad inmediata de los presos políticos. Entonces ahí es cuando se levanta la huelga. Lo interesante de la huelga fue el *modus vivendi* que se había establecido, porque quien pensara que se trataba de mujeres lloriconas o que estaban rememorando todo punto por punto, se equivocaría mucho. Ni tampoco eran seres lánguidos que, porque no comían, no podían aguantar. No comíamos nada, absolutamente nada, pero teníamos una fuerza interior tan grande. Lo primero que hicimos fue poner en orden y limpieza ese ámbito que

nos habían dado. Además, salíamos cuando queríamos a sentarnos en los escalones, a la calle, salíamos a hacer algún grito de protesta, teníamos una libertad absoluta. Siempre le agradecemos al pastor que estaba con la mujer y a veces venía a saludarnos y a conversar un poco. También organizamos una especie de festejo conmemorando una fecha revolucionaria y yo escribí y otras chicas también escribieron, eran papeles como para hacer personajes de revolución, cada uno leía su parte. Algunas llevaron poesías. Era el mejor ejemplo de fuerza que podíamos dar. Uno lloraba cuando no lo veían.

Además, nosotras lo teníamos presente, demasiada sangre masculina se estaba vertiendo por otro lado, eran muchos los presos, el acoso que sufrían, empezaban a llenarse las cárceles y teníamos que evitar que cayeran más. No queríamos que ni un joven más muriera, ni fuera aprisionado. Y como estaba recrudesciendo la represión había que hacer demostraciones públicas, hacer uso de la palabra. Y ahí me enrolaron a mí para ir a los lugares que eran más fáciles o estaban más resguardados o que tenían más muchachos que cuidaran. Esos lugares eran los universitarios, por ejemplo, el departamento de Física. Después se fue ampliando, así como se ampliaba el conocimiento, porque al principio la gente no creía nada, pensaba que serían unos ladrones y por eso estaban presos o que habían atentado tal cosa. Pero ya eran muchos y además tocaba en todos lados, tocaba a gente de clase media y algunos ricos también. Cuando Videla viajó a Mercedes, donde había nacido, se reunió mucha gente que lo conocía, a él o a sus padres, y le pidieron que intervenga, que se haga oír para atemperar lo que estaba pasando. Y él contestó que eso era lo único que no se le podía pedir, que no le iba a dar libertad a los subversivos ni que aparezca libre ningún detenido-desaparecido”.

El compromiso de Reyna por la libertad de los presos políticos la llevó a liderar el grupo, que estaba constituido en su mayoría por jóvenes. Reyna tenía una larga trayectoria en la defensa y la solidaridad con los detenidos políticos, experiencia que había adquirido en la lucha por los presos de Bragado. Rápidamente se convirtió en una refe-

rente de las organizaciones antirrepresivas, como la Comisión de Familiares de Presos Políticos, Estudiantiles y Gremiales (COFAPPEG) y la Comisión de Familiares de Detenidos (COFADE). Ella sostenía que era importante mantener la comunicación con los detenidos, acompañarlos para que supieran que no estaban olvidados, sino que había un grupo de personas que pensaban en ellos y se ocupaban.

Liliana Guido, psicóloga, integrante del Frente Antiimperialista de Trabajadores de la Cultura (FATRAC), que respondía al PRT, participó junto a Reyna en la lucha por la libertad de los presos políticos. “Reyna no solo era una compañera de reunión para pautar las acciones que debíamos llevar a cabo, qué pasó en tal cárcel, qué pasó en tal otra, dónde publicamos, cómo hacemos para que reciba alguna atención de salud que faltaba o abrigo, sino también era una persona que nos instruía. Sin decir nada, por su experiencia política y por su profesión como docente, no podía dejar de transmitir. Y nosotros, que éramos jóvenes sumamente ávidos, curiosos, encontramos en ella una persona con una distancia generacional, en ese momento tenía 56 años, que se convirtió en una referente. No era que íbamos a escuchar una conferencia o leíamos un texto, sino que trabajaba a la par nuestra, era sumamente notable su trabajo. Su saber, su presencia y su energía nos daban fuerzas.

También había otros organismos que pugnaban por la libertad de los presos políticos, que respondían a otros partidos, como el Partido Comunista. Pero nosotros éramos familiares aparentemente independientes, que podíamos tomar nuestras propias decisiones. No teníamos un sistema burocrático. Además, ellos estaban integrados por abogados, periodistas, gente de mucho renombre, de mucha tradición. Para ellos eso era un trabajo y para nosotros, era un compromiso de vida”.

No solo se trataba de lograr el mejoramiento de las condiciones de los detenidos o el seguimiento de las causas judiciales, sino también de brindarles calidez para afrontar las situaciones que se vivían en las cárceles. Les escribían cartas, estaban atentos a que les llegara

algo personal y organizaban visitas a los penales. Cuando había información secreta, que solo podía compartir la familia y el preso, se llevaba lo que se llamaba caramelos. Las visitas entraban al penal con una escritura micrográfica, en un papel de biblia, se hacía un bollito lo más chico que se pudiera y se envolvía en bolsitas de plásticos. Se llamaba caramelo porque generalmente se llevaba en la boca, de otra forma había que ser muy ingenioso para ocultarlo en otro lugar y lograr pasar los exhaustivos controles. Este método incluía un riesgo, del que a veces no se lograba salir de la mejor manera.

También eran importantes las actividades de contención que realizaban y la búsqueda de colaboración de familiares. Cuando se enteraban de la detención de algún compañero había un sistema para informales a las familias que estaba detenido, dónde se encontraba, y se los orientaba para lograr que el detenido sintiese protección lo más inmediatamente posible. La tarea no era sencilla. Muchas veces los familiares no estaban de acuerdo con las acciones de su hijo o se sorprendían cuando les avisaban que estaba detenido. Por ello, debían convencerlos de que sus hijos no eran traviosos y rebeldes, sino que la lucha era parte de sus sueños e ideales. Con la humildad y la modestia que la caracterizaban, Reyna golpeaba las puertas de las casas de los familiares y les explicaba la situación. Además, se encargaba de brindarles herramientas a los integrantes del grupo para que pudiesen realizar este trabajo.

Esta época estuvo marcada por secuestros, detenciones y desapariciones. Para continuar con la lucha era importante lograr la mayor adhesión posible, por lo que realizaban visitas a los obreros en las fábricas de La Plata. El grupo lograba contactarse con alguien de la fábrica, que les informaba el horario de la merienda, y entonces entraban al patio, buscaban un tanque de querosene que tenían escondido y la subían a Reyna. Ella empezaba el discurso, con su voz potente y clara, y con sus palabras lograba reunir a los obreros. Mientras los demás compañeros repartían volantes. Reyna decía “viva la patria” y ese era el momento de retirarse corriendo y desaparecer rápidamente

del lugar. Las acciones se planeaban con anticipación y se organizaban todos los detalles, porque el riesgo de quedar detenido siempre estaba latente.

En uno de los discursos, Reyna dio su testimonio como madre de un preso político. Este discurso puede escucharse en el documental *Informes y Testimonios, La tortura política en la Argentina, 1966-1972*.

“El testimonio que tengo que presentar aquí es el testimonio que podría presentar cualquier madre en las mismas circunstancias. Se trata de verse en un momento despojado de un hijo. Un hijo en el cual se han depositado lógicamente todas las esperanzas de ver concretarse una vida útil, una vida joven, al servicio de aspiraciones, de ideales. Con un hogar creado, con una criatura también a la que se sirve de sustento y de pronto ver que es arrancado del hogar, que es sumergido en una mazmorra como están en este momento los otros muchachos, que no tienen aquí las madres para que hablen por ellos. Pero por eso mismo tiene que tener mi voz el valor testimonial de ser un documento para todos. En este momento, la situación de los presos políticos en el sur de la República Argentina es una situación de una infracondición. No son seres humanos. Son objetos, son cosas, sometidos a voluntades arbitrarias, con el peligro constante, con la incertidumbre de si sus vidas podrán perdurar o si en cualquier momento serán objeto de una represión tremenda, de la cual es el ejemplo más candente lo que pasó en Trelew. Separados de sus abogados, distanciados, en las brevísimas visitas que se les permiten, de sus familiares detrás de un instrumento que ha sido ese locutorio, que ha sido muy bien calificado de locutorio medieval, separado por rejas, por barras, por enrejados, con una comida infame. Sometidos a condiciones de higiene deplorables, sin el uso más elemental de los adminículos que aseguran la higiene, la conservación de la salud. Despojados aquellos que necesitan lentes, por ejemplo, de ellos, sin lectura, sin trabajo. En mazmorras pequeñísimas, con un simple agujero que comunica al exterior y que les permite ver alguna vez una nube que pasa o el vuelo de una gaviota. Se necesita el temple que

ellos tienen, el ideal, la constancia, la serenidad y la firmeza de saber que este no es más que un capítulo nefasto, en la historia de sus vidas, que está entroncado por completo con la historia nuestra y con la historia del mundo que se mueve detrás ideales mejores, en una lucha constante para poder aguantar eso depresivo. Esa constante mina de su salud física y de su salud moral. Por eso es que se me hace necesario el puntualizar, el cuestionar, más hondamente todavía por qué es que están sujetos a esta condición, por qué se los somete a torturas físicas y morales que parecen estar indicando que desean la abreviación de la vida. El exterminarlos, el suprimirlos de todo el contacto humano y del contacto social. Porque son luchadores, luchadores de una primera línea.

Porque ellos han sabido interpretar en este momento crucial cuál es la verdadera réplica que debe darse a la opresión, a la sistematización de la violencia organizada que viene de arriba, porque ellos han tomado un puesto de vanguardia. Han sabido desembarazarse de todas las mentiras sistematizadas, organizadas y han dicho que era la acción la que debía corresponder. Y porque esa acción tenía que estar acreditada por una vanguardia joven, por una vanguardia pura. No contaminada por ningún contubernio de tipo político, económico. Porque ellos eran y son representativos de la parte más sana y más fuerte de la argentinidad. De la que busca esa Argentina mejor que todos aspiramos y que tiene que estar inserta en ese mundo mejor. Por eso su lucha es la lucha de todos. Y por eso las mujeres tenemos que tomar una actitud viva; tenemos que tomar una actitud decidida; no basta la lágrima, no basta la solidaridad; no basta la compañía afectuosa de la carta, de todo lo que se necesite. Tiene que estar también la protesta y, si es necesario, formarse sobre la personalidad sumisa, cariñosa, afectiva, una nueva personalidad, luchadora, fuerte y belicosa. Todas las mujeres tienen que dar ese paso adelante. Las madres, las esposas, las hermanas, las novias, ellas tienen que decir una palabra a ustedes. Porque este momento es un momento quizás

definitivo para la historia que se está jugando en todo el plano del mundo y en el nuestro particular.”

Daniel de Santis, militante del PRT y escritor del libro *A vencer o morir* (Eudeba, 1998 y 2000), recuerda cómo conoció a Reyna.

-La conocí cuando ella tenía a su hijo Rolo preso, él era del GEL y se incorpora con su grupo al ERP-PRT y cae preso. Y yo militaba en el PRT, en el Frente Legal. Mi responsable era Susana Gaggero, una compañera que era veterana de 29 años, yo tenía 23. Ahí en las actividades del Frente Legal la conocí a Reyna.

Me acuerdo que, en las navidades del 72, Reyna organizó una huelga de hambre, en una iglesia. En el año 72 Reyna tenía 58 años y yo tenía 24, o sea, para mí era una señora mayor. En una actividad, estábamos en La Plata, teníamos que ir a una fábrica en Avellaneda y ella tenía que hablar a la salida de los obreros de la fábrica, realizar una agitación. Se paraba el obrero que quería y el que no, seguía. Era una cosa movida, todo lo que estaba vinculado al PRT y a la guerrilla era arriesgado, pero para nosotros era bastante habitual. Entonces estábamos en La Plata, la salida de la fábrica era a las ocho y eran las seis y no venía el compañero con el auto, un Fiat 600, y bueno, no vino nunca. Nos tomamos un taxi y llegamos al comité de base de Avellaneda, fuimos con el taxi a toda velocidad. Llegamos y nos estaban esperando todos los compañeros y compañeras, y se hizo la hora y hubo que correr dos cuadras. Y Reyna corrió con nosotros las dos cuadras y cuando llegó estaban saliendo los obreros y se subió a un pilarcito y se mandó la arenga. Era una oradora excelente, era un estilo barroco, era muy florido, derrochaba palabras y expresiones, era muy lindo su discurso, con mucho floreó. Una gran oradora.

Reyna iba siempre para adelante, no era que había que convencerla. Era de las personas que daba todo. Nosotros éramos muy audaces, los de la guerrilla y los del PRT, y Reyna era igual, con sus treinta y pico más que nosotros, era igual. Se ve que se había formado en esa.

Años después, en 1990, hicimos el primer homenaje a Silvio Frondizi, que fue compañero nuestro de izquierda, era marxista y revolucionario. Hicimos un homenaje y Reyna venía con todo ese floreo y medio que se nos terminaba y justo la interrumpieron cuando le dijeron que se apure, cuando estaba por hacer la reivindicación de la lucha armada, de la guerrilla. En ese momento no era fácil, éramos poquitos. Porque el éxito y la victoria tienen muchos padres y madres y la derrota es huérfana.

- ¿Qué pensaba de la lucha armada?

- No sé en el 72, pero después era de las personas que reivindicaba la lucha revolucionaria. Ella era medio peronista pero el hecho de que Rolo era del PRT, Perla y Diana también. Ramiro no era del PRT, pero había sido discípulo de Silvio Frondizi, ella siempre reivindicó eso.

En una reunión de fines de los 90 de un partido que estábamos formando nosotros, junto a gente joven, Reyna, que tenía ochenta, dice acá hay que tomar la política de la proletarización, lo que hacíamos nosotros en el 70. No había diferencias con Reyna.

Una vez estuvimos con Alianza Sur, con Pino Solanas. Él era candidato a presidente, yo a Intendente y Reyna era candidata a senadora. Y como Pino era muy anticomunista y nosotros éramos de izquierda, cuando vio que apareció Reyna, enseguida le cayó bien, y se sentó al lado de ella. Esto ocurrió en 1995. Y otro partido también la llevó de candidata.

El 22 de agosto de 1972, oficiales de la Armada asesinaron a dieciséis presos políticos, que se habían fugado del penal de Rawson. Solo tres sobrevivieron. El plan de fuga estuvo a cargo de un comando unificado, conformado por Mario Roberto Santucho, Enrique Gorriarán Merlo y Domingo Menna, integrantes del ERP, quienes lograron escapar a Chile. Este hecho fue conocido como la Masacre de Trelew. En ese momento, la dictadura de Lanusse estaba llegando a su fin y después de la huida, las condiciones de los presos políticos empeoraron en todo el país. Por ello, Perla empezó a comprometerse más

fuertemente con el trabajo legal por la libertad de los presos políticos y participaba, junto a Reyna, en los dos grupos que llevaban a cabo este trabajo: la COFADE, que era peronista, y el COFAPPEG, que era amplio y posibilitaba la entrada a cualquier persona, aunque estaba dirigido por el PRT.

Una semana antes de la masacre, el PRT avisó a los familiares de los presos políticos que debían ir a las cárceles. Si bien no les comunicaron los planes de la fuga, insistieron en la necesidad de que todos los familiares, junto con sus abogados, acompañen al detenido. En ese momento, Rolo estaba preso en Chaco y el 22 de agosto lo encontró acompañado de su familia.

Rolo era defendido por un grupo que se llamaba Ayuda Peronista a los Presos Políticos y el abogado era Antonio Jorge Chua, quien fue desaparecido en octubre de 1977, a los 53 años. Perla iba siempre a hablar con el abogado. También visitaban, con Reyna, a Rolo en la cárcel de Devoto. A veces compartían el viaje con la familia Bellingeri y otros familiares de presos políticos.

Perla se había mudado a la casa de su novio, Cristian, cuando se encontraba en el último año del secundario, a unas pocas cuadras de la casa de Reyna. Él era estudiante de medicina avanzado y había llegado a la Argentina desde Paraguay. Sus padres se habían quedado en su país natal y como eran muy tradicionales decidieron no comentarles que vivían juntos. Cuando Perla terminó la escuela comenzó a estudiar Psicología, carrera que se interrumpiría con su detención años más tarde.

En 1971 desaparecieron en La Plata dos matrimonios del Frente Argentino de Liberación (FAL) y en reclamo decidieron realizar una movilización. Mientras cantaban consignas de aparición con vida, llegaron a la esquina de 47, donde Perla estudiaba Psicología, y comenzó una batalla entre cascotes y tiros de la policía montada. Perla sintió como un pedrazo en su pierna izquierda y cayó herida, junto a otro compañero del Partido Comunista de los Trabajadores (PCT). En la esquina había un bar y al lado, un estudio de arquitectos, quie-

nes se sorprendieron ante la situación que veían desde las ventanas de sus oficinas y rápidamente los trasladaron al Policlínico. Perla permaneció unos días internada, pero como le habían dicho que no era necesario extraer la bala decidió retirarse por su propia voluntad y hacer reposo en su casa.

Era la primera movilización a la que había logrado que asistiera su novio. La bronca y la impotencia generada por la violenta represión, lejos de aminorar su compromiso reavivaron sus fuerzas revolucionarias. Además, su hermano continuaba preso y era víctima de la tortura militar.

En la universidad, Perla se contactó con grupos universitarios peronistas, entre ellos la Federación Universitaria de la Revolución Nacional (FURN). Los estudiantes de abogacía entraban a la universidad, abrían la puerta, se subían arriba del escritorio y hacían una arenga, como si se tratase de la entrada de la clase obrera en las aulas y se hablaba del peronismo, del 17 de Octubre. En su casa no eran antiperonistas. De hecho, cuando Rolo fue preso estaba en el GEL, que era la unión del peronismo de izquierda con sectores de la izquierda no peronista.

Además, Perla estaba influenciada por los libros que había en su casa, las revistas, los textos de John William Cooke y su planteamiento teórico del policlasismo y *El Estado de la revolución*, de Lenin. En su seno familiar eran frecuentes los debates sobre el peronismo y el marxismo, en un intento de articulación de esos dos proyectos. También se discutía sobre las posibilidades y limitaciones del peronismo. Toda esta influencia fue acentuando su compromiso y la necesidad de comenzar a militar, por lo que se unió al PRT, un partido marxista-leninista. “A mí me atrajo mucho el PRT, porque tenía en la universidad y en la zona los mejores oradores, propagandistas, los mejores agitadores, gente que te quedabas marrón cuando los escuchabas. Venían con el viejo Silvio y con todo el grupo. Gente muy clara y muy valiente”.

En este contexto represivo, la militancia implicaba necesariamente estar expuesto a situaciones de peligro. El PRT era una organización clandestina que impulsaba la lucha armada, por lo que ya no se trataba de realizar una pintada o repartir volantes, sino que podían ser detenidos. Perla decidió compartir esta decisión con su pareja. Él adhería a las ideas de Perla, pero no compartía la lucha armada y no estaba dispuesto, entre otras cosas, a curar heridos en enfrentamientos. Así fue que, entre lágrimas, sufrimiento y despedidas, se separaron. Reyna recibió a su hija en la casa, pero angustiada con la situación, repetía una y mil veces: “Perla, no vas a traer a nadie más, a nadie, a nadie. Yo no quiero a nadie acá, porque era un buen muchacho, excelente persona”.

Perla comenzó a desarrollar en el partido principalmente un trabajo político. Este trabajo se realizaba en la universidad, donde el PRT desplegaba una militancia que atraía a los estudiantes. Tenían delegados por curso y los cuerpos de delegados vertebraban el trabajo del PRT en las aulas. Había una voluntad democrática real, importaba escuchar al otro, su punto de vista. También realizaban actividades de propaganda en las fábricas y villas.

PRIMERA DECANA MUJER DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES

El 11 de marzo de 1973, el régimen dictatorial impuesto en junio de 1966 llegaba a su fin. El 25 de mayo de 1973 ganó las elecciones presidenciales Héctor José Cámpora, candidato que había designado Perón, porque a él le habían prohibido presentarse, y así comenzó el tercer mandato peronista. En la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación empezaron a hacerse sentir los reclamos de los estudiantes y trabajadores, docentes y no docentes, quienes impulsaban el desplazamiento de la Jefa del Departamento de Letras. La docente adhería a las ideas de la Revolución Argentina y a la dictadura cívico militar que derrocó al presidente constitucional Arturo Illia.

Durante esta época se realizaron reuniones de estudiantes universitarios peronistas de todo el país y lograron la conformación de la Juventud Universitaria Peronista (JUP) en el ámbito nacional. En la UNLP, estudiantes, docentes y trabajadores no docentes participaron en la discusión de un documento elaborado por dirigentes de la Federación Universitaria de la Revolución Nacional (FURN), que se conoció como “Bases para la Nueva Universidad”. Entre los aspectos más importantes se criticaba el lugar que ocupó tradicionalmente la universidad en la sociedad argentina y se planificaban transformaciones para lograr la “universidad de la liberación”.

A pesar de que el mandato de Cámpora fue muy breve continuaron las transformaciones en este ámbito universitario y ascendieron sectores de la izquierda que anteriormente habían sido castigados. En julio de 1973, el delegado interventor de la Facultad designó, por pedido de estos sectores movilizados, a Reyna como jefa interventora. “Teniendo en cuenta la necesidad de renovar la orientación de dicho Departamento, de acuerdo a los lineamientos generales establecidos para la Universidad, en el marco del Proyecto de Reconstrucción Nacional y atento a los méritos que, por su trayectoria en la lucha por la liberación Nacional y su nivel académico, ostenta la Profesora...”

En el Departamento que tuvo a cargo promovió cambios en la currícula y en las prácticas de funcionamiento interno, a partir de reuniones interclaustrales que se realizaban sistemáticamente. Entre los cambios ligados al plan de estudios se promovió la reducción de la obligatoriedad de las asignaturas de Latín y Griego y se generaron espacios para seminarios optativos como “Tres poetas militantes: César Vallejo, Roberto Fernández Retamar y Ernesto Cardenal”. Asimismo, propuso reducir la cantidad de horas destinadas a la literatura española y reformular la materia sobre literatura iberoamericana. También crear dos cátedras de Literaturas y Culturas Latinoamericanas, una a cargo de Reyna –en la que el programa comenzaba con el Popol Vuh- y otra, de Jorge Laffourgue. Propuso desdoblarse la materia Literatura inglesa y norteamericana y en mayo de 1974 –cuando ya era decana- reincorporó a Alicia Graciana Eguren, viuda de John William Cooke, quien había sido dejada cesante en 1955.

Además, realizó transformaciones que abarcaron a distintas materias, entre las que se destacaron: la sustitución de la denominación de cátedra por la de Unidad Básica de Trabajo (UBT), que permitió cambios en la relación entre docentes y alumnos. Así, se promovió la división entre clases teóricas y prácticas para que los estudiantes tuvieran un rol activo en su formación. Estimuló el conocimiento, la evaluación y la promoción grupal a partir de la constitución de Equipos de Traba-

jos de Alumnos (ETA). Y motivó el debate, las diferentes interpretaciones, la investigación independiente y los coloquios (Abbattista, 2019).

Insistió en la necesidad de llevar la universidad a las villas, porque consideraba que tenía que estar al servicio de quien más lo necesitaba. Los docentes y los alumnos de los profesorados tenían que enseñar a leer y a escribir en las villas. No podía concebir que siguiera habiendo analfabetos en nuestro país. Para Reyna, el conocimiento era lo mejor que un ser humano podía tener.

En abril de 1974 fue elegida decana de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, por iniciativa de los diferentes claustros, con el apoyo de estudiantes y trabajadores no docentes del peronismo revolucionario agremiados en ATULP. Fue la primera mujer en ocupar el decanato en esta facultad.

En los tiempos en que Reyna fue decana comenzó a gestarse en la universidad la Concentración Nacional Universitaria (CNU), una organización de la ultra derecha peronista que terminó siendo parte de la Triple A. El ideólogo de la CNU platense fue Carlos Disandro, profesor de latín de la Facultad de Humanidades. La finalidad de este grupo era perseguir, secuestrar, torturar y asesinar a militantes de organizaciones revolucionarias y peronistas de izquierda para, según ellos decían, realizar una depuración ideológica. La CNU fue partícipe del terrorismo de Estado previo al último golpe cívico militar. También contaban con un órgano oficial llamado Concentración de la Juventud Peronista, de cuatro páginas, a través de las cuales amenazaban e imponían el terror con la finalidad de aniquilar a las “guerrillas trosko-marxistas-montoneras”.

A veces las cátedras se dictaban a últimas horas de la noche, en el subsuelo del edificio, ya que los demás pisos estaban en construcción. Durante el horario de clase solía pasar la horda de la CNU, con aerosoles, al grito de muerte a la izquierda. Imponían el miedo y el terror en las aulas. Los docentes y los estudiantes se arriesgaban en cada clase, pero asistían para garantizar la continuidad de las carreras.

Los docentes también evitaban llevar la lista de los estudiantes, por si los detenían. La lista la tenían guardada en un lugar preservado. Entonces se recurría a distintas estrategias para poder identificar a los estudiantes, códigos o pequeños rasgos para identificarlos y poder calificarlos y entregar sus notas.

Aún en este contexto, Reyna enseñaba la libertad de pensar, incentivaba el diálogo y el intercambio de opiniones con los docentes y los estudiantes. Liliana Guido –docente universitaria y compañera de Reyna- recuerda esos momentos: “Nos encontrábamos y trabajábamos la ruptura del modelo del profesor-alumno, romper la asimetría. Ella era una persona que todo el tiempo hablaba de una pedagogía de la liberación, en la cual el sujeto del conocimiento es un sujeto activo, no receptor. Entonces hablábamos de la pedagogía del oprimido, hablábamos de la educación como liberación, hablábamos de partir de la vivencia de cada uno. Ella propiciaba todo esto. Y trataba todo el tiempo de ver cuál era nuestro papel en ese proceso de poder romper con la ideología hegemónica, poder descubrir en los contenidos del conocimiento cómo penetraba la ideología hegemónica y cómo mucho de las ciencias eran revestimientos ideológicos. Nos hacían adoptar el discurso del amo. En esa época ya leíamos mucho a Foucault. Su presencia como decana era como legitimar lo que no era legal. Habilitar lo que no estaba sostenido desde el orden social, su sola presencia generaba aire, visibilidad, luz, era una garante de las garantías”.

Perla recordó los años de su madre en el decanato. “Mamá fue elegida para ser decana de Humanidades mientras yo estudiaba Psicología en la misma facultad. Recuerdo entrar al decanato, yo ya había tenido a mi hija Clarisa, y nos tomábamos un mate en la mesa enorme del decanato. No pegaba ni las sillas, ni las mesas, ni nada con mi mamá. Mi mamá pegaba con las sillas de paja, las banquetas, las mesitas de madera con mantelito de hule. Durante todo ese período siempre me pidió que no la presionara y yo no la presionaba. Yo le decía no te presiono, solamente te digo cuál es nuestra posición frente a tal cosa. Cuestiones que hacían a la universidad o cuestiones que

hacían a los presos políticos, por ejemplo. En ese momento los compañeros de la Juventud Peronista planteaban, a fines del 73, la libertad de los presos peronistas. Y nosotros siempre planteamos la libertad a los presos políticos, nunca hicimos ninguna diferencia entre el preso anarquista, socialista, peronista.

En una oportunidad, después del asalto al comando de Sanidad, por parte del PRT, habíamos organizado un acto en Humanidades por la libertad de los presos. Yo le avisé a mamá y entonces me dijo por supuesto, ahí tienen el salón de actos, ahí tienen todo. No, no, le digo, mamá yo no te estoy pidiendo el salón de actos, el salón es de los alumnos, la facultad es de los alumnos. Yo te estoy pidiendo tu presencia en el acto, vos sos parte de la conducción de esta casa de estudios.

Ahí se puso nerviosa. Y le digo: “Mirá, lo último que te voy a decir es que la misma gente que va a estar en el acto es con la que fuimos a Devoto a visitar a Rolo cuando estaba preso, y suponen que vos también vas a estar”. Y fuimos al acto. Estaba toda la JP en el pasillo esperando a ver qué hacía ella. Yo estaba con el flaco Moura, mi marido, y yo le decía vas a ver que mi mamá va a venir, vas a ver. Yo le tenía una confianza ciega. El salón estaba muy lleno. En eso se abre el telón y mi vieja abre el acto directamente. Lo abre y lo cierra. Y yo dije esa es mi mamá, esa es mi vieja. Esa es la Reyna madre. Ahí entró toda la JP y se recontra llenó y se hizo un acto del carajo”.

El 1 de julio de 1974 falleció Juan Domingo Perón y la presidencia quedó en manos de su mujer, María Estela Martínez, conocida popularmente como Isabel. Ese año asumió como ministro de Cultura y Educación Oscar Ivanissevich, quien emprendió una ofensiva contra las universidades del país. El objetivo era combatir la “subversión”, considerada la única enemiga, que se había insertado en el ámbito universitario. Durante su mandato llevó a cabo acciones como la intervención de distintas universidades, el reemplazo de autoridades, la persecución de estudiantes militantes, la cesantía de docentes, el secuestro de docentes y estudiantes en manos de las fuerzas parapo-

liciales, como la Triple A. Así, aplicaron el terror de manera insidiosa y diaria.

Reyna venía siendo amenazada por la CNU desde hacía tiempo. De hecho, figuraba en una lista de condenados a muerte publicada por la revista del peronismo de ultraderecha *El Caudillo*. En una de las publicaciones habían escrito “a Reyna la vamos a reventar por troska”. El 7 de agosto de 1974, a las dos de la mañana, la patota de la CNU irrumpió en la casa de Reyna, en calle 73 entre 116 y 117, en la zona sur de La Plata, donde se había mudado doce años atrás. Era la última víctima elegida del 5 x 1 de ese día. Decidieron asesinar a cinco personas porque días antes había muerto el dirigente de la CNU Martín Salas, ejecutado por un comando de Montoneros.

La noche en que llegaron a la casa de Reyna la CNU actuó en conjunto con la Triple A, en zonas liberadas por la policía y con el apoyo de vehículos con identificación policial. Desde 1974 a 1976, la CNU se ocupó de asesinar a docentes universitarios, militantes marxistas o de la izquierda peronista, referentes históricos del peronismo combativo y delegados de base. Ellos siempre estaban armados y se ocupaban de que las víctimas se encontraran en una situación indefensa y que no tuvieran ningún arma para escaparse o resguardarse. Ese día, las víctimas fueron Carlos Ennio Pierini, Luis Norberto Macor, Horacio Chaves y su hijo Rolando, quien no participaba de ninguna militancia. Todos fueron asesinados macabramente, con más de cincuenta balazos y con el sello emblemático de la CNU, que era acribillarlos.

Pero los planes no salieron de acuerdo a lo pautado. Reyna, la víctima que completaba el 5 x 1, no estaba en su casa. Había viajado a Los Toldos, para asistir al aniversario de la Escuela Normal que ella había fundado en 1941. Doce hombres llegaron en cuatro autos. Ingresaron a la casa y amenazaron a Diana y a la abuela, las únicas que se encontraban esa noche en la casa. Los hombres preguntaban a los gritos por “la yegua”, así la CNU llamaba a Reyna en las pintadas amenazantes de la facultad, con los dibujos de una horca. Revolvie-

ron toda la casa, pero no se llevaron nada. Y finalmente se fueron. Tampoco encontraron a Perla ni a Rolo.

En ese momento, Reyna se vio obligada a abandonar la casa en la que se habían instalado cuando llegaron a La Plata y se mudó al departamento de Ramiro, ubicado en 16, entre 37 y 38. Con el riesgo que significaba en ese contexto, Reyna continuó al frente de la facultad. El clima político del país y de la universidad era cada vez más amenazante y había comenzado a transformarse en un escenario privilegiado del terrorismo estatal.

El 8 de octubre de 1974, la CNU secuestró y fusiló por la espalda a los dirigentes Rodolfo Achem y Carlos Miguel, de ATULP, el gremio de los no docentes de la UNLP, conducido por la izquierda peronista desde el 30 de mayo de 1973. También habían fundado la Federación Universitaria para la Revolución Nacional (FURN). De hecho, esa mañana se habían reunido con la Federación Universitaria de Buenos Aires para coordinar acciones conjuntas de resistencia contra la política represiva y oscurantista de Ivanissevich. Los dos figuraban en la lista de condenados a muerte, junto al rector normalizador de la universidad, Francisco Camperchioli Masciotra. Esta lista había sido elaborada por la Triple A y el plan para asesinarlos había sido organizado por los gobiernos nacional y provincial, con el objetivo de destruir a la conducción de ATULP.

Frente a este episodio, que conmocionó a la ciudad, Reyna participó de las renunciaciones masivas. El rector Camperchioli, los decanos y los secretarios de las facultades presentaron ante escribano sus dimisiones, como una forma de demostrar su repudio a los asesinatos de los dos compañeros. Desde ese momento, la universidad fue ocupada en el marco de la “Misión” Ivanissevich y permaneció cerrada hasta el 21 de noviembre. Las amenazas de muerte y las persecuciones eran aún más sistemáticas y Reyna y parte de su equipo se vieron obligados a pasar a la clandestinidad. Algunos de los compañeros con quienes Reyna compartió su trabajo fueron Diana Teruggi, Roberto César Porfidio y Beatriz Quiroga, desaparecidos.

El proyecto de universidad nacional y popular que se había puesto en marcha el 25 de mayo de 1973 se desmoronaba. La intervención ultraderechista, a cargo del interventor Pedro Arrighi, consumó la intervención y se encargó de borrar todos los avances en la universidad. Haydée Enriqueta Frizzi de Longoni fue designada interventora de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y comenzó a orientar sus decisiones en el sentido contrario al de Reyna. Destruyó y eliminó todas las transformaciones que había realizado en el Departamento de Letras. Además, clausuró las actividades del centro de estudiantes, dejó cesantes a los docentes contratados en 1973 y persiguió la participación política. El trabajo intenso, producto de luchas, acuerdos y consensos que había llevado a cabo Reyna fue destruido.

POR UNA LITERATURA ARGENTINA

Sus investigaciones académicas estuvieron centradas en la literatura nacional, en los exponentes de la intelectualidad argentina, sus características e inquietudes sociales y políticas. Se centró principalmente en el estudio de la sociedad literaria El Ateneo, constituida en 1892, y presidida por Rafael Obligado, quien ofrecía su casa como lugar de encuentro. En ese momento había cerrado la Academia Argentina de Artes, Ciencias y Letras y la frecuentación cultural continuó dispersa e hizo posible la concreción de una nueva sociedad literaria. Estas tertulias, de amplia apertura a escritores de la época, estaba interesada principalmente en la lectura de obras teatrales inéditas. Además de las disertaciones, charlas y conferencias de escritores argentinos y latinoamericanos que debatían, entre otras problemáticas, las características de la literatura argentina. Algunos de los que frecuentaban y participaban de los encuentros fueron: Calixto Oyuela, Carlos María Acantos, Alejandro Korn, Martín García Mérou, Ángel Estrada, Domingo Martinto, Joaquín V. González, Juan B. Justo, Alberto del Solar, José Ingenieros, Luis Berisso, Ernesto Quesada, Ernesto de la Cárcova, Gabriel Cantilo, Carlos Vega Belgrano, Juan A. Argerich, Martín Coronado, Juan José García Velloso, Carlos Guido Spano, Lucio V. Mansilla, Lucio V. López, Miguel Cané, Norberto Piñero, Belisario Montero, Eduardo Schiaffino, Alberto Williams, Martín Coronado, Leopoldo Díaz, Enrique Larreta, Rubén Darío y el joven

Leopoldo Lugones quien recién había llegado a la Capital. Reyna escribió: “El Ateneo, lejos de ser un círculo exclusivista, marginal a preocupaciones que no fueran eminentemente literarias, afrontaba las nuevas corrientes ideológicas y les daba el cauce de disertaciones en su salón de conferencias, donde las ideas se escuchaban con respeto y se debatían luego con seriedad y buena fe”.

Uno de sus estudios realizados sobre El Ateneo fue publicado en el libro *Sociedades literarias argentinas (1864-1900)*, en 1967, por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, de la UNLP. El Departamento de Letras, a cargo de Raúl H. Castagnino, había organizado un Seminario de Investigación sobre las sociedades literarias argentinas entre 1864-1900, para los graduados que quisieran analizar el material en archivos y fuentes periodísticas. Así, Reyna fue una de los cuatro inscriptos que llevaron a cabo y concluyeron esta tarea. En ese mismo volumen publicó Delia Kamia, hija de José Ingenieros, un texto sobre la sociedad literaria La Syringa, trabajo que venían investigando juntas desde años atrás. “En la obra próxima a aparecer La Syringa, de que son autoras Reyna Suárez Wilson y quien firma estas páginas, hemos tenido oportunidad de examinar, junto al heterogéneo material mencionado, cartas y escritos inéditos de siringsos, o sea de miembros de La Syringa. Su examen nos llevó a preguntarnos si aquel coro ‘tuvo algún ritmo y alguna melodía, o si fue sólo un entrevero de pájaros cantores a quienes lo gregario llama al canto, pero no lo coordina’. Pensamos que ha habido influencia de Darío en las letras argentinas a través de La Syringa. Que puede con algún fundamento atribuirse a esta agrupación el mérito de haber promovido una inquietud intelectual, dando origen a discusiones y ejercitaciones artísticas y literarias”. Y agregan un fragmento de ese libro del que no quedaron registros: “Creemos que la voz de La Syringa configuró discretos llamados, clamores y mensajes de quienes, reunidos por saludable y vital espíritu lúdico, compartieron también apreciables inquietudes estéticas”.

Años más tarde escribió un ensayo sobre José Ingenieros, titulado el Maestro de la Juventud, en el que desarrolla las ideas que llevaron a alentar la lucha en todos los campos por el ideal social: “Los muchachos del Colegio Nacional fueron el 31 de octubre de 1927 en peregrinación al cementerio. Allí estaba el Siringo en efígie escultórica, sonrosada por la luz: los ojos penetrantes, el labio grueso y bajo el bigote la sonrisa, las cejas pobladas, envueltas en una irradiación de vislumbre primaveral. Pasan tres años más. En octubre de 1930 arreciaba la tormenta política y hasta el paraninfo de la universidad avanzan efectivos policiales, entonces los muchachos transportan al Siringo hasta su Federación Estudiantil Universitaria. La anécdota muestra el respeto y el afecto con que los alumnos consideraban al maestro. Algo difícil de hallar en estos tiempos. Actualmente impera entre nosotros una cierta resistencia al paradigma. Es la nuestra una época totalmente defraudada; actos y palabras se movilizan por motivos bastardos: el dinero y el poder”.

En noviembre de 1972, el Instituto de Literatura Argentina e Iberoamericana de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, a cargo de Juan Carlos Ghiano, elaboró una colección de estudios en conmemoración al centenario de El gaucho Martín Fierro. Uno de los artículos fue escrito por Reyna y titulado Martín Fierro y Ricardo Rojas. En ese texto refuerza una vez más su apasionamiento por las letras y la historia de nuestro país y se introduce en el debate de la construcción de la literatura argentina. “Debe apreciarse el consumo masivo del poema como exponente de un criterio selectivo singular. Singular en el sentido de que un libro, solamente uno, arraiga en el gusto popular rural con persistencia que había de reclamar la atención del lector culto y del crítico experto. Los espíritus cultivados reaccionan en la lectura, de acuerdo con una sensibilidad y un gusto que a veces se muestra incapaz de sobreponerse al envaramiento preceptista, lo cual los conduce a desechar el poema como producto bárbaro, ajeno a la literatura. Otros, críticos y lectores de más remozada formación intelectual, que no permanecie-

ron insensibles a los estímulos del romanticismo social, logran rescatar en el poema valores afines... Pero ninguno se erigió, como Rojas, en campeón de una causa que dieron por perdida quienes, desde la cátedra universitaria o el editorial periodístico, negaban la existencia de la literatura nacional o soslayaban su presencia con ironía". También escribió El carlismo en la obra de Valle-Inclán (1967) y Los prólogos de Darío (1968).

SI SIEMPRE EN LAS TINIEBLAS VOY A ESCUCHAR EL GRITO

Mientras Reyna era decana, Perla militaba en el PRT y estaba en pareja con Jorge Moura, hermano de Federico, Julio y Marcelo, fundadores del grupo de rock Virus. Se habían conocido en 1972, cuando Perla militaba por los presos políticos en la misma organización que Jorge. A comienzos de la década del 70, Jorge se incorporó al ERP, el brazo armado del PRT, y aprendió el uso de las armas en el monte tucumano. Él jugaba al rugby y muchos deportistas de Rugby Club La Plata se incorporaron en esa época a la militancia política. Veinte compañeros de ese club deportivo, apodado posteriormente como “escuela de guerrilleros”, fueron víctimas del terrorismo de Estado. Jorge había empezado la carrera de Arquitectura en la UNLP, que abandonó a los tres años. Su familia tenía una posición económica muy sólida debido al éxito del padre, Pico Moura, que era abogado, especialista en Derecho Civil. Su madre, Velia Oliva, era maestra y pianista aficionada. Aun así, Jorge nunca quiso aceptar la ayuda de los padres y trabajaba como transportista. En las vacaciones su hermano Marcelo lo ayudaba con los repartos.

El 25 de mayo de 1973, Rolo salió de prisión con la amnistía de Héctor Cámpora, luego de haber estado preso un año y medio en

Devoto, Resistencia y Rawson. Ese día Perla y Jorge fueron juntos a Ezeiza a recibir a los aviones que traían a los presos políticos de la cárcel de Rawson. El reencuentro, después de tanto tiempo de lucha contra las injusticias, constituyó un instante de alegría para la familia. Reyna recordó: “Ese día fue hermoso, de la libertad, del sol, volaban las palomas, las campanas, y después de mucho fraseo había que irlos a buscar. Y fuimos a buscarlos allá y por las dudas que tardaran mucho se dijo que cuidado con las verjas, que se podían caer. Y claro no eran inocentes damas, eran muchos varones y era la hora de que se lucieran ellos. Salieron formando fila y desgraciadamente debían haber formado una sola, pero no lo hicieron porque estaban divididos. Unos eran peronistas, otros eran comunistas o socialistas. Así que se formaron dos filas y salieron en libertad. Pero duró poco. Al no haber afianzado una unidad se fue perdiendo la fuerza y el entusiasmo que se traía. Esa división había perdurado durante la prisión. Y enseguida Cámpora tiene que dejar el poder y empiezan a surgir las persecuciones

Ese día fue hermosísimo, porque era como que estábamos en todas partes a la vez. Fuimos a Devoto a reclamar que ya, no después cuando salga una cosa, no, ya los presos en la calle. Los que tenían fuerza empujaban la verja. Y no se animaba nadie, la policía había quedado... le cantaban en coro se van, se van y no volverán. Y sí que volvieron y con un hambre bárbaro, pero las ilusiones hacían pensar que no. Era un día hermosísimo, lleno de palomas, de sol, la plaza estaba resplandeciente”.

En este contexto, la creencia de que construir un mundo mejor era posible lo llevó a Rolo a continuar con la militancia. Estuvo en Rosario como responsable de un equipo militar y fue miembro del Estado mayor de la regional, parte de 1973 y en 1974. En 1975 fue convocado desde Buenos Aires y estuvo en la parte de inteligencia y trabajo práctico sobre las fuerzas armadas.

El 1 de mayo de 1974 nació la primera hija de Perla y Jorge, Clarisa Moura. Al igual que sus hermanos, Jorge era músico, tocaba folklo-

re y rock nacional. A Perla le gustaba escucharlo cantar Muchacha ojos de papel, de Luis Alberto Spinetta, y los boleros con los que hacía bailar a Clarisa. Vivían en La Plata, en 36 y 28, en una casa operativa de la organización. A veces vivían en la casa con otros compañeros, pero Perla siempre se esforzaba para que sea un hogar familiar. Perla contó: “En general las reuniones del partido se realizaban en casa, porque habíamos logrado en el barrio una buena relación y además toda la parte de adelante yo la tenía preparada para que cualquier vecina pudiera entrar. No iba a entrar ni pateando una ametralladora, ni pateando un pan de gelamón, ni pateando una pila de periódicos de combatientes. Una cocina comedor normal, arreglada, limpia y linda. Que daba a la vereda, y vidriada que se podían abrir las ventanitas, uno podía mirar para adelante”.

La llevaban a Reyna y a su madre a la casa, con los ojos vendados y les impedían todo contacto visual con el mundo exterior, por su seguridad, es decir, las llevaban tabicadas, como se decía en esa época. Durante el trayecto ellas repetían: no sé para qué nos llevan tabicadas a la casa, si nosotras no vemos nada. Si no vemos nada normalmente, para qué nos llevan vendadas.

Se sentaban en unos sillones mecedores en la puerta y tomaban mates. El barrio veía que la actividad de la casa era como la de cualquier familia. Además de visitarlos y acompañarlos ayudaban a realizar la cobertura de la casa. Sin embargo, la vecina de enfrente, que estaba pendiente de todos los movimientos, se acercaba para preguntar y obtener datos. Estaba particularmente interesada en saber si Perla pertenecía al PRT. Ella cuidaba a Clarisa, la primera hija de Perla y Jorge, mientras Perla iba a la Facultad.

Otras veces las visitas las hacía Perla a su casa materna. Y cuando llegaba, su abuela, que vivía con Reyna, estaba con todos los editoriales, los de Santucho, los de Firmenich, todos escondidos debajo de la almohada. Reyna recibía todas las revistas peronistas, se leían y luego se tiraban. Pero la abuela insistía en la necesidad de releerlas una y otra vez y por eso las guardaba. La lectura se había convertido en

una situación de peligro y tener el material en su casa constituía una amenaza que podía terminar con la muerte. Por eso, Perla insistía: “Vos no tenés que tener, basta, ya las leíste, vamos a tirar todo esto”. Y Justina respondía: “bueno, dejáme, aunque sea esta cosita” mientras Perla volvía a insistir: “Yo te traigo, la semana que viene, y lo lees y me lo llevo de vuelta. Pero no podés tener un nido de cosas acá, porque vamos todos en cana”. Y la abuela respondía: “A vos no te van a llevar, no porque yo me hago la lelita. Nunca creas que yo voy a decir nada de ustedes eh. Yo me hago la lelita”.

La abuela les cosía las banderas que ellos salían a colgar y decía que era Marianita Pineda, que hacía las banderas en el ejército de San Martín. Siempre decía que si hubiera sido joven sería guerrillera y compañera de sus nietos, pero como era muy vieja, era alfonsinista. La Tona, como la llamaban sus nietos, vivió hasta los 105 años y siempre apoyó la lucha al igual que Reyna. Podía discutir, pero esencialmente estaba de acuerdo. Desde los poemas de su juventud, Reyna manifestaba la preocupación por dotar su vida de sentido y ser testimonio para las próximas generaciones. Buscaba la justicia y el compromiso social. Por eso siempre entendió el camino de sus hijos y compartió las batallas que decidían dar.

La situación en La Plata era cada vez más complicada. La familia Diez, conocida principalmente por la lucha por la libertad de los presos, se había convertido en un blanco móvil. Sumado a que en cada charla se referían a la defensa de la lucha, al socialismo, a los pueblos latinoamericanos y a la Revolución Cubana. Por eso, en 1975, Perla y Jorge viajarían a Mar del Plata, por decisión del partido. Jorge, que era responsable militar de La Plata, intercambiaría el cargo con su par de Mar del Plata, un mecanismo habitual utilizado por el PRT para despistar a la inteligencia de los aparatos represivos.

Primero viajaría Perla por cuestiones de seguridad y unos días después iría Jorge. Perla viajó sola y su hija Clarisa, de diez meses, quedó al cuidado de su padre, en La Plata. Ese día se despidieron en

la terminal de ómnibus de La Plata y fue el último día que se vieron. Estaba embarazada de su segunda hija, aunque todavía no lo sabía.

- ¿Cómo era tener una familia y participar de la lucha armada?

-Tener una familia, luchar por el socialismo y por una sociedad mejor era una misma cosa. Nosotros siempre vivimos así, era una forma de vida. Una forma de vida en la cual nosotros teníamos hijos y estábamos con ellos. Y tratábamos de cuidarlos, lógicamente, pero sabíamos que esa lucha no era solamente por nuestros niños, sino por todos los niños. No te olvides que además yo viví esa situación en libertad hasta febrero del 75. Si yo hubiera estado en el 76, 77 y 78, quizás hubiera analizado otras alternativas. Con mamá no podía dejar a los chicos, porque mamá no tenía seguridad. Pero hubiera resuelto la situación de mis hijos como lo han hecho muchos compañeros. Existía la guardería en Cuba, distintas situaciones que no significaron que la gente dejara de luchar. No eran cosas contrapuestas, al contrario. Creo que nosotros fuimos muy prolíficos, tuvimos muchos hijos. De hecho, en un corto tiempo, tuve a las dos nenas y nunca las puse, en general, en situaciones de peligro. Pero alguien lo puede mirar desde afuera y decir, las veinticuatro horas estaban en situación de peligro. Y sí, las veinticuatro horas estábamos en situación de lucha, de solidaridad, éramos muy felices con nuestro compañero y con nuestros hijos y con los otros compañeros que vivían con nosotros, porque además eran casas bastante colectivas.

- ¿Había momentos de debilidad? ¿Hablaban esto con Jorge?

-Había momentos en los cuales uno estaba esperando que llegara su compañero o el compañero de otra compañera, después de una acción, y se tardaba un poco más de la cuenta. Ahí estábamos en lo que llamábamos cita de control, en esos momentos, lógicamente, éramos humanos. Nosotros deseábamos que no le hubiera pasado nada y temíamos que le hubiera pasado algo. Nos poníamos muy felices cuando aparecía diciendo no pudimos agarrar tal ruta, tuvimos que

agarrar otra. Yo hasta el día de hoy, en algunos lugares, como terminales, estaciones, o lugares que eran de cita de control, de repente estoy esperando a alguien, tarda y registro cierta ansiedad. Entonces me digo no es una cita de control, Perla. Estas esperando a tal persona, no es una cita de control.

Con Jorge no hablábamos esto. Ni el miedo, ni el temor, ni ninguna de esas cosas formaban parte de nuestras conversaciones. Ojalá hubieran formado parte. Hubiera sido necesario, hubiera sido importante ahondar. No estaba prohibido hablar de eso, quiero decir que no formaba parte de nuestras conceptualizaciones, pero no porque nos creyéramos invencibles. Teníamos compañeros que habían muerto ya en el año 71. En algún momento nos hemos quedado mirándonos y si fuera hoy yo le preguntaría qué estás pensando, qué estás sintiendo. Pero en ese momento por ahí nos mirábamos. Y después, a lo que hay que hacer.

Apenas Perla llegó a Mar del Plata identificó un clima más complejo del esperado y decidió avisarle a Jorge que retrasara el viaje hasta que la situación mejorara. Este encuentro nunca pudo concretarse. Perla fue detenida a los pocos días, en Mar del Plata, el 27 de febrero de 1975 y trasladada a la Comisaría 4° de esa ciudad. Grupos antiguerrillas especializados habían participado en el arresto de una gran cantidad de militantes del PRT-ERP, entre los que se encontraba Perla. Cuando llegó a la comisaría comenzó a sentir los primeros síntomas de embarazo, náuseas que atribuía al nerviosismo, producto de la situación. La habían ubicado frente al baño, así que cada vez que un compañero pedía ir al baño aprovechaba para intercambiar algunas palabras. A uno de ellos le contó los síntomas que presentaba. Y él le respondió: “Seguramente no estás embarazada, son secuelas de la picana, de la tortura”.

Perla recordó: “La situación que a mí me tocó vivir fue asistir a situaciones de tortura, escucharlos a todos. Además, los compañeros lo único que hacían era decir que no, que no iban a dar información. Esto era un baño de vitamina. No estabas escuchando que el otro

decía mi hermana no sé qué cosa y mi tía no sé qué otra o el vecino de enfrente. Estabas escuchando todo el tiempo gente que decía que no y que no, y que gritaba y que era torturada. Esto fortalecía porque los veías hechos pelota y escuchabas esos ruidos que eran aullidos característicos de la tortura. En general cuando pienso en lo que fue la cárcel y la caída, la impresión que tengo de los campos es que fue una resistencia impresionante.

Cuando la llamaron para declarar, Perla no reveló su verdadera identidad. Expresó que estaba buscando una vivienda en Mar del Plata porque pensaba continuar la carrera de Psicología, ya que en La Plata no se sabía si iban a continuar los dictados de clases. A los pocos días, la sacaron encapuchada para decirle que ya sabían que era la hermana de Rolando Diez y que además estaba en la puerta de una ratonera del PRT-ERP. “Vos no sos un perejil y no actuás como perejil”.

“El juez, que era un terrible fascista, pretendía tomarnos declaración en la comisaría y los tipos de la tortura saliendo amenazando desde el costado, trasladaba a la gente de La Plata a Dolores y a la gente de Mar del Plata a La Plata, a Olmos. Como alejándonos a todos de la familia”, contó Perla.

Al tiempo la trasladaron a la cárcel común de Dolores. Allí permaneció unos meses y después la llevaron a la cárcel de mujeres en la misma ciudad. Día tras día, Perla permanecía sola y confirmaba que la iban a trasladar cuando tuviese a su hija o no la iban a trasladar nunca. Su familia no estaba en condiciones de viajar. Reyna todavía no había podido jubilarse de la universidad, por lo que Perla se las ingeniaba para conseguir algunos centavos y enviar su carta con una estampilla adentro, para que su madre pudiera contestar.

Un día fingió tener contracciones prematuras y convenció al médico para que la trasladasen a Olmos. En esa época, Olmos estaba a cargo de policías, que eran más flexibles que en las etapas que se vivirían con posterioridad, y tenían una forma de organización que facilitaba el ingreso de las visitas. Por ello, cuando Reyna visitaba a Perla podía pasar un rato junto a ella o si el día estaba lindo pasear

del brazo al sol. Estas formas, bastante humanas, no les agradaban a los militares, quienes además querían tener el manejo de las cárceles. En 1976, los militares lograron lo que querían. Mientras estuvo detenida en la Unidad Penal 8 era frecuente que durante la noche la despertaran a ella y a las compañeras para pedirles elementos de higiene o pañales, en cantidades superiores a las que podían necesitar. Así comenzaron a sospechar que habría algún lugar clandestino cerca del penal y que se estaba preparando una maternidad. Más tarde se enterarían que ese lugar era el Centro Clandestino de Detención conocido como La Cacha.

La noche del 8 de noviembre de 1975, Perla comenzó a sentir contracciones y pidió que la llevaran al Policlínico San Martín. Nadie la escuchó, no había guardias. Solamente estaban sus compañeras, quienes hirvieron tijeras y prepararon sábanas limpias. Muchas horas de angustia y sufrimiento pasaron hasta que llegó un médico, que no era obstetra y estaba aterrorizado. Seis compañeras la trasladaron hasta Sanidad, un lugar en construcción, donde había restos de obra y bolsas de cal. Tampoco había remedios, ni gasas. En ese contexto, el 9 de noviembre nació Lucía Moura.

Minutos después del nacimiento de su hija, una patota irrumpió en el lugar. Estaba liderada por el jefe de Sanidad, Rodolfo Leone, que afirmó: “Este parto estuvo perfecto, todo estuvo en su lugar”. Perla juntó fuerzas y le dijo que no era así y que “esto se iba a saber en todos lados”. En 2013, frente al Tribunal Oral Federal 1 de La Plata, en el contexto de los juicios por la verdad, Perla cumplió su palabra y contó la historia de su compañero Jorge Moura y sus propios padecimientos en el centro clandestino que funcionó desde fines de 1976 hasta octubre de 1978. “El médico me dijo que cerrara las piernas y respirara hacia arriba para evitar el parto. Venían preparando la maternidad, habían hecho refacciones, todo a las apuradas, era una mugre total. No había remedios ni gasas”, recordó.

BAJO LA LLUVIA CRUENTA FLORECEN LAS GLICINAS

Jorge Moura, conocido como El Sargento Manuel, siguió militando en el PRT-ERP. El 23 de diciembre de 1975, participó del asalto al Batallón de Arsenales de Monte Chingolo, en el sur del Gran Buenos Aires. Jorge fue uno de los encargados de vencer la resistencia en la puerta del cuartel. El operativo fue fallido para la organización: no sabían que había entre ellos un infiltrado del Ejército y que los militares les habían preparado una emboscada. Murieron 62 guerrilleros y 5 militares. Jorge pudo retirarse ileso y sin ser capturado. En este contexto y por razones de seguridad no podía visitar a Perla en la cárcel y tampoco pudo compartir el tiempo que hubiera querido con sus hijas. Lucía estuvo diez meses con su madre en la cárcel y una vez por mes salía para conocer la vida afuera y también ver a su padre. Luego, se la entregaron a la familia.

Cada vez que Lucía salía, Reyna la buscaba por la cárcel y viajaban en micro hasta La Plata. Jorge, quien había pasado a la clandestinidad, pudo encontrarse en contadas ocasiones con su hija. El riesgo era constante y para verla había que coordinar citas, lugares y horarios que previamente eran chequeados para evitar el secuestro. Una de las veces en las que Lucía se encontró con su padre, Reyna había organi-

zado una cita para que él la pudiera ver. Por eso, con mucho cuidado y organización habían pautado encontrarse con Jorge en una plaza de La Plata. Ese día, previo al horario pautado, Liliana Guido realizó una recorrida por el lugar para comprobar que era seguro encontrarse allí y que nadie los estaría esperando. Cuando ella se manejara con tranquilidad y demostrara no estar preocupada, Reyna aparecería con la beba y se la entregaría a Jorge. Posteriormente, había que tener los mismos recaudos y cuidados para lograr que Lucía volviera a la cárcel con su mamá. La situación de peligro a la que estaban expuestos no impedía que Reyna se mostrara alegre y tierna con la beba y se preocupara porque esté confortable.

En 1976, la trasladaron a Perla, junto a otras compañeras, a la cárcel de Devoto. Esto trajo muchas complicaciones a la familia, que tenían que viajar desde La Plata. Para lograr acceder a las visitas había que estar los martes, antes de las ocho de la mañana, y obtener el permiso, aunque el ingreso era recién a las once. El día anterior a la visita, Reyna buscaba a las dos hijas de Perla por la casa de sus abuelos paternos, en City Bell, donde ellas vivían. Para poder llegar a horario, se levantaban a las cuatro y mientras despertaba a Clarisa vestía a Lucía, que todavía era muy chiquita y usaba pañales. Cualquier pérdida de tiempo, así como también llevar botones forrados o zapatos con plataforma, implicaba perder la visita. Con frío y dos criaturas emprendía el viaje para encontrarse con Perla.

En medio de la noche y en plena dictadura se dirigían las tres a la estación y se subían al tren. Reyna, durante todo el viaje, recitaba a los grandes poetas para todo el vagón. Seleccionaba aquellas poesías que tuvieran un contenido político y que ocultaran la ideología a través de las metáforas. Era su forma de transmitir fuerzas a los familiares que iban a ver a las presas y para que pudieran continuar con la lucha. Al llegar las esperaban las revisiones, los manoseos, los códigos que debían aprender de memoria para que las dejaran ingresar. Y luego sabían que las esperaban vidrios y micrófonos que separaban a las presas de los familiares y los visitantes. Había que tener cuidado con

los temas que se charlaban en esos encuentros, por eso se recurría a sobreentendidos y señas que solo ellas podían identificar.

Las presas trataban de colaborar y acatar lo que les pedían, porque de lo contrario ponían en riesgo la visita. Una vez se negaron a desnudarse antes de ir al taller, donde les habían conseguido permiso para trabajar y como castigo a esa resistencia, les impidieron ver a sus familiares. Esa misma situación se repetía si descubrían que la visita cumplía con el pedido de las presas de sacar de la cárcel algún escrito o carta. El riesgo que se corría al realizar estas acciones generaba diversas discusiones. Reyna, en dos oportunidades, escondió unos papeles en la boca y pudo entregarlos al destinatario acordado. Estas acciones formaban parte de la ilusión de las presas y las mantenían reanimadas.

Años más tarde, Reyna afirmó en una entrevista: “Yo no podía ocuparme de las hijas de Perla de una manera absoluta y ellas eran chicas y necesitaban estar bien. Porque tenía que atender las cosas que me pasaban a mí, como conseguir un abogado para Perla, reclamar por la comida con un olor asqueroso que les daban, tenía que ir también a la plaza con el pañuelo blanco que tenían todas las mujeres, había que ir a actos clandestinos. Al principio costó mucho conseguir un abogado, porque a los abogados de derechos humanos los mataron a casi todos. Yo he hablado en muchos actos clandestinos en todo ese período. Se ponían de acuerdo conmigo y me levantaban en la calle 44 y yo no sabía ni a dónde iba. Todavía no estaba establecida una dictadura en serio, eso iba a llegar en el 76. Incluso las muertes que se producían eran más esporádicas, no estaba planificado. Todavía no habían asumido por completo, entonces quedaban espacios que uno podía rescatar. Una vez hablé en una fábrica, había muchos obreros y empleados, me subí a un barril con una tabla. No había mucha estabilidad, pero yo no pesaba tanto. Entonces hablé sobre la necesidad de una huelga y de repente veo a alguien que se asoma por la puerta y rápidamente se mete otra vez. Eso era un signo y me dicen bueno, vaya terminando porque hay que irse rápidamente. Y nos fuimos. Cuando llegábamos a la esquina, ya se escuchaba la sirena de la policía”.

Cada uno de los niños que visitaban las cárceles desarrollaba estrategias para pedir que sus madres pudieran estar con ellos. Algunos llevaban piedras en los bolsillos para abrir agujeros que permitieran salir a sus mamás. Lucía, en cambio, le decía a Reyna: “Vos le escribís todos los días a Videla para que la suelte a mamita, que es buena, que no hace nada”.

En esa época, Perla descubrió el deseo de dibujar en la cárcel como una forma de expresión y de comunicación con sus afectos. Durante todos esos años en Devoto sus hijas iban a visitarla y Perla las esperaba con cuentos, canciones y juguetes elaborados con trapos de piso, lana, botones hechos por ella y sus compañeras. Recién en 1979 pudieron tocarla por primera vez, ya que permitieron las visitas de contacto, esas que se daban en un patio frío y húmedo pero que Perla se encargaba de entibiar para sus hijas.

A pesar de la censura, Reyna le escribía a Perla constantemente. Sus cartas constituyeron un sostén fundamental para Perla, y en cada una tenía un detalle, sabiendo lo que podía estar padeciendo. Siempre estaba un paso adelante. A veces le mandaba una poesía, le contaba alguna historia familiar o transcribía la carta de un vecino, y sin escribir su nombre, brindaba datos para que Perla pudiera identificar de quién se trataba. En una de las cartas, Reyna escribió:

“A través de nuestras cartas, los lazos que nos unen por la ley de la sangre y por la vida compartida en toda su variada sinfonía de días alegres y despreocupados y de horas tensas, dramáticas, de momentos de estrechez o de relativo desahogo. Esos lazos digo se han enriquecido por las nuevas vivencias, por la confrontación intelectual y aún por la expresión afectiva que en vos es caudalosa, fluyente, reiterativa. Porque así sos vos, con el alma a flor de piel y los sentimientos rezumando dulzura para todos. Yo he sido siempre más hermética, más reservada, no puedo con naturalidad hablar de mí o de las cosas que quiero o que quise o que dejé de querer, porque a veces se me mueren los sentimientos en forma casi imperceptible, como respuesta a una suma de fracasos o frustraciones en la comunicación personal.

Y nunca puedo disimularme a mí misma la realidad de un vacío y continuar entre los márgenes convencionales de cómo se debe sentir y a quién se debe querer. Hay una poesía francesa, cuyo autor no recuerdo en este momento, El vaso roto, que traducida dice en su primera estrofa: “El vaso que contiene esta flor pura, un golpe de abanico lo quebró, pero tan leve fue la trisadura, que nadie lo advirtió. Como el agua se fue escurriendo, gota a gota y falta de sustento antes de tiempo, se secó la flor”. Qué larga introducción para llegar a que con sus más y sus menos de cualidades y defectos, todos mis hijos ocupan un lugar muy propio en mi corazón, sin que ninguno me haya desilusionado en lo que realmente interesa. Y desde una óptica muy especial podría parecer, cuando pienso en uno cualquiera, que ese significa más. Pero lo cierto es que solamente con vos nos escribimos en grado de profundidad o de hondura. Tus cartas son las únicas que parecen tener manos que acarician, labios que sonríen e invitan a la sonrisa, ojos que miran chispeantes de fuerza o velados de emoción o juguetones. A las demás las quiero mucho y las guardo con amor, pero apenas dicen o insinúan. Será que ellos se parecen más a mí en la reserva y el pudor de los sentimientos y vos te pareces más a tu papá. Que llevaba a flor de piel una exuberancia temperamental no siempre buena, ni oportuna, ni prudente, pero sí de una desgarrante autenticidad.”

Perla tuvo que esperar más de siete años para reencontrarse con sus hijas cotidianamente. En 1982 salió de la cárcel bajo la figura de “libertad vigilada”, una modalidad creada y reglamentada por el gobierno militar que implicaba, prácticamente, el arresto domiciliario. No podía desplazarse de los límites coercitivamente impuestos y se debía presentar ante la autoridad de seguridad que le fue designada cada tres días en los dos primeros meses y luego cada siete días. Tampoco podía participar en reuniones públicas o privadas, excepto las de carácter familiar.

Ese 30 de abril sería recordado por sus hijas muchos años después. Ellas la esperaban escondidas debajo de la cama, nerviosas, ansiosas y

espiaban por la ventana. Tenían 7 y 9 años. Desde allí vieron el fuerte abrazo entre Pico Moura y Perla.

El año en que salió de la cárcel, Perla escribió:

“Fueron más de siete años los que estuve lejos de esta ciudad, de este barrio, de esta casa. A pesar de lo difícil que de por sí resulta el vivir encerrada y sentirse en las manos de quienes se creen con el derecho de hacer y deshacer sobre la vida tuya, mía y la del vecino, soy una mujer de ‘suerte’. Yo le digo ‘suerte’. Suerte de estar... de estar contándolo. Lo puedo contar, por lo menos, hay miles que no.

Alguna vez pensé que no tenía miedo (eso me creía), pero conocí el miedo hondo y persistente a lo incierto. Mi confianza estaba –y lo sigue estando- en el hacer y pensar de un pueblo, el nuestro. Vale la pena seguir luchando por ello. Mi temor era el temor del que no quiere quedar de brazos cruzados y siente si tanto aislamiento, tanta represión sistemática, tantos casos ‘ejemplificadores’ no lo lograrían.

Tuve miedo al ‘si yo estoy bien, qué me importa el resto’, al ‘no hay nada que hacer, todo está perdido’... o en el peor de los casos no poder absorber la realidad, no poder sobreponerme a lo que nos golpeaba, y nos sigue golpeando a todos. Cruda realidad que enfrentamos para transformarla, pero... el temor era, como diríamos de entrecasa, a que ‘se nos crucen los cables’. Por eso el día que me vi afuera estaba contenta, sentí la felicidad de traerme lo mejor de cada una de las personas con las cuales viví, y de haberme quedado en cada una de ellas. Estoy más convencida que nuestra lucha es justa”.

YO DORMÍA, PERO MI CORAZÓN VELABA

A los catorce años, Diana comenzó a militar en la Juventud Guevarista y en el PRT, donde se la conoció con el apodo de Griselda, Gris o la Blanquita. Era una persona de fuertes ideas políticas e imparable en la lucha revolucionaria. Rellenita, blanca, petisona, cara redonda, ojos y cabello castaño, así la recuerda su hermana. Su aspecto indicaba que era una inocente niña. Con pollera corta y medias tres cuartos, llevaba materiales y comunicaciones entre distintas zonas y militantes. Ella caminaba sola, con un gran convencimiento y valentía. Siempre llevaba en su bolsillo un poema escrito con su letra, en un cartoncito rosado. El escritor era František Bass, uno de los quince mil niños que estuvo en el gueto de Terezín, y murió a los catorce años en Auschwitz, el 28 de octubre de 1944.

El poema, titulado El jardín, es curioso, tremendo y doblemente premonitorio de las historias de František y Diana. El jardín es pequeño/ y oloroso de rosas. / Por el sendero estrecho/ se pasea un niño. / Chiquito, pequeño, bonito, / como capullo que crece. / Cuando el capullo florezca, / no existirá el niño.

Diana también tenía una vocación estética y una sensibilidad que le llevaron a escribir, a los diez años, algunas poesías que Reyna conservó hasta el final de sus días.

Algunas veces me siento rápida
con agilidad de cervatillo nuevo
me siento con niñez y pureza de árbol.
Me siento con un no sé qué de noches en la playa
con el mar azul y los grillos filtrando sus sonidos
y el amanecer que viene luego con beatitud de flor.
Y ver cómo la rosa entrega, amorosa
su perfume inmaculado, aunque la despedacen
y la rompan.

Diana iba a la escuela de Bellas Artes. En 1974, cuando tenía 15 años, la directora permitió que la interrogara un oficial de inteligencia, adentro de la escuela. A la tarde, el oficial llegó a la casa de Reyna y se la llevó detenida a Diana. El argumento era que una estudiante – amiga de Diana- se había escapado con un compañero de la Juventud Guevarista. La escuela de Bellas Artes elaboró la expulsión de Diana de manera encubierta. Pero como en ese momento Reyna era decana obtuvo un pase al Colegio Nacional. La misma situación se repitió. Una mañana la fueron a buscar a Diana y no le quedó otra opción que esconderse. Así partió a una villa donde permaneció durante un tiempo, hasta que logró regresar. En la Villa Itatí, en Quilmes, continuó su militancia. En ese barrio, el PRT tenía muchos militantes porque había un cura vinculado al partido, José Tedeschi, conocido como Pepe. Él apoyaba y organizaba las luchas reivindicativas, que incluían la alfabetización, la instalación de una biblioteca popular, una salita médica, el asfalto, el mejoramiento de las calles, de los desagües y además la lucha político militar.

Rolo se había enterado de la militancia de Diana a través de las cartas que Reyna le enviaba cuando él estaba detenido. Por ellas conoció su entusiasmo y entrega, y que eso desesperaba bastante a Reyna. Reyna era socialista, acompañó el gobierno de Cámpora y simpatizaba con la honestidad de Santucho y el PRT. En 1975, se incorporó al PRT y su responsable política fue Sarita, conocida como Leticia. En relación

a los motivos por los cuales se unió al PRT, Rolo sostiene que no era la política que había elegido para ella, pero la adoptó como la única forma de estar cerca de su hija, acompañarla, protegerla y aconsejarla para evitar las consecuencias de los arrebatos de la juventud. También le brindaba información sobre las condiciones de seguridad para poder militar, aunque Diana no siempre las consideraba necesarias.

Por su parte, Perla afirmó: “Yo no creo que haya estado solamente para protegerla. Mamá tenía una impronta política muy fuerte. Seguramente uno de los motivos por los cuales los padres se nos unían, en primera instancia, era para protegernos, pero se iban metiendo. Y mamá no hacía nunca grandes diferencias entre lo que era el PRT o Montoneros, porque realmente no había grandes diferencias. De hecho, cuando lo matan a Santucho estaban por firmar la unidad de la OLA, PRT, OCPO y Montoneros. Todos se la disputaban, mamá era anarquista, mamá era peronista, mamá era socialista, mamá era... La verdad es que mamá pasó por distintos espacios, pero no de una manera ecléctica. Mamá hizo escuela en los lugares donde pasó, hizo escuela y sobretodo le gustaban muchísimo los jóvenes”.

Para evitar la preocupación de su madre, Diana le escribía mensajes secretos y se los dejaba arriba de la mesa. Utilizaba el sistema de tinta llamado simpática o invisible, que no deja ver lo escrito hasta que no se aplique el reactivo. Diana escribía con el jugo de limón y cuando Reyna llegaba revelaba el mensaje al calentar el papel y poco a poco iban apareciendo las letras. En esos mensajes le avisaba los horarios de llegada o salida para que ella estuviera más tranquila. Aun así, hasta que no volvía Reyna iba continuamente hasta la puerta y se asomaba esperando verla acercarse.

El temor de Reyna no era infundado. En 1976, el terror y la violencia represiva estaban en las calles. Se podían oír los gritos desgarradores, el sonido de los autos sin patente, que llevaban en los baúles a las nuevas víctimas y las historias de cuerpos torturados. La dictadura militar intervino la CGT, suprimió el derecho a huelga de los trabajadores, congeló los fondos de los sindicatos, encarceló, secuestró

y condenó al exilio político. Los trabajadores también se convirtieron en víctimas de la represión. El 24 de marzo de 1976, Infantería de la Marina ocupó la planta de la Propulsora siderúrgica. Comenzaron a pedir documentos en la entrada y salida, abrieron armarios de los operarios en busca de archivos con datos de personal, para luego aplicar la represión y desaparición en las casas familiares. Esta misma modalidad se llevó a cabo en distintos lugares de La Plata, Berisso y Ensenada, como en YPF, en el frigorífico Swift, en los astilleros.

Luis Alberto Rentani trabajaba en la Propulsora y también se había incorporado a la Juventud Guevarista. En esos años de militancia, Diana conoció a Alberto y cuando le contó a su hermana Perla lo describió “feo, pelo crespo, le falta algún diente”. Perla no lo pudo conocer, porque en ese momento estaba presa. Pero cuando lo vio en las fotos pensó “¡era lindo, mi cuñadito!”. Al poco tiempo Diana quedó embarazada y a los seis meses decidieron casarse. En esa época Reyna se había mudado a la casa de 6 y 80 y Diana y Alberto vivieron con ella hasta unos días antes del secuestro de la pareja. Reyna había comprado el terreno y construido una casa modesta, con un patio grande, con árboles, flores, margaritas. El 17 de noviembre de 1976, el mismo día del cumpleaños de Diana, nació Pablo Nicolás Rentani.

Jorge, Diana y su marido militaban porque creían en un mundo mejor, libre, justo y solidario, y estaban dispuestos a luchar, aunque tuvieran que entregar su vida.

El 8 de marzo de 1977, Jorge fue secuestrado en la casa de sus padres, en Vergara y Bélgica, en City Bell, en un operativo del Ejército. Anteriormente, el padre le había ofrecido a Jorge que se mudara a otra casa, pero él siempre se negó para poder estar con sus hijas. Ese día, a las diez de la mañana, un grupo de tareas de la dictadura irrumpió en la casa con tres camiones que simulaban ser de SEGBA. Jorge tenía 28 años y salía de trabajar alrededor de las dos o tres de la tarde. Los hombres, mientras esperaban que llegara Jorge, les apuntaron con fusiles y ametralladoras, durante cinco horas, a sus padres, Velia y Pico, y a sus hermanos, Julio y Marcelo Moura. También en

la casa vivían las hijas de Jorge y Perla, Clarisa, de dos años, y Lucía Moura, de uno, quienes estuvieron presentes en el momento del secuestro. El padre les suplicaba que cuando llegara su hijo los dejaran hablar algunos minutos, y si bien le prometieron cumplir con su pedido, esto no sucedió.

Mientras entraba Jorge por el pasillo, sintió un golpe por la espalda que lo hizo caer al piso. Ese día lo trasladaron al Centro Clandestino de Detención La Cacha, que funcionó a metros de las unidades penitenciarias 1 y 8 de Olmos. Los represores lo llamaron La Cacha en referencia a Cachavacha, la bruja de un dibujo animado de Manuel García Ferré, que tenía una escoba con la que podía hacer desaparecer aquello que barría. Allí operaron grupos de tareas del Ejército, Servicio Penitenciario Bonaerense, policía provincial, marinos y agentes de la SIDE.

En La Cacha lo torturaron y lo mantuvieron encadenado y encapuchado durante veinte días. Antes de trasladarlo al campo de concentración del Ejército en Campo de Mayo le permitieron encontrarse con su madre, en el Parque Pereyra Iraola, acompañado por personas armadas. Un hombre apareció en la casa de City Bell diciendo que venía de parte de Jorge y que él quería ver a su madre. La familia pensó que se trataba de una planificación para secuestrar también a la madre, pero ella quiso asistir. Así que subió a un auto con personas desconocidas, le vendaron los ojos y la tuvieron durante horas dando vueltas en auto y en medio de un bosque le sacaron la venda y logró ver a su hijo. El encuentro duró apenas unos minutos y su último pedido fue que les cuidara a sus hijas.

- ¿Dónde te tienen? – le preguntó Velia.

-En un pozo– respondió Jorge.

- ¿Qué se puede hacer?

-Nada. Cuidame a las nenas.

Después llevaron de regreso a la madre a su casa, nunca se supo cómo ni quién organizó este encuentro y a pesar de las gestiones que

intentaron hacer, tampoco volvieron a tener ningún dato sobre Jorge. Tuvieron que pasar treinta años para que Perla se enterara que Jorge había estado detenido en La Cacha.

Ese mismo día, horas antes, secuestraron a Diana y a Alberto. El 8 de marzo de 1977, a las tres de la madrugada, se presentaron fuerzas conjuntas, vestidos de civil, en la casa de los suegros de Diana, ubicada en 530, entre 17 y 18, en el barrio de Tolosa. Allí vivían los padres de Alberto, la hermana y el hermano. Unos días antes, Diana, Alberto y su hijo habían decidido esconderse en la casa de los suegros. Los asesinatos, las detenciones y los secuestros se habían profundizado y sabían que corrían riesgos. En aquel tiempo las calles eran de tierra y la casa estaba rodeada de lotes baldíos. Esa noche no había parado de llover. El barro les había impedido a los hombres llegar con autos o móviles, por eso estacionaron a dos cuadras y llegaron al lugar caminando. Los gritos irrumpieron en el silencio de la noche y retumbaron en toda la casa. Con las manos en alto, los hicieron salir al patio y los ubicaron contra la pared para evitar que los vieran. Después los hicieron entrar a la casa y revolvieron cada uno de los rincones, sin encontrar nada. Los ataques que sufrían Diana y Alberto eran cada vez más intensos y con cada golpe que recibían su padre se descomponía hasta desvanecerse. Alberto cayó contra la pared y se lastimó la cara. La madre de Alberto y la hermana estaban encapuchadas y solo podían oír lo que estaba ocurriendo, y el hermano estaba trabajando.

El padre lograba por momentos recomponerse y vio cómo, esa noche, en el operativo ilegal, se los llevaban a Diana y a Alberto. Antes de retirarse habían amenazado a la familia diciendo que no podían salir hasta que pasaran quince minutos o todos iban presos o los mataban ahí mismo. Nunca más pudieron obtener datos ni identificación del lugar al que se los habían llevado y hoy continúan desaparecidos. Diana tenía 18 años y Alberto, 21. A partir de ese momento, el hijo de la pareja, de tan solo tres meses, quedó al cuidado de los abuelos paternos.

Perla continuaba presa cuando se enteró que tres familiares habían desaparecido un mismo día. Desde 1975, era frecuente que las presas recibieran visitas terribles y dolorosas noticias. A los 28 años, había llegado su turno. Ella recordó ese día en la obra colectiva *Nosotras, presas políticas* (2019, Nuestra América), en la cual 112 prisioneras dan testimonio del paso por la cárcel de Villa Devoto. “Fue un sábado, creo que el 12 de marzo de 1977. Ramiro, mi hermano mayor, iba a visitarme los sábados, porque no podía ir a Buenos Aires los martes (día de visitas en la cárcel) por razones de trabajo. Sólo le autorizaban media hora. No faltaba nunca. Siempre llevaba a mis hijas, pero ese día fue solo. Llegué a la visita y veo a Ramiro, con sus ojos muy rojos, una mirada intensa y desgarrada. Nos miramos, nos preguntamos y nos contestamos con los ojos, sin hablar. Hace un gesto con su mano queriendo decir “tres”. Está claro que a tres de mi familia les pasó algo grave. No hablamos. Grababan nuestras conversaciones. No recuerdo cómo, pero por descarte del resto de mi familia, entendí que eran Jorge, Diana y Alberto. Siguen los gestos y el silencio. Hago una cruz en el aire, interrogante (¿muertos?). Su cabeza dice que no, gestos con la mano diciendo que no se sabe nada, se los llevaron y nada más. Lloramos en silencio. Y así pasa la media hora. Tratamos de darnos ánimo, de sentirnos juntos a través del vidrio. Mamá se había salvado porque los habían secuestrado un día martes, y ella estaba camino a Devoto para visitarme. Ese día, al volver de la visita, estaba consternada. Todas mis compañeras se unían para rodearme y abrazarme. Nos reunimos en una celda por todo el tiempo que duró el recreo y fue una suerte de velorio. Esa era mi sensación. No podía pensarme sin ellos, ni podía pensar en lo que estaban atravesando: tortura y peligro de muerte. Ese año fue el peor de toda mi vida. Tendría que esperar unos días para ver a mamá, doña Reyna, y mirarnos y llorar sin llanto y preguntar sin respuestas. Comenzaría para mi familia, especialmente para mi madre, una larga lucha por la justicia y la verdad”.

El 24 de septiembre de 1977, Reyna le escribió una carta a Perala: “A mí, chiquita, lo más terrible que ahora me pasa, es que en los primeros meses la desgracia me anonadó unilateralmente. Reaccioné con los sentidos y las entrañas en una sola dirección. Ahora ya más asimilado el golpe ha ido irradiando, repercutiendo, dando lugar a que entren los tres. Como motivadores únicos en su peculiar existencia, en sus recuerdos, en sus cualidades y sus defectos. Me empezaron a caer las lágrimas. Como dice Garcilaso: ‘Salid, sin ruido, lágrimas corriendo... Pero con una sonatina de narices las mandé adentro para seguir escribiéndote...’”

En otra carta, el martes 13 de octubre, escribió: “A lo mejor para la mayoría, hablar, recordar, sacar cosas de adentro y transformarlas en palabras restaure un equilibrio psíquico, pero para mí eso constituye un boomerang terrible que puedo afrontar, pero sólo a veces, ciertos días, ciertos momentos. En los restantes tengo que restaurarme con las tareas mecánicas y algún trabajo intelectual que me fabrico de modo que cuando una carta demore, quizás podrás pensar que mamá se orilló en su nirvana particular para poder seguir adelante.”

Ese mismo año, el PRT tuvo una gran cantidad de caídos, tantos que la dirección del partido decidió sacar del país a los militantes para preservarlos. En julio de ese año, Rolo salió de la Argentina. Estuvo unos meses en Italia, otros meses en Cuba y se instaló en España, con su mujer y su hijo de cuatro años. El exilio fue devorando la organización. Habían salido con intenciones de volver, pero no se pudo lograr. Se conformaron fracciones que destrozaron lo que quedaba del partido y ahí terminaron las acciones del PRT-ERP.

En su libro *Los Compañeros*, Rolo sostiene que la dictadura primero ganó la batalla política, en la opinión pública, y después los derrotó militarmente. Cada vez más aislados de las masas, los partidos revolucionarios se fueron quedando solos y el deseado giro del pueblo a la izquierda finalmente nunca ocurrió. Esto fue lo que avizoraba Reyna y muchas veces había expresado en la mesa familiar, un corrimiento de la sociedad a la derecha y el advenimiento del horror, el

hambre y el genocidio. Desde México, donde reside en la actualidad, Rolo Diez accedió a una entrevista:

-Mamá era de izquierda, sus ideas y la práctica de su vida eran socialistas. No se dedicaba a la política -exceptuamos sus años más maduros- sino a la docencia en primer lugar y a la escritura, que fue una especie de afición vocacional importante en su vida. Pero era de izquierda en general, de joven y soltera consideró la idea de unirse a las brigadas internacionales que luchaban contra el franquismo en España, y su corazón y sus ideas estuvieron siempre con el mundo socialista.

Algo curioso -literariamente puede considerarse trágico- fue su relación con el peronismo. Así la recuerdo en sus conversaciones con papá cuando yo era niño. Lo curioso-trágico está en que todo lo mejor que hizo el peronismo está más concentrado en su primer gobierno, y aunque mamá reconocía eso tenía un gran rechazo hacia las formas que lo acompañaban -abundante matonismo y revanchismo contra la oligarquía y las clases medias, apologías de una ignorancia primitiva (“Alpargatas sí, libros no”), simplismos que daban vergüenza ajena (veinte verdades del peronismo, para un peronista no hay nada mejor que otro peronista), obsecuencia e idealización del líder (hasta yo consideraba insoportable La razón de mi vida, que leíamos en la primaria), etc.

Luego, el discurso a la muerte de Eva, a la que sí estimaba, que le costó el destierro del pueblo por peronista. Y finalmente, la adhesión al proyecto peronista en su tercer gobierno, cuando Perón volvió para lanzar el terrorismo de Estado contra toda la izquierda y especialmente contra el peronismo de izquierda. En esto entró por la euforia del 73, el progresismo de Cárpora y la influencia inicial de Montoneros en el gobierno.

Recuerdo haberle oído decir, o visto escribir, socialismo nacional, como dice el general, en las épocas del gobierno de Perón-Perón, y, a medida que crecían los crímenes de la Triple A, verla desengañarse cada vez más, refugiarse mientras pudo en la JTP hasta que -cuando mataron a compañeros suyos y la fueron a buscar a ella misma sin

encontrarla, casi milagrosamente al estar en Los Toldos en un acto que la homenajeara- renunció al puesto que tenía como decana y se alejó de ese gobierno criminal.

- ¿Qué opinaba Reyna de la lucha armada?

-Siempre creyó en la lucha política y no lo hizo en la lucha armada. Cuando yo le dije que entraba en ella se puso muy seria y triste y contestó: “Para mí es como si te fueras a la guerra”. Y sí, era eso, y no sé qué más hablamos en ese momento. Después le tocó ver que Perla y Diana hacían lo mismo, y Perla y yo caímos presos, y Diana se escapaba de la casa para militar en la Juventud Guevarista, lo que para ella era durísimo y -esta es una opinión mía que Perla y otros no comparten- a pedir un lugar para ella, ya en la recta final de su vida... ¡en la Juventud Guevarista!, para allí poder controlar los excesos de Diana.

Sí, es cierto que respetaba la honestidad y compromiso del PRT-ERP y la figura de Santucho. Una prueba de eso fue que, cuando lo mataron, estuvo en una reunión de su equipo, dirigido por una muchacha que podía ser su nieta política, la que, queriendo saldar la situación en un estilo guevarista, recordó una frase del Che, que alguna vez dijo: “Al compañero caído no se lo llora, se lo reemplaza”. Muy enfáticamente, quizá indignada, mamá la interrumpió diciendo: “¡A Santucho no se lo reemplaza, se lo llora!”. El tiempo le dio la razón.

- ¿Cómo fueron las visitas de Reyna a la cárcel desde 1971? ¿Cómo fue el día que saliste de la cárcel?

-Mamá me visitaba en Devoto -siempre con la delicadeza de no interferir con las visitas de mi primera mujer y el pequeño hijo que teníamos-, y dejó de hacerlo cuando estuve en Resistencia y Rawson. En nuestras cartas nunca me reprochó nada y mostró siempre respeto por lo que había hecho, aunque fuera distinto de lo suyo. Desdramatizábamos la situación, yo le contaba lo que hacíamos para llevar esa vida lo mejor posible y mencionaba los aspectos cómicos que

también abundan en las cárceles y ella, sin quejarse de nada, me contaba cosas de la familia, de La Plata y algunas de la dictadura militar.

Un hecho con toque cómico, o al menos gracioso y familiar, fue que nos reencontramos en Ezeiza, el 26 de mayo de 1973 y pasó que por algún motivo me tocó salir entre los últimos del avión, y me contaron que mamá estaba entre angustiada y desesperada y repetía: “No está, no viene, no lo soltaron”. Cuando salí del avión y pisé la escalera de salida, abajo estaba lleno de compañeros gritando entusiasmados, dando vivas a los compañeros liberados, y yo me quedé en la escalera, gritando con ellos, en una arenga compartida. Cuando la vi, bajé. Nos abrazamos y lo primero que ella me dijo fue: “No me escribiste para mi cumpleaños”. Después recordó que además de hijo era un compañero y entre lágrimas y alegría, repitió tres veces: ¡Los sacamos, los sacamos, los sacamos!

Poco después de Ezeiza estuve con mamá y ella me preguntó sobre mis planes, ¿qué pensaba hacer ahora? En el PRT teníamos la línea de tregua con el gobierno camporista y expectativa frente a las Fuerzas Armadas y las grandes empresas, lo que nos llevaba a no combatir por el momento, pero tampoco dejar las armas. Ella me insistió mucho para que asumiera una actitud de lucha política no armada y me expresó la gran confianza que tenía en el nuevo gobierno popular. No tuvimos acuerdo, pero tampoco chocamos. Con respeto mutuo mostramos cartas políticas distintas.

Unas semanas después, el Partido me mandó a Rosario como responsable de un equipo militar, ahí conocí al amor de mi vida -mi mujer actual, Myriam, con la que llevamos ya 47 años juntos (cuento esto únicamente por la forma en que afectó la relación con mamá). Mi primer matrimonio ya era más una costumbre que un gran amor y, de repente, el gran amor llegó. Llevó un tiempo resolver esa situación, mi ex estaba otra vez embarazada, el partido y mamá hicieron una fuerte campaña para evitar que me separara, mamá insistía en que yo asumiera mi responsabilidad. Triunfó el amor, me separé y pasé a vivir con Myriam.

Aunque fue muy duro para mí -y para todos los afectados- tampoco hubo drama. La vida siguió y volví a tener una buena relación con mamá. Estuvimos dos años en Rosario y después pasamos a Buenos Aires. La visitamos en La Plata y ella nos visitó en Capital. Yo la esperaba en la estación Constitución y la llevaba tabicada al departamento en que vivíamos. Myriam la trató siempre muy bien y mamá correspondía con una actitud de buena suegra que disimulaba el hecho de que nunca terminó de aceptarla.

Vino una época de muchas caídas de compañeros, ya en mayo y junio de 1977, y después la decisión del Partido de que saliéramos al exilio. Hubo una inevitable zozobra en la familia que terminó, o se amortiguó, cuando hablé por teléfono con la mujer de Ramiro y dije: “Hablo desde París, estamos bien, avísenle a mamá”.

- ¿Cómo fue la relación después del exilio?

- Mamá nos visitó dos veces en el exilio, una en España y otra en México. Ella estaba en una comisión de familiares de presos y desaparecidos y por primera vez en su vida viajaba y salía del país. Todo bien con ella. Reunión de familiares. Nada especial. Como aparte de los viajes ella seguía con su estilo de vida de austeridad franciscana y estaba entusiasmada con las canciones revolucionarias -sus preferidas eran La maza, de Silvio Rodríguez y Gallo rojo, gallo negro, de Chicho Sánchez Ferlosio, contra la dictadura española- yo le armaba casetes con esas canciones. Recuerdo que rechazó El romance de curro el palmo, que a mí tanto me gustaba, porque era “de amor” y no revolucionaria. En síntesis, estaba más radical que yo.

- ¿Cómo recordás a Diana?

- Tuve una diferencia generacional fuerte con Diana -cuando nació yo tenía 18 años-, lo que, sumada a los avatares de una vida poco normal, me impidió conocerla más y tener una mejor relación con ella. Era una niña, mi hermanita que crecía. La recuerdo seria, quizá tímida o ensimismada, todavía no había llegado a la poesía ni

a cuestionar el mundo en que vivía. Cuando me casé y salí de la casa familiar ella tenía nueve años. No la vi lo suficiente después. Una vez nos visitó en Buenos Aires, ya crecida y en la Juventud Guevarista, nos contó que estaba militando en una villa, que era difícil, pero la apasionaba sentir que estaba intentado algo bueno. Estuvimos bien esa tarde-noche, estuvo una hora y se fue porque volvía a La Plata.

Otra vez fuimos a visitar a mamá, y entramos en el drama. Mamá nos recibió espantada, casi nos echó enseguida: se habían llevado a Diana y a su compañero, y al vernos le aterró la idea de que también me capturaran a mí. Esa noche me fui solo a la cocina y me quedé pensando en Diana. Myriam no se olvida porque -me dijo- fue la primera vez que me vio llorar. Me han quedado dos fotos de Diana y una poesía.

NO HABRÁ MANTO DE OLVIDO

Reyna realizó una búsqueda intensa para encontrar a Diana y a su yerno y para lograr la libertad de Perla. Con una profunda angustia, arrancó fuerzas para iniciar el largo camino por seccionales policiales, cuarteles, unidades militares y juzgados, donde se presentaban Habeas Corpus que siempre obtenían una respuesta negativa. Sufrió durante todos esos años la sangrienta dictadura, la prisión, la tortura, el exilio y la desaparición. En ese contexto comenzó su lucha en Familiares de Detenidos y Desaparecidos en Capital Federal y en Madres de Plaza de Mayo.

En una entrevista Reyna contó:

“Yo estaba al servicio de lo que estaba pasando en la Argentina. Una vez que nos reunimos en la Plaza San Martín sentimos enseguida el barullo de tipos a caballo que nos obligó a meternos en cualquier lado hasta llegar a la Plaza de Mayo. Eso sí, en la Plaza de Mayo ellos fracasaban. Ellos sacaban por todos los medios de comunicación, en la época de Videla y sus sucesores, una prohibición de toda concentración y marcha que se efectuase en la Plaza de Mayo y para eso los subterráneos paraban en otro lugar, situación que exigía trasladarse doce o quince cuadras a pie. Nosotras salíamos de La Plata con el

pañuelito escondido, muy bien guardado, y empezábamos a mirar vidrieras alrededor de la Plaza. ¿Le iban a prohibir a uno que mirara las vidrieras? No puede ser. ¿Qué vidriera no podía mirar? ¿Por qué no? Entonces con la hora bien justita, atentas, en cuanto eran las tres nos precipitábamos a la plaza por distintos lugares, por distintos accesos. Y bueno, no les alcanzaban los vigilantes para detener a tantas mujeres. Por ahí detenían a una y se les escapaba otra. A mí, uno me agarró del brazo y le pegué y aproveché para huir. Estaba muy organizado que de la plaza no podíamos salir y ellos se resignaban. Eran marchas de silencio en esa época y había que conseguir gradualmente todo. Entonces empezamos marchando en silencio y una vez que estábamos ahí arriba nos dejaban y no sabían cómo hacer. Pero después se transformaron en marchas en las que se cantaban slogans o se cantaba el himno. Eso fue todo gradual. Lo que se podía hacer una vez, se repetía.

Primero éramos todas mujeres y las mujeres no queríamos que vinieran los jóvenes, porque ya hacía mucho que estaban empezando a aparecer en las zanjas, muertos o en algún episodio confuso. Entonces no se quería exponerlos a ese riesgo.

Entonces los vigilantes trataban de ceder cuando no tenían más remedio, por ejemplo, pusieron la caballada para que no cruzáramos y cruzamos entre las patas de los bichos y así se iban consiguiendo las cosas. Y lo que se conseguía una vez no se abandonaba más. Más adelante consideramos que los jóvenes tenían derecho a integrarse -las reuniones eran de madres, de mujeres y todas las decisiones se tomaban así- y que los hombres también tenían derecho a acordarse de la hija, de la hermana, de la tía. Antes también tenían derecho, pero era muy peligroso. Además, ahora estábamos bastante adiestradas para descubrir a las mujeres policías que se sentaban en los bancos y esperaban la oportunidad de aparecer y agarrarse a una y llevársela. No te digo la de carterazos que recibían y tenían que irse sin la presa, no se la podían llevar. Las mujeres éramos fuertes.

Había varios lugares de encuentro para recibir informes de lo que pasaba en otra parte o para notificarnos de alguna cosa, atendidos siempre por mujeres. En unos departamentos destartalados, antiguos, en Plaza de Mayo, y después en otros lugares también. Ahí por ejemplo una vez robaron todo el archivo que se tenía. Pero eran lugares bastante seguros y se transmitía y se recibía información. Había mujeres de más edad y mujeres jóvenes”.

Motivada por la necesidad de justicia y en defensa de sus hijos y de todos los familiares que fueron víctimas de la dictadura, fundó en 1979 Familiares de Detenidos Desaparecidos y Presos por Razones Políticas de La Plata, un organismo donde se realizaron las primeras denuncias de desapariciones, todavía bajo el régimen de la última dictadura cívico militar. Algunas de las luchas que llevaban a cabo consistían en la aparición con vida de todos los detenidos-desaparecidos; la libertad de todos los presos políticos; la restitución a sus legítimos hogares de todos los niños secuestrados y nacidos en cautiverio; desmantelamiento del aparato represivo y justicia a los responsables; derogación del estado de sitio y retorno irrestricto de los exiliados políticos; contra el hambre y la desocupación.

Reyna escribió y estuvo a cargo de la primera impresión del libro *No habrá manto de olvido* (1982), escrito con la máquina Remington, el cual contiene los primeros registros y testimonios de desapariciones y asesinatos llevados a cabo por la última dictadura cívico militar. Este libro surgió de unas fichas con datos que Reyna iba anotando con letra manuscrita y de un trabajo de búsqueda de datos e información que realizaron los integrantes de Familiares. Ese año, La Plata conmemoraba el centenario de la fundación de la ciudad y habían propuesto el lema “¿Lo festejamos juntos?”, al que se opusieron con este trabajo y propusieron la consigna “¡Los recordamos juntos!”.

Reyna asistía a las reuniones de Familiares de Detenidos Desaparecidos y Presos por Razones Políticas, en Ciudad de Buenos Aires. La casa estaba en Riobamba 34 y se había comprado a través de la cotización de los integrantes de Familiares. Una vez al año se rea-

lizaban reuniones para elegir a la persona que iba a representar a la Argentina y que debía viajar a Caracas donde era el centro receptivo de la resistencia. En ese momento, votaron a Reyna para que fuera la delegada y cumplió con su tarea en Venezuela. Antes de regresar le ofrecieron trabajar en la Argentina y otro tiempo en un país que ellos necesitaran. Así la invitaron a formar parte de la comisión directiva de la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Familiares de Detenidos Desaparecidos (FEDEFAM). Reyna fue miembro y representante de la Argentina. En 1981, se incorporó a esta organización no gubernamental apolítica integrada por asociaciones de distintos países de América Latina y el Caribe, que nuclea a víctimas de la desaparición forzada y la detención. Fue construida a partir del Primer Encuentro Regional de Detenidos Desaparecidos que se realizó en San José de Costa Rica en enero de 1981 e institucionalizada por el II Congreso realizado en la ciudad de Caracas (Venezuela) en noviembre del mismo año. Desde el primer momento buscaron coordinar de manera regional las organizaciones de familiares y generar acciones para luchar contra la desaparición forzada. Por ello, Reyna salió del país para asistir a diversas reuniones en los lugares que conforman FEDEFAM: Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Paraguay, Perú, Uruguay. Reyna se refirió a su participación:

“FEDEFAM es una federación de familiares, esto quiere decir que no son las personas que entran, es su federación. Son grupos humanos que están representados. Era una época donde ya estaba todo atemperado. La sede principal es en Venezuela porque es el país que le dio un aval a FEDEFAM y le está permitido residir ahí y realizar las actividades, siempre que no se inmiscuyan en la política del país. En un primer momento, yo estaba complicada porque tenía a cargo a mi mamá, que tenía 90 años, y me dijeron que igualmente podía hacer cosas desde La Plata. Entonces yo mandaba correspondencia, me contactaba. Hasta que en cierto momento mi mamá fue empeorando y los médicos me recomendaron que vaya a un geriátrico y tuve que

consentir. Y entonces busqué a algunas personas que se ocuparan de ella para poder ir a los encuentros, pero nunca durante más de quince días. Cuando había un congreso se atendía a los que venían de la zona y de otros países, fue notable el interés que mostraron los europeos, las mujeres europeas se desvivían por concurrir a los congresos de FEDEFAM. Además, se formaban grupos en los distintos países, por ejemplo, Perla tenía un matrimonio francés, joven, que estaba a cargo de ella y de sus criaturas, le mandaban ropa, le mandaban muñecas.

Ahí pasé a tener un cargo estable en FEDEFAM y era delegada argentina, adjunta a la dirección. La gente que uno conocía era gente muy sencilla, muy apegada al país y a la gente que iba viniendo de los lugares cercanos. Me acuerdo de una mujer que concurría, era de Venezuela, de una comunidad indígena. Venía con polleras, una sobre otra y otra y esa galera y hablaba una lengua de la comunidad, pero siempre se hacía entender. De pronto empezaba a cantar recordando a la hija que la habían detenido y comenzaba a sembrar floritas, hacía cosas raras, pero indicaba emotividad en ella. Estaba muy empapada de las cosas. Todas las que iban a FEDEFAM era porque las hijas o los hijos habían desaparecido.

FEDEFAM organizaba, por ejemplo, en Venezuela una visita a la cárcel para tener en cuenta en qué condiciones se encontraban los presos. Eran órganos de protesta activa. En Chile, con pleno Pinochet, hicimos una recalada bárbara, nos fue muy bien. Salíamos de la Catedral porque allá, a diferencia de los eclesiásticos nuestros, los sacerdotes de todos los niveles tenían un carácter de apoyo a todos los rebeldes, atendían los reclamos. Alrededor había que hacer una procesión para hablar en un túmulo y yo recién iba, no conocía nada. Estaba al cuidado de dos personajes que tenían esa tarea, porque si yo agarraba para otro lado capaz que caía como una chorlito con la policía. Yo empecé a caminar, cantando, íbamos en esa dirección y de repente suena la policía que viene a buscarnos y dos de los compañeros me agarran, de un lado y del otro y me sacan de la zona de peligro. Una vez que salíamos de esa zona ya era más difícil, porque

eras como una persona cualquiera, no teníamos ninguna insignia. También había reuniones de mujeres.

En ese momento, Loyola Guzmán era dirigente, fue todo un personaje. Ella estuvo con el Che Guevara, lo apoyó y además era su tesorera, hasta el momento en que él murió. La nuera era una persona intelectual, muy conocida. Ella representaba a Bolivia. A mí ella me envió una carta muy sentida. Se creó realmente una familia.

El logro de FEDEFAM era de tipo material y espiritual porque venían de Francia por ejemplo y no solamente traían cosas materiales, sino que llevaban el sentido que se le daba a la lucha. Además, se preocupaban todos de que en los distintos lugares hubiera un espacio de derechos humanos en el que todo lo que se pudiera considerar útil iba a estar. Y no te imaginás cómo una se siente conmovida, como cuando estando en México voy caminando a la sede de derechos humanos y me traen el álbum de Diana con sus datos y además la constancia de la prisión de Perla por motivos políticos. Eso es lo que se consigue, fundar algo que después sigue según las circunstancias”.

Claudia Bellingeri conoció a Reyna a través de Remy Vensentini, fundador de la Asociación de Familiares de Desaparecidos y Detenido por Razones Políticas en Capital Federal. El padre de Claudia desapareció en 1977 y ella comenzó una búsqueda para conocer la verdad. Por eso, viajó a Buenos Aires y Remy le recomendó encontrarse con Reyna para empezar a trabajar juntas y le dio la dirección de su casa. Ese fue el comienzo de una relación. Después siguieron el acompañamiento a Reyna todos los miércoles en la plaza a dar las vueltas como madre, viajar a Capital y compartir las luchas y la militancia. El día que Claudia se casó en la cárcel con uno de los presos que conoció a través de cartas que se enviaba con distintos familiares, Reyna estuvo presente.

- En 1979, me tomé el micro y bueno en ese momento imaginate que era todo mucho más precario y las distancias eran mucho más grandes. Llegué a una casita muy humilde, llena de margaritas en la puerta y de perros y gatos, porque a Reyna le encantaban los animales

y vivía ahí con su mamá. Entonces le toqué el timbre y me abrió la puerta muy amorosa y enseguida descubrí una casa llena de amor, de cultura, de capacidad, de política. De todo lo que te puedas imaginar.

La casa estaba llena de libros, de bibliotecas, de historia. Me contó un poco la historia de ella y ahí me dijo que nosotras nos conocíamos de antes, porque mi papá había estado preso en Devoto, en 1971, con su hijo Rolo. A partir de esa historia ella me quiso un montón porque ya me conocía desde antes.

En ese momento, Reyna estaba encargada de toda la cuestión de las presas políticas y con ella empezamos a armar Familiares de La Plata. Ella fue el alma de esa institución, de esa organización y empezamos de a poco a encontrarnos con otros familiares. Yo necesitaba ir a la casa de Reyna casi todas las semanas, porque además aprendía un montón y me nutría. Ella que hablaba con su voz temblorosa pero tan llena de historia, de capacidad de relato y de amor. Era una sabia porque podía interpretar lo que estaba pasando en la realidad y decirlo de una manera que a uno lo ayudaba un montón. Así que empezamos a hacer Familiares, en plena dictadura, que tenía como una impronta diferente, más bien política y gremial. Ella enseguida nos indicó el camino. En La Plata son los trabajadores los que están desapareciendo, así que enseguida empezamos a recorrer casas, hicimos listas para saber quiénes eran los desaparecidos.

Empezamos a trabajar con un colectivo de presos políticos que estaban en la Unidad 9 y entonces íbamos a la salida de la unidad, cuando estaban las visitas, y nos juntábamos todos en el bar de enfrente con Reyna. Empezamos a tomar denuncias de lo que estaba pasando adentro de la cárcel y en la unidad. A través de Reyna fuimos tejiendo una red de familiares, que necesitaban desde la contención hasta que le cuidáramos los hijos cuando iban a la visita o que consiguiéramos el pasaje para que pudieran viajar. También les escribíamos a los presos.

El Satiricón en ese momento era la revista que nos permitía publicar y denunciar la situación que se vivía en las cárceles. Y también

conseguimos un local que nos prestaron medio clandestinamente para que los días sábados, que eran los días que venían las visitas de los presos, pudieran tener un lugar donde parar, comer y además hacer nuestras reuniones y nuestras discusiones para seguir avanzando con las denuncias internacionales y locales. También con ella fuimos a realizar la denuncia en la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) cuando vino y también ella hizo la cola.

Se fue sumando gente joven como Remo Carlotto, y fuimos armando un núcleo importante que sirvió para denunciar lo que estaba pasando y contener. Y Reyna también podía llevar estas denuncias a FEDEFAM. Reyna nos apoyó un montón cuando la dictadura terminó. Nosotros durante mucho tiempo estuvimos esperando una respuesta sobre qué iba a pasar, sobre el destino, si a lo mejor vuelven, a lo mejor están en el sur y los liberan ahora cuando se termine la dictadura. Hoy está bien claro que la desaparición forzada se produjo en ese momento. Pero antes no era tan claro, porque nos llegaban noticias de los sobrevivientes y de las mismas presas, que eran esperanzadoras, a pesar de saber que eran lugares tortuosos y que había una parte que estaba siendo exterminada.

Después de la llegada de Alfonsín, Reyna me orientó mucho. Me dijo esto lo hicimos para resistir, ahora hay que salir y contar en cada uno de los lugares, donde vamos a hacer la vida democrática y empezar a decir qué pasó. Eso que yo te digo así imagínate lo trascendente que fue para mí.

Gustavo Bellingeri también acompañó a Reyna en el proceso de formación de Familiares.

- ¿Cómo recordás a Reyna?
- Reyna tenía una idea muy fuerte de que también la formación de una comisión de familiares era muy importante porque tenía un rasgo más político. Reyna con ese drama familiar –tenía una hija presa, un hijo en el exilio y una hija desaparecida- estaba muy entera porque era una militante política formidable. Era antes que nada una

militante política. Con esos dotes que tenía fue consolidando esta comisión, fuimos dando pasos organizativos, todos la referimos como nuestra representante. Ella viajaba a Buenos Aires a la comisión nacional, donde más o menos se trazaban algunas líneas políticas, pero en realidad después nosotros teníamos mucha iniciativa en La Plata. Una iniciativa que fue de Reyna en Familiares, y que quedó el registro de eso, es el libro que edita en 1982.

- ¿Cómo fue el proceso de investigación para escribir el libro No habrá manto de olvido?

- Ese libro es inspiración neta de Reyna, después nosotros trabajamos, colaboramos. Pero la inspiración de que había que hacer ese registro es de Reyna. Reyna decía que había una idea en los organismos de derechos humanos de que los desaparecidos de La Plata estaban ligados al movimiento universitario, a las organizaciones armadas. Pero en muchos sentidos Reyna decía que esa mirada tan definida, en este prototipo de las víctimas de la represión en la región, invisibilizaba una enorme cantidad de desaparecidos que eran trabajadores, y gente del movimiento obrero en la región. Ella los conocía. Ella sabía cuántos dirigentes y delegados había perdido. Razonó esto y dijo vamos a agruparlos. Y finalmente la cantidad de desaparecidos que eran obreros, trabajadores, delegados, representantes sindicales era muy grande. Y realmente lo que decía Reyna en ese sentido después se confirmó en ese libro.

Por supuesto que nos mandó a trabajar como locos porque teníamos que ir a ver a familiares, buscar los datos, estuvimos meses trabajando en medio de la dictadura. Era muy difícil. Fuimos contactando, había familiares que no querían saber nada, no habían hecho denuncias, e hicimos un registro seguramente perfectible, pero creo que hasta el día de hoy no hay uno mejor. Y la inspiradora y la letra de buena parte de ese libro es Reyna.

- ¿Cómo eran las primeras reuniones de Familiares?

- Las visitas de los Familiares a la cárcel se realizaban los sábados y a la salida nos reuníamos en el local que nos prestaban clandestinamente los compañeros de lo que hoy es SADO. En aquel momento tenían una mutual docente en calle 47 entre 14 y 15. Las reuniones de las comisiones de familiares a veces las teníamos que levantar porque teníamos información de que iban a venir a levantarnos. Eran situaciones de peligro. Y sí recuerdo que ella era muy serena, que no se asustaba como otros. Ella a diferencia de las otras madres y de los otros familiares tenía un trajinar político importante.

En 1982 empecé a militar en el Ateneo Eva Perón e Intransigencia y movilización peronista. Esos compañeros que sabían que Reyna estaba en Familiares me pidieron que la convocáramos. En el año 83 nos proponemos abrir un local. A ese local va a ir a funcionar la comisión de Familiares, estaba en 66 entre plaza España y calle 6. Era la planta alta, una escalerita que abajo había una casa y nosotros la habíamos alquilado diciendo que era un centro cultural que se llamaba Ateneo Eva Perón. Por supuesto nos venía la policía, nos venían los servicios a ver qué íbamos a hacer, y nosotros les decíamos que íbamos a hacer talleres de danza, de formación de historia, de esto, el otro. Y bueno el 18 de octubre de 1983 lo inauguramos. Y queríamos hacer un pequeño acto de inauguración, mientras comenzaban a ser liberadas algunas tandas de presos.

Una vez que salía un preso pasaba por Familiares y era un evento porque venían a vernos. Para nosotros era algo muy querido poder abrazar a un preso que recobraba la libertad. Y los presos salían muy retraídos, lógicamente, con la necesidad de replegarse a su familia. El único preso que salió y me llamó y que después se integró a la conducción del Ateneo, y fue muy compañero de Reyna, fue Luis Salinas, El Piraña, escritor también ya fallecido. Salió, me llamó y me dijo vení a la casa de mamá. Yo lo fui a ver a la casa de la madre, hacía tres días que había salido, con libertad vigilada. Los que salían con libertad vigilada no podían joder porque los podían volver a meter adentro.

Y ahí Luis Salinas se integró. Lo teníamos que frenar porque quería venir a los actos.

Ese día que se inaugura el local, largan como a 23 presos de la Unidad 9. Y los presos son algo inconfundible, uno no los puede esconder, porque salen con ropa ombú, con el pelo corto y con olor a tumba, olor a prisión, se les va con el tiempo. Habían venido los vigilantes a ver a qué hora íbamos a inaugurar. Están en la puerta con el que hacía de relaciones públicas, que lo mandábamos para que los atienda. Y empezaron a llegar los presos y dicen 'ah que se van a dar clases de folklore'. Era como que sabían los tipos, venían a hinchar. Y bueno fue una fiesta.

Y al frente y junto con estos compañeros estaba Reyna que queda integrada en la conducción del Ateneo. Tenía un frente estudiantil, un frente universitario, un frente de juventud que estaba el Piraña al frente y en la cúspide de esa mesa de conducción estaba Reyna. Y ahí se forma Intransigencia y movilización peronista, nos ligamos a una estructura nacional de reagrupamiento.

En La Plata logramos hacer un acto muy importante, fue el primer acto político durante la dictadura y se realizó el 11 de marzo de 1983, en la plaza Italia, con un palco, en la calle interna de la plaza. Y toda esa medialuna llena, un acto en el que los milicos se quedaron y habló Reyna entre los oradores. Reyna era una mujer con un coraje a toda prueba. Muy golpeada.

María Cristina Gusmerotti, periodista y psicóloga social, fue una de las compañeras de Reyna en Familiares. Se incorporó a este grupo, con mucho temor, en 1982, después de haber sufrido la desaparición y el secuestro de su pareja, Alejandro, cuando estudiaban en la Escuela de Periodismo. Ese año la conoció a Reyna y recuerda el trabajo que realizaba en el grupo. Cristina subió las escaleras por primera vez para entrar al local, las rodillas le templaban, pero enseguida fue recibida por Reyna. También estaban otros familiares afectados por la dictadura. No había tantas madres porque Familiares no era un grupo solamente de afectados, como fue madres de Plaza de Mayo,

sino que además le agregaba el carácter político. Reyna la recibió y le realizó una entrevista, como hacía con todos los familiares que se acercaban al local, para conocer la situación en la que se encontraba y las necesidades que tenía. “En esa entrevista Reyna te convocaba con su forma de hablar y primero te brindaba palabras de contención. Reyna era un ser muy amoroso que hablaba con una querencia en su gesto, una sonrisa y una mirada muy inteligente y eso a mí me ayudó mucho. Porque por ahí el resto de los compañeros éramos más o menos de la misma edad, no hablábamos demasiado porque teníamos miedo, sí hablábamos de lo que nos pasó, pero no mucho más.

Reyna tenía la capacidad de entender y comprender lo que pasó, lo que estaba pasando y lo que venía, tenía mucha habilidad y capacidad de entendimiento de todo lo que iba a acontecer políticamente y nosotros en las charlas, las reuniones, aprendíamos muchísimo de esa mirada. Entonces en esas distintas reuniones, ella más allá de pensar que los afectados teníamos que salir a la calle, reclamar por la justicia, por la verdad, pensaba en qué hacer además de esas tareas.

Entre las tareas más importantes que Reyna diseñó se destacaron la coordinadora estudiantil por los derechos humanos y el Taller de la Amistad. Eran dos modos de intervención en la comunidad, no se quedaba solamente en la contención y el reclamo sino en construir memoria desde esos lugares. Así, se realizó una convocatoria en la que se acercaron muchos estudiantes de la UNLP y se hablaba de la problemática, de la memoria, de cómo fueron sucediendo los hechos y la organización para trabajar sobre la memoria, la verdad y la justicia. También se armaban las comisiones de derechos humanos en las distintas facultades para realizar homenajes y continuar ampliando la lista de desaparecidos”.

Cristina asegura que el trabajo que se hizo en el Taller de la Amistad fue uno de los aportes más valiosos de Reyna. A este taller asistían los hijos de los afectados, es decir, que habían tenido a sus padres o familiares cercanos presos, desaparecidos o exiliados. Posteriormente se abrió al resto de la comunidad que estaba interesada en participar

y la organización comenzó a tener un lado pedagógico y otro más recreativo. Cristina también llevó a sus hijos porque la idea era insertarlos socialmente y que pudieran observar que esa problemática era compartida por muchos otros jóvenes de su edad y así poder sentirse acompañados.

“El diseño de todas estas cuestiones eran vistas, planteadas y programadas por Reyna. Otra cuestión era que Reyna era muy convocada y muy referenciada en todos los ámbitos de la ciudad, siempre tuvo mucha actividad. Ella era muy requerida para hablar, para citar los discursos, para homenajear, tenía una noción de cada persona que se homenajeara, sabía la vida de cada uno y de qué se trataba. Así que también era una referente muy importante y tenía un gran sentido de la oratoria, el conocimiento y la sabiduría. Hablaba Reyna y todo el mundo se quedaba en silencio, escuchándola con atención. Cuando hemos ido a su casa tenía una biblioteca enorme, gigante, su vida era muy humilde, muy sencilla su forma de vivir, pero libros no le faltaban. Tenía muchos libros y muchos gatos y plantas. Rodeada de gatos que la acompañaban mucho.”

En el documental *Infancias y Resistencias* en tiempos de Dictadura, Perla Diez se refiere al trabajo que se realizó en el Taller. “Todo lo del taller era algo tan vital y tan entusiasta, y al mismo tiempo era vivido como algo tan importante. Eran los hijos de nuestros compañeros desaparecidos, podrían haber sido los hijos nuestros. Para nosotros era lo más importante de todo, me corre frío cuando lo digo. Era importante cada chico que sonreía, cada chico que se unía a un juego, cada pibe que opinaba a favor, en contra, peleando con nosotros, lo que fuera. Eso se traducía en las reuniones, había mucho entusiasmo, mucha seriedad y se iban conformando una serie de principios muy interesantes. Principios organizativos y políticos, no partidarios. Porque siempre dijimos que era una tarea muy política, era para empezar una reivindicación de la generación nuestra, de la generación de luchadores de Latinoamérica, pero no una reivindicación panfletaria, era una reivindicación de verdad, de las tripas. Des-

de que, si vos dabas el pellejo por mí y yo lo daba por vos, yo lo voy a seguir dando por tus chicos”.

Reyna perdura en el tiempo y continúa uniendo a Familiares. María Marta Mingo participa del grupo en reclamo de la aparición y justicia por su hermano, Eduardo Esteban Mingo, desaparecido el 26 de junio de 1977. En su casa, Reyna fue un ejemplo a seguir. Se comentaba en la mesa familiar las luchas que había dado una mujer con fuertes convicciones, primero defendiendo a los presos de Bragado, después como decana y finalmente por los derechos humanos. “Una de las cosas que me impresiona en Familiares es que estamos discutiendo todos y dicen, pero Reyna diría... y todos coincidimos. Reyna está en los debates, está presente y creo que nos une porque no es discutible, no tiene muertos en el placar. Reyna estaba más allá de ser peronista, de izquierda, el puño, la ve, Reyna es Reyna, tiene su propia ideología. Tiene su construcción, su impronta Reyna. Y es una Reyna desconocida que tiene que ser leída, las feministas la tienen que conocer porque es única en la Argentina. Es única, y con una hija desaparecida, con una hija presa, Rolo en el exilio, el dolor, cuando ella viene peleando desde chica contra ese país amenazante”.

LA NOCHE DE LOS LÁPICES

Reyna estuvo a cargo del primer audiovisual que se realizó sobre La Noche de los Lápices. Ella decidió convocar a Pablo Díaz, sobreviviente de la brutal represión estudiantil, para elaborar el guión y Remo Carlotto se encargó de las imágenes. De ese documental no quedó ningún registro, pero Pablo cuenta cómo fue el proceso de elaboración.

- Reyna fue la que promovió el tema de La Noche de los Lápices. Hasta inclusive la película. Todo empieza porque la compañera con la que yo vivo, Susana, me contactó con Reyna después del juicio a la junta de comandantes. Cuando a mí me detienen, ella también se mete en el organismo de Familiares porque tiene familiares desaparecidos. En una reunión de Familiares, ella está presente y Reyna dice que había escuchado el testimonio de un chico que era estudiante del secundario y que había que contactarlo. Entonces, Susana dijo: “Reyna, yo lo conozco porque milité con él. Podés decirle si puede venir a Familiares”. En tanto, mi compañera, que creía que a mí me habían matado, preguntó: “¿Pablo está vivo?”

Sabía mi apellido y empezó a buscar en la guía de teléfono. Llamó a todos los Díaz de La Plata y llegó a casa y atendió mi mamá. Y mi mamá dice sí, sí, mi hijo es Pablo Díaz. Y ella me dejó un mensaje. Yo

todavía vivía con mi mamá. Vuelvo a casa y mi mamá me dice llamó una tal Susana Bordón que dice que te conoce.

Así que la llamó a Susana, que habíamos militado juntos en el 73, 74, en la Unión de Estudiantes (UES), empezamos a hablar y me dice estoy en Familiares, me pidieron si te podía contactar. Había tomado estado público el juicio a la segunda junta de comandantes y el tema de los secundarios de La Plata. Voy a Familiares y ahí estaba Reyna. Charlo con Reyna y me dice qué importante lo que hiciste ¿te animarías a hacer un audiovisual? Sí, le digo. Entonces hacemos en el 85 –la película se hizo en el año 86- un audiovisual de diapositivas en el que Reyna escribió el texto y Remo Carlotto -el hijo de Estela, que estaba en Familiares por su hermana- hizo la fotografía.

Cuando se estrenó, en septiembre en Bellas Artes, que lo estrenó Familiares, llovía terriblemente. Después del audiovisual y de las diapositivas, los chicos salen a la calle, lloviendo, y hacen la primera manifestación del aniversario de La Noche de los Lápicos. Y desde el 85 hasta hoy no se paró nunca la marcha en La Plata.

- ¿Cómo se elaboró el guión?

- Para hacer el guión me pasé horas con Reyna hablando de lo que había vivido. Esa fue la primera vez que se pasó un audiovisual de diapositivas. Después de ese audiovisual, me di cuenta de la fuerza que tenía el tema y al otro año decidí hacer la película.

Reyna era Reyna. De ahí en más nos quedó la figura porque ella sabía qué era lo que había que producir. Es difícil, porque ella manejó el tema de la sensibilidad social, el tema del amor, y el tema de la pelea del boleto estudiantil secundario gratuito que era el simbolismo fuerte del movimiento secundario. Ella pensaba que los trabajadores tenían el 17 de Octubre, que los universitarios tenían la Reforma Universitaria y el movimiento estudiantil secundario no tenía nada. El clima del boleto es un símbolo de pelea, de responsabilidad. A mí me asombraba Reyna, siempre muy humilde. Y yo la seguí.

Ella logró un fenómeno en sí mismo, que lo pensó, lo vio, lo interrogó porque me separaba del grupo y me hablaba para que le cuente. Fue promotora sin duda de La Noche de los Lápices. Ella vio, vislumbró el tema de la adolescencia y creo que la encuadró en fenómeno. En el 84, 85 era difícil hablar como sobreviviente. Cuando yo le contaba a Reyna que estaba enojado con quien llamaba para que dijera que había estado conmigo, que era sobreviviente y me decían que no al testimonio, ella me explicaba que todos tenían un proceso, que los entienda. Ella era así, trataba de comprender, de analizar. Para mí tenía el diario del lunes. Cuando ella vio salir a los adolescentes en Bellas Artes, en el 85, después del audiovisual, ahí me parece que vio lo que significaba. Nosotros nos sorprendíamos, diciendo a dónde van, salieron a caminar las calles bajo la tormenta y ella se reía. Sabía qué iba a producir en los adolescentes, sabía cómo era el lenguaje.

Ella me pedía que hablara de la identidad de los chicos. Vio el diario del lunes porque ella en el audiovisual vio que había que mostrarlos. Reyna fue la gestora de la leyenda. En la Argentina parece que todo nace de un repollo, pero nada es así. Hay cosas que nacen de madres, de compañeras como en este caso.

Después estuve en todo lo que hizo e impulsó. En el tema de los talleres, fui tallerista del Taller de la Amistad. Después del estreno de la película, yo entraba a cualquier lugar y había cuatro mil personas de pie para aplaudir. Y Reyna me hizo siempre referencia a la humildad, más que nada para dejar mensajes, que para ser famoso. Yo participé cuando ella dijo hemos finalizado el gueto de los organismos de derechos humanos y como familiares y detenidos por razones políticas volvamos a las fuentes. Ella produjo la disolución de Familiares, en función de si habíamos sido víctimas por políticos o por militantes sociales o culturales que no nos quedemos en el gueto del sobreviviente, sino que volvamos a la sociedad por la cual estuvimos detenidos. Entonces ella produce la disolución y todos volvemos a una instancia política partidaria, cada uno en el lugar en que lo buscó, lo necesitó, otros se fueron a trabajar a sindicatos. Y siempre le

entendí eso. Sino quedabas atrapado en el gueto, el cual te quitaba la cotidianeidad de estar con la gente. Ella en un momento dijo bueno hasta acá llegamos como gueto de sobrevivientes para no mordernos la cola girando. Ese pensamiento fue muy interesante.

Ella nunca quiso que sacáramos la personería del organismo, pero principalmente para que no sea un organismo rentable. Ella no quiso que tuviéramos una renta por organismo, ni subsidio del Estado. Sino los organismos quedaban condicionados por la obligación política partidaria de quien te estaba subsidiando. Eso fue parte de ella. Reyna le temía a la plata. Hoy pienso que con eso también vio el diario del lunes. Le temía al compromiso que generaba, deberle o que no pudiera enojarse con alguien.

SOY COMO EL ÁRBOL TALADO QUE RETOÑA

En un apartado del libro *No habrá manto de olvido*, titulado “A los que tanto amamos”, los familiares dejaron plasmado el recuerdo a los desaparecidos a través de poesías, cartas o mensajes. Habían pasado cinco o seis años de las desapariciones y secuestros más siniestros, y Reyna escribió una carta a su hija:

Diana, Dianita:

Después de más de cinco años de tu ausencia hoy siento como si fuera posible la comunicación unilateral, como si pudiera escribir esta carta, que no vas a leer, salvar la distancia y el tiempo. ¿Sabés? Yo casi no te nombro, ni he escrito tu nombre en el pañuelo blanco, ni me arrimo a mirar la pequeña fotografía que me quedó, después de que, por tres veces, en distinto domicilio, me despojaron de papeles y fotografías personales.

No me hace falta para sentirte siempre presente; no al lado sino por dentro, como si fueras una especie de relieve interior, que coexiste con todas las cosas de la realidad externa, con una consistencia autónoma. Como si otra vez te estuviera recién gestando dentro de mí, y los demás pudieran ignorarlo, pero yo no, ni siquiera un instante.

Te escribo en la casita. Nuevamente retornó la primavera. Estoy sola, y desde la ventana, a cuyos vidrios me quedaba pegada cuando tardabas en volver, se ve distinto el barrio, para mí. Tal vez para vos sería (¿será?) igual. Y el asfalto y las nuevas construcciones sean solo el detalle incidental, y en cambio, a todo, lo unifiquen los árboles que ya estaban, ahora más coposos. La misma gente del barrio, más hechos los jóvenes; más deshechos los viejos.

A mí me verás vieja, pero no caída; con líneas marcadas, y arrugas que dicen del espanto, del horror de los primeros tiempos. Del despertar sincronizando en las madrugadas, a las 4 de la mañana, cuando fueron a buscarlos a Luis y a vos. Con el corazón enloquecido, pronta a saltar de la cama, porque sin saber, saliendo del sueño, sabía que algo tenía que hacer para salvarlos. Y de golpe, cayendo como un rayo, la sensación tremenda de la realidad. Todo había sucedido ya, y no podía volver atrás, ni tampoco seguir adelante, ni siquiera en el sueño bienhechor que me hundiera en el olvido total...

No me permito casi nunca el lujo de llorar, pero esta tarde mientras escribo mis lágrimas corren en libertad. Los pajaritos acribillan –aparentemente- el techo, no con cantos sino con chillidos urgentes de constructores el hogar. Desde mi ángulo veo, en la puerta que da a tu pieza, lo que queda de la flor de telgopor que pegaste y coloreaste. Hace un rato la toqué, al pasar, con la punta de los dedos. De sus siete pétalos, resta la mitad de uno. ¡Tan bien he guardado el álbum de poesía que escribiste, entre los 9 y los 12 años, que para encontrarlo tendría que revolver las viejas bibliotecas atestadas!

Antes, cuando el dolor era un mazazo brutal, cuando las lágrimas brotaban en raudal, solía vivir pequeñas ceremonias secretas, simulacro de pequeñas realidades anteriores, imitaciones fugaces de días compartidos que parecían entonces, bastantes vulgares y hasta acosados por la estrechez y la limitación de medios. A veces al salir para alguna diligencia, dejaba sobre la mesa, a la entrada, alguno de esos papelitos que me escribías cuando debías ausentarte sin haber hablado antes conmigo: “Vieji, vuelvo después del mediodía. Chau”...

“Mami: no me esperes hasta la tardecita”... Los leía, al volver como si no los hubiere visto, como si fuera cierto, como si la fantasía y el deseo violento pudieran hacer trizas la realidad y reconstruirlo una y mil veces.

¿A qué o a quién habrás escrito el pliego que decía: “¡Adiós! ¡Adiós!”? Solo sé que ya no lo conservo, ni a los anteriores. Solamente esquinado en un estante de libros, el último poema que copiaste “Para la libertad”. Me gusta pensar que en cierta forma –siquiera simbólica- cuadra bien a lo que eras en tu joven edad -18 años, la última estrofa, la que dice: “Retoñarán alados de savia sin otoño/ reliquias de mi cuerpo que pierdo en cada herida. /Porque soy como el árbol talado que retoña/ aún tengo la vida.

En tu pieza de soltera, que hoy ocupo, los paisajes recortados de revistas que pegaste en la pared, siguen allí. Algunos los rompieron el día que a ustedes se los llevaron de la otra casa, y a mí me estuvieron esperimentando el día entero (¡Como si detrás hubiera extraños escondrijos!).

¿Sabés? Hace dos años, cuando pintamos otra vez la pieza, cortésmente le pedí al pintor que no les pasara por encima ni manchara. Me contestó con brusquedad que no usaba pincel fino para paredes, ni tenía tiempo. “Los pegó una hija de 18 años que perdí, que me la llevaron”, acerté a balbucir con labios temblorosos, y me aparté. Cuando al rato, tranquilizada, pasé cerca, él me habló, para decirme con suavidad y cordialidad. Me arreglé con la punta de la brocha, y no se manchó para nada.

Así que allí siguen, esperándote, los altos pinos de papel, los cerros enhiestos, los lagos azules por donde con la imaginación discurreste, porque en la brevedad de tus días que signaste con la entrega al ideal de servir al pueblo de tu país y ofrecerle tu tiempo y tu persona, nada hermoso viste, ni conociste, ni disfrutaste.

Podría estar un día entero memorizando pequeños episodios, sobre todo del último tiempo, cuando tenías tu hijito y te acercabas más a mí. Si me asomara por esta ventana que me alumbra, vería un pequeño espacio en el jardín, donde pisaste, la última vez que te vi

cuando dijiste: “Para el verano, el nene ya caminará por aquí”. Entraba entonces el otoño, y ese verano no llegó. Antes, habías comentado con orgullo: “Cuando cumpla 38 años, mi hijo cumplirá 20”. (Por una coincidencia misteriosa, el día y el mes de nacimiento de Pablito, coincidió con el tuyo) ...

Por mi parte, hasta que recupere lo que me falta de vos sólo puedo decirte que, como en la poesía que copiaste y que conservo esquinada sobre un estante de libro... “soy como el árbol talado que retoña/ aún tengo la vida...”.

Años más tarde, el 20 de abril de 1995, Reyna recordó a todos los desaparecidos en el acto organizado por la Comisión de Memoria, Recuerdo y Compromiso de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. “Nosotros buscamos, buscamos siempre dónde estaban, no podía ser que no estuvieran más en algún lugar. Y la esperanza nos fabricaba entonces con metas. Entonces seguramente cuando empieza esta democracia... bueno detrás de las fronteras... a lo mejor están incapacitados o han sufrido alguna enfermedad, han perdido la memoria. Eran todos motivos para sobresaltarnos el deseo que se quería ver convertir en realidad. Y cuando llegaban algunas fiestas religiosas, alguno de esos acontecimientos, también reverdecía nuestra esperanza. Ellos tenían como una intuición de que eran las últimas oportunidades las que se estaban jugando y que después lo que viniera sería demasiado malo. Digo como una intuición porque jamás podrían pensar que hubiera habido una carnicería tan espantosa, de que se condenara a todos sin establecer la más mínima caricatura de un juicio que se lleve para ver de qué son culpables. Porque si hubiera que llegar a que eran culpables, eran culpables de ser jóvenes, eran culpables de tener sano su espíritu, culpables de albergar esperanzas. Y entonces ahora quiero decirles adiós, hasta siempre y que piensen que me acuerdo de todo como si fuera hoy”.

Marta Vedio es abogada de derechos humanos y forma parte de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos de La Plata (APDH), una organización autónoma que se fundó en Capital Federal, en el año 1975 y en La Plata en 1979. Al principio fue una delegación de la asamblea nacional pero después siguió su propio camino. Estaba finalizando la carrera de Derecho cuando la APDH dictó un seminario en la universidad y a partir de ese momento decidió incorporarse y empezar a militar. A fines de los 80, en la Asamblea, conoció a Reyna.

- ¿Cómo la conociste a Reyna?

- Cuando la conocí, ella era una personalidad pública, en el ámbito de derechos humanos era una persona conocida. Yo militaba en derechos humanos y ella también, así que nos conocimos en el ámbito de esa militancia. Yo militaba en la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos de La Plata. Y Reyna estaba en Familiares, pero era miembro de la APDH. Ella integraba el consejo de presidencia, venía a las reuniones grandes, a las asambleas. Ahí teníamos contacto. Además, ella quería mucho la APDH, tenía mucho cariño por el organismo.

- ¿Cómo eran esas reuniones?

- Siempre hablaba. Reyna siempre tenía algo para decir porque era una mujer de una riqueza intelectual y política enorme. Entonces la verdad es que se suscitaban debates sobre distintos temas y ella siempre tenía una mirada que era necesario escuchar, porque era una mujer capaz, de una profunda reflexión sobre cada cosa. Y de una gran elaboración. No hablaba porque sí. Y si Reyna pedía la palabra en la asamblea era porque tenía que decir algo que tenía que ser escuchado.

No teníamos un espacio orgánico sistemático, pero pasaba algo y nos encontrábamos todos en el local de Abuelas o en el local de la APDH. La Plata era una ciudad chica, en esa época nos conocíamos

todos y pasaba algo y nos íbamos a la sede o nos íbamos al local de algún organismo compañero donde la gente se estaba reuniendo.

- ¿Cómo era militar cuando vos te incorporás?

- Era un momento muy complejo porque después de los grandes triunfos que hubo en el momento inmediatamente posterior a la dictadura, lo que fue el juicio a la junta y lo que fue la decisión de la justicia de seguir investigando crímenes más allá del juicio a las juntas, había otras causas. Después vino el período en el que comenzaron a regir las normas de impunidad, se dictaron las leyes de Punto Final y Obediencia Debida. En el medio de esas dos fue que yo comencé a participar de la APDH. Así que claramente era un momento de retroceso. Después vinieron los indultos, así que era una etapa de muchísima movilización. Estábamos permanentemente saliendo a la calle a reclamar, hubo enormes movilizaciones en aquella etapa.

RETRUCO, PARA NO IRSE AL MAZO

A mediados de la década del ochenta, Reyna comenzó a participar en las reuniones y en las actividades que realizaba un espacio integrado por peronistas de izquierda. La propuesta consistía en la construcción de un peronismo de la liberación, una corriente dentro del peronismo diferente de la reconstrucción de la izquierda del peronismo. El grupo se llamaba Peronismo de Base. Reyna tenía más de 70 años y participaba principalmente en la parte organizativa. Asistía a las charlas y opinaba de los debates políticos. Su mirada siempre era considerada antes de tomar cualquier decisión. Uno de los compañeros de este espacio, y amigo de Reyna, fue Guillermo Cieza. “Ella era una referente. Era una compañera con una gran experiencia en derechos humanos, más que la mayoría de las madres o de los familiares que se movían en el tema de los derechos humanos. En general, nosotros conocimos a otras madres de aquellos años y eran como ella decía, mujeres de su casa que tuvieron la situación de que su hijo había desaparecido y se tuvieron que empezar a involucrar y a conocer un montón de cosas, y a involucrarse en cuestiones más políticas, de militancia. Entonces Reyna desde principios de los 70 ya había participado en comisión de Familiares, era una compañera que ya tenía

experiencia con lo que era jugarse con los milicos, ir a los jueces, presentar habeas corpus, todo ese tipo de cosas. Era una de las pocas compañeras de ese período histórico que venía con un bagaje de saber cómo manejarse. Por su participación en FEDEFAM hablaba de las situaciones de la represión en otros lados, países como Guatemala. Tenía un panorama latinoamericano de los hechos represivos. Y nos contaba cómo los veía, cómo actuaban en conjunto, cómo era el tema del plan Cóndor, tenía una idea muy profunda de estas cosas”.

Con cada discurso o charla Reyna lograba cautivar al auditorio y los dejaba asombrados por esta capacidad. “Arrancaba muy bien con los discursos y en determinado momento empezaba a incluir otros temas, porque ella tenía un gran mundo interior, un gran conocimiento y empezaba a vincular otras cosas y otras historias. Y tenía la enorme capacidad para hacer un gran cierre, perfecto. Era una de las personas que siempre que la escuchabas, ella te decía alguna cosa que uno no conocía o que te hacía pensar. No decía lugares comunes, no era una repetidora de lugares comunes. Cada charla y cada cosa que decía incluía un nuevo tema, planteaba una cosa diferente. Eso es valiosísimo. Además, siempre decíamos, el tema de los derechos humanos ya lo tenemos resuelto porque habla Reyna. Ella era indiscutible”.

En la década del 90, Reyna accedió a ser incluida en la lista electoral como diputada, aunque sabía que no tenía ninguna posibilidad de acceder al cargo. “Así que no era que estaba enfrentada a la cuestión electoral, pero siempre planteando que esto era porque queríamos cambiar la sociedad, si era para hacer lo mismo o algo muy parecido no se podía contar con ella. En ese sentido, era una persona muy amplia, muy amable, pero con posiciones muy firmes. No se dejaba llenar con halagos. Siempre fue fiel a esos ideales que tenía desde el comienzo, mantuvo una línea”.

Guillermo, en su libro *Cinco veces 70* (2018), compila cinco novelas. En una de ellas, “Veteranos de Guerra”, escrita en 1998, narra los años posteriores a la dictadura militar, aquellos que pasó junto a Reyna. Los caminos habían dejado de ser colectivos y comenzaban a

bifurcarse y entrecruzarse. “Veteranos de Guerra es una historia de ficción, pero su desmesura no es ficticia. Hace referencia a una generación –la mía- a la que le tocó cabalgar, en un breve período de tiempo, entre dos corrientes de signos opuestos. Vivir un mundo donde todo se podía cambiar y otro donde parece que no se puede cambiar nada. Y en el corte entre esas dos vivencias: la muerte, el miedo, el vaciamiento. La desmesura, en todo caso, es un rasgo de nuestra generación, siempre a medio vestir, presionada por las urgencias: hacer la revolución, sobrevivir al genocidio, desafiar al cansancio para empezar de nuevo”.

En 1988, el grupo de peronismo de la liberación decidió producir y editar una revista (Retruco, para no irse al mazo) como expresión del trabajo y de las ideas de este sector. Reyna era una columnista habitual de Retruco y Guillermo era el secretario de redacción y además dirigía la revista. Ella vivía en la casa de 6 y 80 y Guillermo iba todos los meses a llevarle la revista una vez que estaba publicada y a pedirle un artículo. “Le pedíamos artículos de las cosas más insólitas y Reyna siempre nos respondía y hacía los artículos con la gran solvencia que tenía. Eran artículos magistrales. Además, investigaba los temas. Cuando el capítulo era más extenso de lo solicitado, Reyna me decía, vos no te hagas problema, cortá en cualquier parte. Lo importante es que salga el artículo. Nunca tuvo ningún egocentrismo”.

Los sueños colectivos de justicia, libertad, bienestar, respeto por las decisiones populares se habían terminado. En 1989, con la asunción de Carlos Menem, se termina de reforzar el paso de una época en la que los problemas eran colectivos a los dramas individuales. Así comienza una etapa en la cual la lucha de Reyna empieza a realizarse también a través de los medios de comunicación, en la radio, en las revistas independientes. En 1990 escribió para la revista Retruco un artículo titulado El menemismo y los derechos humanos, en el cual alerta sobre la aberración que significaría un indulto a los genocidas: “Empecemos por recordar que los miles de jóvenes o no tan jóvenes víctimas del genocidio, pagaron con la tortura y el exterminio

su amor concreto a la Argentina, que quisieron pan y libertad para todos, la tierra para el que la trabaja, que los guiaban causas nobles, de carácter social, que no midieron sus sacrificios por los demás. Hay que decir públicamente, rotundamente que no a la amnistía o al indulto. Por lo que pasó, ayer nomás, lo que pasaría con esos focos de verdadera y única subversión, entre nosotros, y lo que puede pasar mañana a nuestros jóvenes que hoy son niños si una vez más se descalifica a la justicia, se viola la igualdad ante la ley, se entroniza la impunidad y se abandona el estado de derecho que, por lo menos como aspiración, no hemos abandonado en la Argentina”.

Eduardo Schaposnik conoció a Perla en Familiares y al poco tiempo se fueron a vivir juntos y tuvieron dos hijos: Griselda y Rubén. Eduardo, conocido como “El Sapo”, estuvo desaparecido y posteriormente pasó a ser un preso político legal. A mediados de los 90, en una entrevista realizada por Andrea Scatena, se explayó sobre aquellos años de lucha y compromiso militante.

- Más que el compromiso militante de una generación es una continuidad de una historia que no es solamente de nuestro país. Hay una continuidad histórica que viene con la lucha por la liberación de los pueblos y que en Latinoamérica pasa un poco por la experiencia de la revolución cubana. Y se toman ciertos aspectos de otras revoluciones, como en ese momento la vietnamita, la revolución china, la revolución soviética. Lo que cambia en ese momento son los métodos, se asume como única alternativa para la liberación un enfrentamiento que obligatoriamente tiene que ser armado. En ese momento no cabía la discusión sobre la lucha armada porque efectivamente nosotros planteábamos la toma del poder por el campo popular y era imposible que ese traspaso de poder se hiciera por la vía pacífica. Ese fue el compromiso que se asumió, brindar todo en función de la liberación del pueblo. Y en eso se fue toda la lucha, que incluso costó muchos padecimientos, en muchos casos la vida, pero nosotros sabíamos que no iba a ser incruento.

- ¿Eran conscientes?

- Por supuesto que éramos conscientes. Hay muchas cosas que uno no podía presuponer, pero éramos conscientes. Por ahí uno de los mayores pecados que podíamos cometer era el exceso de optimismo revolucionario, demasiada confianza en nuestra propia fuerza y subestimación de lo que podía ser el enemigo. Creo que, de todas maneras, aunque ahora se plantea en términos diferentes, la liberación tampoco va a ser pacífica cuando el pueblo efectivamente pueda lograrla, ahora, dentro de dos generaciones o de tres. Se sabe que el que tiene el poder y lo usufructúa en términos capitalistas o en los términos que sea no lo va a dejar por las buenas. El poder se logra por la lucha y la lucha para que otro deje sus beneficios es violenta. Creo que no es utopía. Es una confianza de que efectivamente los pueblos se van a liberar.

- ¿Cómo la conociste a Reyna?

- La conozco cuando salgo de la cárcel y me junto con la comisión de Familiares. Justo cuando yo salí se estaba empezando a discutir un libro sobre la represión en La Plata y me uno en ese trabajo. En ese trabajo estaba Reyna con otros compañeros y ese fue el primer contacto con ella. Reyna es una de las personas que le ha dado una continuidad histórica a la lucha por la dignidad de los pueblos, que tiene toda una historia previa de lucha a nuestra generación y es parte de esa generación anterior que da la continuidad histórica. Es una persona que ha tenido, a pesar de todos los intentos de amedrentamiento y de todos los golpes que ha sufrido, la valentía de seguir con la lucha por la dignidad de las personas, la justicia, la libertad, la vida.

Reyna tenía una biblioteca enorme, conformada por títulos y ediciones antiguas. Los libros ocupaban todos los espacios de la casa y además conservaba diarios y recortes amarillentos que conservaba y releía. Los períodos que guardaba eran de hechos históricos y también de literatura, principalmente poesía. Muchos de ellos los trans-

cribía. Realizaba un trabajo personalizado y reconstruía cada libro: cuando se rompían los forraba y plastificaba la tapa, todo de manera artesanal, con hojas de revista.

Reyna tuvo trece nietos y cuando la visitaban los esperaban las montañas de libros sobre la mesa y la lectura de cuentos durante las tardes. Clarisa, Lucía, Ana, Griselda y Rubén –hijo de Perla-, Facundo, Camilo, Tamara, Yuyo y Xavier –hijo de Rolo-, Carola y Mora –hijas de Pepe-, Karina y Damián –hijos de Ramiro- y Pablo Nicolás –hijo de Diana-.

Lucía Moura, hija de Perla Diez y Jorge Moura, nació en la cárcel de Olmos, vivió sus primeros años en la casa de sus abuelos paternos, en la casa de City Bell. Fue criada en un ambiente muy musical y vio ensayar a sus tíos, que integraban el grupo de rock Virus. Hoy recuerda los años de la dictadura vividos con su abuela Reyna y las visitas a la cárcel junto a su hermana Clarisa.

- ¿Cómo la recordás a Reyna?

- Para mí, mi abuela fue lo más grande que hubo sobre el planeta. Fue mi referente y sigue siéndolo. Hasta que salió mi mamá de la cárcel, cuando yo tenía seis o siete años, no podía vivir con Reyna, pero en realidad lo que más quería era vivir con ella. A Clarisa y a mí siempre nos cautivó, desde chiquitas, contándonos cuentos, cuentos clásicos o cuentos que no son convencionales. Hasta inventaba historias que pensaba en el momento. Era el momento esperado, cuando me quedaba a dormir en su casa, el cuento de la noche. Yo siempre digo que mi abuela nos hizo atravesar esa parte de la historia, de la niñez tan llena de ausencias y de vacíos, de la manera más humana posible.

Siempre escribía, agarraba un papelito y escribía como borradores, en papelitos chiquitos. Me acuerdo de sus manos, ella siempre fue muy temblorosa. Tenía unas manos muy grandes y fuertes, tenía manchas blancas y uñas partidas. Las manos eran muy características y determinantes, era muy cariñosa, era grandiosa. Verla con un lapicito chiquitito escribir y guardar en cuadernos sus anotaciones.

Me ha mostrado libritos, cuadernos, yo he leído cosas que entendía y otras que no. Su biblioteca tenía libros por todos lados, apilados, y tengo esa sensación de entrar a la casa y además de sentir el olor a gato, el olor a libro, libros por todos lados.

Cuando íbamos a visitar a mi vieja a Devoto, nosotros vivíamos con mis abuelos paternos, en City Bell, íbamos con ella y a veces con mi tío Ramiro, pero casi siempre íbamos con ella a ver a mi mamá. Y después ella nos dejaba sobre el camino General Belgrano e íbamos caminando media cuadra hasta llegar a la casa de mis abuelos paternos. Bajar del micro era desgarrador, era saber que no la iba a ver por varios días y era realmente fuerte porque yo quería estar con ella. Mis abuelos paternos me cuidaron un montón, pero mi abuela tenía toda esa cuestión del encanto para un niño, cuando podía nos compraba juguetes, o sea los juguetes que nosotras tuvimos los tuvimos gracias a ella. Realmente era una persona muy humilde en su vivir y en sus ingresos, pero hacía todo el esfuerzo para comprarnos algunos juguetes, libros, discos de vinilo, tengo esos recuerdos de mi niñez.

Cuando mi vieja sale nos hace una casita prefabricada en el fondo, así que también nos vamos a vivir ahí, a 6 y 80. Vivíamos mi vieja, Clarisa y yo. Después mi mamá lo conoce a Eduardo (El Sapo) y nos mudamos todos juntos. Ahí yo tenía unos ocho años.

- ¿Cómo eran los encuentros con tu papá?

- Yo nací en Olmos y entraba y salía todo el tiempo hasta los diez meses, que viví con mi mamá. A los pocos días de nacer se programó una visita para ver a mi papá. Cuando tengo unos seis meses las trasladan a las presas a Devoto y ahí les dicen a los familiares que si no las van a buscar las dan en adopción o que no van a saber de nuestro paradero. Así que ahí mi abuela se pone en contacto con la gente de la zona de Devoto para que estén alertas, para que si nos sacan sepan a dónde nos mandan, que los sigan. Mientras, ella llega, me va a buscar a Devoto y me lleva a vivir con mi papá y mis abuelos paternos. Mi papá en el 77 vivía con mis abuelos, estando en la situación en la que

estaba, sumamente comprometido. Además, tenía un cargo dentro de la agrupación bastante importante, era muy buscado. Y él vivía tranquilo en su casa, con mis abuelos, laburaba y volvió a su casa como si nada. Eso no lo voy a entender nunca.

- ¿Cómo fue el reencuentro con tu mamá?

- Cuando la vi por primera vez a mi vieja, en el 79, cuando habilitaron las visitas de contacto, yo tenía cuatro años, me quedé parada, la miré y lo primero que le dije fue “tenías piernas”. Porque yo la veía sentada, detrás de un vidrio desde que nació. Los primeros diez meses no me acuerdo. Según mi mamá la primera palabra que aprendí a decir fue celadora, agarrada de la reja, gritaba celadora como todas las presas. Al principio fue todo un shock, no nos queríamos ni acercar hasta que nos fuimos soltando de a poquito y ahí fue la conexión.

- ¿Qué recordás del regreso de la democracia?

- Nosotras desde que volvió la democracia hasta que pudimos empezar a hablar con libertad pasó mucho tiempo, era ir a la escuela y no poder decir nada. Imaginate que nosotros éramos Clarisa, con apellido Moura, y yo con apellido Diez, porque cuando nazco mi papá estaba clandestino y obviamente no iba a ir a un registro, me anotaron en el registro móvil, pero no iba a ir a dar sus datos. Entonces me anotaron y hasta los 16 años tuve el apellido materno. Y Anita, que es mi hermana, hija de Eduardo Schaposnik, que vino a vivir con nosotros a los 8 años, que también tiene la mamá desaparecida y vino desde Venezuela, donde vivía con sus abuelos. Íbamos a la escuela y teníamos tres apellidos diferentes y en esa época no era ni común tener padres separados, así que imagínate los malabares que teníamos que hacer para no hablar, no decir nada, que alguien entendiera por qué teníamos tres apellidos diferentes si éramos hermanas. No podíamos hablar de ese tema, jamás, acerca de nada, por seguridad. Y además porque muchos años después todo esto se fue haciendo como más carne, durante muchos años fue una cosa para

muchos de construcción, para muchos de no entender qué había pasado exactamente.

- ¿Cómo reconstruiste tu historia familiar con tu papá?

- Cuando cae mi viejo, al poco tiempo a mi abuela paterna le dan la posibilidad de irlo a ver, cosa que no sucedía, pero mi abuelo tenía ciertos contactos que movieron por todos lados. Y bueno, toda la primera época obviamente sufrió la tortura, lo mantuvieron con vida un buen tiempo. En ese lapso le dicen a mi abuela que lo pueden ir a ver, ella y alguien más. Él nos quería ver a nosotras dos, a Clarisa, a mí y su mamá. Nos llevan, yo no me acuerdo obviamente porque tenía año y medio, Clarisa tenía tres. Ella sí se acordó en un momento.

Nos llevan al Parque Pereyra, donde funcionó un centro clandestino en una de las casonas. Mi papá por lo que relata mi abuela estaba sumamente golpeado y ahí lo vemos y nos despedimos, y él le dice a mi abuela que nos cuide. Nos da el último abrazo y es la última vez que lo vemos. Años después, cuando sale mi vieja, una vez pasando por el Parque Pereyra, tendría 8, 9 años, y Clarisa le dice yo acá lo vi a mi papá. Y después nunca más se acordó. Ella registró que ahí lo vio a mi papá y después se le borró.

Hay un común denominador y es que todas las personas que lo conocieron me dijeron que era un ser fuera de serie, que era un tipo buenísimo. Me siento muy identificada en un montón de cosas, gustos, por la música, él cantaba y yo canto, que tocaba la guitarra, yo toco la guitarra. Hay cosas que implícitamente se fueron trasladando. Además, yo crecí con un grupo de música que eran mis tíos, que ensayaban en nuestra pieza y eso lo absorbí.

Griselda Schaposnik, una de las nietas de Reyna, recuerda las marchas a las que asistió desde pequeña, las historias que se contaban en su casa sobre la dictadura, las fotos de los desaparecidos. Reyna siempre alojaba en su casa a algún compañero y Griselda escuchaba sus conversaciones sobre la militancia, los lazos fuertes que había construido su mamá en la cárcel y las luchas de su abuela. A los seis

años llegó de la escuela y había perdido la mochila, así que decidió organizar una marcha porque la mochila había desaparecido. “Cuando nació mi abuela ya era viejita, pero vivía sola y se manejaba bien. Vivía cerca de mi casa, así que íbamos siempre con mi hermano Rubén. Me acuerdo que cuando era chica nos escribía o narraba cuentos o poemas de niños, de aventuras. Además, siempre había pájaros, a los que ella llamaba pajarillos, y usaba palabras así. Después escribía mucho sobre distintas situaciones políticas o de la realidad del momento. Me acuerdo además que escuchaba la radio y que iba escribiendo lo que pensaba. También me mostraba el libro de dibujos y poesías de Diana, aunque de ella no hablaba mucho, le causaba dolor y prefería no hablar. Sí, me acuerdo que le causaba dolor, se le veía como en los ojos, era como que se sonreía, me da la sensación que con eso ya decía todo.

Una vez cuando estudiaba cine fui a hacer una entrevista para una materia. Y después de hacerle la entrevista me dijo: “Sos la nieta de Reyna. Vos no sabés lo que era Reyna cuando en plena dictadura o año 73, 74, iba a la puerta de la fábrica a arengar a los trabajadores para que se organizaran y realizaran asambleas”.

En los 90, me acuerdo que mi papá y mi abuela tenían un megáfono. Si pasaba algo, como la desaparición de Miguel Bru, iban a la puerta de la fiscalía con el megáfono y los volantitos que les hacían con lapicera y fotocopia. Mis hermanas volanteaban o volanteábamos nosotros, éramos cinco gatos locos, era un poco bizarro. Pero era así, salían ellos, salía mi papá y Reyna siempre lo acompañaba. Me acuerdo en Plaza San Martín, por la Noche de los Lápices, Miguel Bru o Andrés Núñez, y ella era como una de las oradoras principales.”

Griselda escribió una carta en recuerdo de su abuela:

Recordar, volver a pasar por el corazón. Escribir sobre Reyna, la “Abu”. Para mis ojos de niña era tan cotidiano y natural verla luchando, como caminando entre perros y gatos en su jardín.

Porque cuando caminaba entre sus margaritas con un gato sobre su lomo jorobadito, era Reyna, la señora de los gatos, pero también era la jovencita que luchaba por la libertad de Sacco y Vanzetti.

Porque mientras daba un enorme discurso en alguna plaza, frente a cientos de personas, también era la abuelita que todos los martes me leía bajo la luz de un tenue velador alguna historia de animalitos valientes, princesas guerreras o pueblos que no se rinden.

Cuando narraba historias libertarias, donde los personajes arengaban a otros a luchar por sus derechos, también estaba arengando a obreros en la puerta de la Propulsora, subida a un barril de aceite, en plena dictadura.

Porque mientras la oscuridad le arrancaba jirones de su vida, ella acunaba nietos, compañeros, resistencia y utopías.

Porque cuando me decía “chiquita, poneme esto para ver”, y nos sentábamos a mirar una y mil veces el documental del Che, la mirada se le hacía más profunda y húmeda, hasta que se dormía (quizá soñando otro final que brindara otros comienzos).

Y en ese sueño seguimos peleando por “causas perdidas”.

MAS ES MÍA EL ALBA DE ORO

Andrea Scatena acompañó la vida de Reyna casi diariamente desde mediados de los noventa. Se habían conocido en Radio Universidad de La Plata, en el clásico programa Mediodía, conducido por Nelly Buscaglia, en AM 1390. Este programa estuvo quince años al aire y Andrea era la productora periodística. Nelly recuerda esos años que pasaron juntas en la radio:

- ¿Cómo la conociste a Reyna?

- A Reyna todos la conocen en La Plata. Ella estaba en la Escuela de Teatro a fines de los 60, yo realmente la vi por primera vez pasar por algún pasillo en la escuela, porque yo era profesora. Yo la veía pasar, pero no la conocía en ese momento. Sabía que era Reyna Diez. Ella ya había trabajado en la radio y cuando yo llegué a la radio ella ya no estaba. Yo en la radio la conocí cuando vino a hacer la columna, pero ella ya había sido personal de Radio Universidad. Había trabajado como contratada algunos años. Por eso ella amaba Radio Universidad, en realidad amaba la universidad.

Siempre charlamos sobre Reyna y después, por supuesto, mucho más con la dictadura, con la tragedia que vivió, charlamos de Reyna, de quién era, además de su trabajo como decana de la Facultad

de Humanidades. Eran momentos muy fuertes, ella era muy directa cuando hablaba. Una persona muy íntegra. No utilizaba mucho eufemismo para decir las cosas y además tenía un discurso maravilloso, porque tenía una cultura muy amplia. Siempre utilizaba intertextos de distintos poetas, escritores, ella admiraba mucho a Ingenieros, por ejemplo. Siempre salía Ingenieros en sus charlas y en sus exposiciones. Una persona realmente comprometida con su tiempo, militante desde muy joven por distintas causas, no solo en la época de la dictadura, sino que toda su vida fue una militancia por los derechos. Realmente una persona inolvidable.

Ella fue columnista del programa que hacía yo, Mediodía.

- ¿Cómo empezó a tener una columna en tu programa?

- Fue una cosa maravillosa. Ella vino invitada varias veces al programa porque venía con la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos y con Familiares de Presos Políticos.

Ella se acercó a mí en un momento, yo siempre que me acuerdo de esto me emociono, para pedirme si podía tener una columna en mi programa. A mí me impresionó porque con la magnitud que para mí tenía Reyna, que me pidiera a mí si podía tener una columna me parecía un despropósito. Así empezó. Que ella haya elegido mi programa a mí me daba una felicidad enorme. Me parecía de una dimensión muy grande.

Ella venía a la radio cada quince días. En un momento nosotros la íbamos a buscar a su casa porque ya estaba muy grande y ella quería tomarse un micro. Pero nosotros no queríamos. Así que la íbamos a buscar. Era emocionante realmente verla a Reyna. Porque tampoco veía muy bien a esa altura, así que te imaginás que en la radio no se daba cuenta de algunas cosas y ella me decía vos tócame Nelly cuando tengo que parar. Porque una vez que ella empezaba a hablar era un pensamiento tras otro. Y era maravilloso escucharla. Pero ella lo manejaba muy bien como manejaba todo.

- ¿La columna era de literatura?

- La columna podía ser muy variada, tenía amplia libertad. En general era de escritores, pero también si había algún hecho que merecía ser comentado ella lo comparaba con otros momentos de la historia. Porque también por supuesto la historia era una de sus pasiones. Yo realmente le daba amplia libertad para que ella hablara de lo que quisiera. Porque de cualquier cosa que hablara sabía muchísimo.

Era una mujer apasionada. Aún en su vejez, las cosas que contaba las contaba con mucho convencimiento. Nunca era una voz así que contaba, era una voz de un cuerpo que contaba, había garra en todo lo que contaba Reyna.

- ¿Abordaba los derechos humanos?

- Siempre hablaba de derechos humanos, todo era derechos humanos en ella. Cuando venía con la Asamblea mucho más o por Familiares, y en esto fue una representante a nivel latinoamericano, la eligieron. Primero fue a nivel local y después fue a nivel latinoamericano.

Ella había conocido a varias poetas de la época como Idea Vilariño, de Uruguay, Gabriela Mistral, de Chile. Era una mujer que había tenido mucha vida intelectual, además de política. Así que no era todo tan libresco, era de una gran experiencia. Lo cual le daba un peso muy grande a todo lo que ella decía.

Cuando hablaba en la Asamblea era muy respetada, porque tenía pasión y esa pasión la transmitía. Era admirable, era admirable por todas las cosas que había pasado y todavía tener toda esa pasión para seguir luchando. Porque fijate que ella perdió a la hija, un hijo en el exilio, pero yo nunca la vi a Reyna decaer. Más cuando ya estaba en una casa para gente anciana, estuvimos en un cumpleaños y ella tenía una entereza impresionante, en esa casa hizo una biblioteca. Ella seguía haciendo lo que a ella siempre le importó, que es la cultura, la importancia del libro, comentarlo. Sobre todo, lo de Reyna es compromiso, compromiso con la vida.

Un día Reyna llegó a hacer la columna de literatura y arte latinoamericano y argentino y Andrea quedó sorprendida. Desde ese momento, deslumbrada por los conocimientos y la forma de transmitirlos, Reyna se convirtió en su maestra. Reyna era una persona mayor, caminaba despacio y casi no veía, pero logró deslumbrar a todos, como siempre hizo, con sus discursos y sus conocimientos. Ese día, Reyna analizó los textos de José Ingenieros y José Martí. Las relaciones con la literatura estaban vinculadas a la política, al contexto social y económico, y además incluía la historia del artista o del escritor. Jamás olvidaba la perspectiva que, desde hacía tiempo, había adoptado como indispensable para comprender los escritos y las obras: los derechos humanos.

Reyna leyó un ensayo que había preparado para esa columna sobre tres escritores que admiraba: José Martí, José Rodó y José Ingenieros. Con sus manos temblorosas sostenía el manuscrito inédito y se acercaba cada vez más para poder ver con claridad las letras, que, por momentos, se presentaban borrosas y confusas. Dos hebillas en cada lado de la cara, una rosa y la otra verde, le sostenían el pelo corto y gris. En la sección dedicada a José Martí leyó:

“El análisis de la personalidad de Martí debe ser global, porque su vida y su obra se unifican bajo la dirección ética y flexible que les imprime. En cualquier evaluación de su obra debe abarcarse el poder de la imaginación, de la racionalidad y de la voluntad siempre tensas y en movimiento. Debe intuirse la chispa mística que se sumaba a la fuerza carismática de su elocuencia en la prosa y el verso. Deben perseguirse las huellas del fuego comunicante del calor humano, de su amor por los niños, por la gente común, por los campesinos, por la vida. Debe tomársele como factor convocatorio para librar tantas lides en campos diversos. Su tiempo y en los que vendrán en esa otra América como la que fue tan suya. Porque siempre supo encender nuevas esperanzas y descubrir los caminos de la fe cívica, enfrentando con honradez y arrojo, con su inmenso talento, al materialismo agresivo del poder y del dinero, doble poder de los señores feudales

de América Latina. Como corresponsalía literaria publica en algunos periódicos de América que le dieron nombre internacional y nos ha quedado parte de la correspondencia familiar y amistosa. Sus cartas entretejieron entre España, México, Venezuela y Guatemala la red mágica de la palabra incitadora, palpitante de afecto, dotada de un trazo de humanidad y cultura privilegiada.

Pudo servirse de sus notables actitudes sensoriales, de su fina sensibilidad, sin las cuales no hubiera sido el poeta y prosista que alcanzó las más exigentes metas de perfectibilidad. Llegó a ellas guiado por conceptos éticos fundamentales que había soñado para el paradigma del hombre nuevo americano y con un ideal de patria grande como el que no solo soñaron, sino que intentaron forjar algunos de nuestros próceres más auténticos”.

El programa Mediodía tenía una sección en la cual los oyentes podían dejar mensajes. En una de las columnas, Reyna abordó la desobediencia de San Martín y Belgrano. Juan Montana, alumno de Reyna en Los Toldos, envió un mensaje: “Escuchando la semblanza de Reyna, mi antigua profesora de francés, en el Instituto adscrito Esteban Echeverría, en el año 1949 y 1950 y su recuerdo de las desobediencias de San Martín y Belgrano, conecté con el ensayo la desobediencia como problema psicológico y moral de Erich Fromm. Nuestros militares han intentado proclamarse herederos de San Martín, pero además de haber convertido un ejército libertador en un ejército de represión al servicio de las minorías, terminaron amparando sus crímenes y la obediencia debida. Esta parábola trágica que se inicia con actos de desobediencia y termina con actos de obediencia, que implica la destrucción de la institución, parece ajustada a la teoría de Fromm y digna de ser tratada en este programa”.

Andrea Scatena se refirió al trabajo que realizó Reyna en la radio: “A los 80 años y en la columna de radio supo conjugar todo lo que había realizado hasta el momento. Continuó su labor como educadora, enseñándonos sobre diversos temas, sobre historia y literatura, pero también siguió arengando y dando testimonio como madre de desa-

parecidos, como militante revolucionaria, como mujer que supo hacer su lugar con audacia e inteligencia. Cada día que pasa se extraña más y es más necesaria en estos tiempos difíciles que nos tocan vivir. Siempre quería saber absolutamente todo, incluso preguntaba qué canción iban a escuchar. En esa columna ella misma diseñó el final del programa con una canción popular latinoamericana, “La niña de Guatemala”, de Óscar Chávez. “Quiero, a la sombra de un ala/ contar este cuento en flor, / la niña de Guatemala, / la que se murió de amor”.

Cada día que tenía la columna en la radio, Reyna se tomaba un taxi desde su casa que la dejaba en la puerta de Radio Universidad, frente a la plaza Dardo Rocha. Andrea la esperaba en la vereda y subían por el antiguo ascensor enrejado que Reyna ya había recorrido en sus años de juventud. Una tarde la invitó a Andrea a su casa. A Reyna le gustaba que la fueran a visitar y siempre les abrió sus puertas a estudiantes, jóvenes, y gente que se encontraba pasando una difícil situación.

Durante cinco años, desde 1995 hasta el 2000, Andrea fue registrando en audio y video las conversaciones. Le había propuesto a Reyna realizar juntas un documental sobre su vida y, por supuesto, ella estuvo de acuerdo y se puso a disposición. Consideraba que tenía el deber de dejar testimonio, de contar esa parte de la historia de la que ella fue protagonista. Andrea quiso conocer e interiorizarse en su vida íntima, pero Reyna le contó muy poco. Su ideología revolucionaria le impidió soñar con historias amorosas y se abocó desde muy joven a las luchas por la emancipación.

Posteriormente realizaron, junto a Santiago González, el documental-testimonial titulado “Reyna”. El trabajo obtuvo el primer premio al documental sobre Derechos Humanos en el festival sobre video documental Buenos Aires, en el 2001. También fue mencionado como mejor retrato audiovisual en el mismo festival.

Reyna siguió escribiendo hasta sus últimos días. Tomaba noticias de los diarios y a partir de ellos realizaba ensayos, poesías, cuentos, siempre con esa mirada de derechos humanos, de género, social, humana. Le entregó algunos de sus manuscritos, como la novela inédita

Claveles en tu tumba, y quería hacer una antología de sus escritos. En una de las conversaciones que tuvo con Andrea le dijo: “Ahora que tengo ochenta y un años y no sé qué crédito de vida, quiero publicar. Antes me preocupaba escribir, ahora me gustaría publicar algo. Yo nunca tuve tiempo de dedicarme a mí. De escribir sí, de publicar, no”. Enseguida Andrea se entusiasmó con la propuesta y comenzó a transcribir los textos de Reyna y luego se los leía y ella hacía correcciones. Tenía un oído atento, preciso.

Este deseo fue concretado. Su segundo libro, *Abrir brecha*, fue publicado recién en 1998 y reúne cuentos, ensayos y poemas que escribió en distintos momentos de su vida. La edición es artesanal y trabajaron arduamente Andrea Scatena, Ana Schaposnik, Georgina Rôo y Clarisa Moura. Entre su primer libro, *Las voces del silencio*, y el siguiente habían pasado 64 años. Fueron décadas difíciles para la familia, aunque Reyna estuvo escribiendo también estaba ocupada en la crianza de sus hijos, en el trabajo para poder mantenerlos y en las luchas por los derechos humanos y la liberación. Además, la educación se había convertido en uno de los objetivos básicos de su vida. Reyna escribió desde los quince años, aunque no pudo dedicarle el tiempo que hubiera querido a la literatura.

Abrir brecha comienza con una introducción escrita por Reyna: “Quiero decir como Rubén Darío ‘mas es mía el alba de oro’. Sobre entendiendo que el ‘alba de oro’ es la promesa de las realizaciones personales, la conformidad de los bienes morales e intelectuales, la amistad, el amor, la simpatía humana, y el destino, que siempre ofrece alternativas generosas, si se muestra la frente erguida, la juventud enhiesta, la voluntad sin dobleces ni reservas, como si la abrazara gratificante la conformidad con un estilo de vida que se ha elegido... El tiempo seguirá su curso (cuando el nuestro ya se haya terminado y el único legado que podemos dejar son estas pocas y sentidas palabras). Se está cerca del alba de oro, si se vive en libertad, si se antepone al ‘yo’, el ‘nosotros’. Si se cultiva la mente y más el corazón, si nos des-

pojamos de la frivolidad, si se toma o se cultiva por lo menos la nota más clara de la personalidad...?.

A través de su producción literaria fue dejando sentadas las bases de la liberación y de las luchas. Su literatura tiene la marca de lo que fue Reyna, su compromiso con el país, con su época y con los más vulnerados. Los relatos de este libro son una respuesta a las situaciones de injusticia social. La construcción de los personajes y las acciones están direccionadas a rebelarse al orden establecido. La idea que orienta la trama es que la verdad se conozca aun poniendo en riesgo su propia vida, porque lo que importa no es el resultado, sino la lucha, dejar un mensaje, como un relámpago en la oscuridad.

En el cuento “La crecida” se narra el drama de una mujer que tiene un hijo de una relación ocasional y por los prejuicios del pueblo decide ocultar la identidad del padre. Deolinda es una mujer joven que vive en la chacra que su padre don Leoncio Funes instaló junto a su amigo Nemesio Fuentes. El lugar, conocido como “La Rivera”, les permitía tener un buen pasar económico, dado que se ocupaban de la negociación de frutas, aves y verduras en la capital. Leoncio Funes muere a causa de la humillación y la vergüenza de que un hombre del pueblo haya deshonrado a su hija. La mujer rompe con las morales impuestas y se gana el respeto del pueblo. “No aceptó ayuda. Se trajo una tía vieja para compañía y contrató peones. Se puso al frente del pedazo de campo y lo supo hacer rendir. De comer no le faltó nunca. El pibe se criaba lindo, fuerte, feliz. Cuando los demás vieron, en la prueba de esos años duros, su coraje de mujer, la empezaron a respetar”.

La crecida del río avanza y pone en riesgo la zona más baja del pueblo en la que vivían la mujer y su hijo. El riesgo de derrumbe de la casa es inminente. Un vecino le ofrece ayuda, pero ella la rechaza. Deolinda está dispuesta a que la casa se derrumbe sobre ella y morir con su hijo a que la mentira se sostenga. La crecida, en sentido metafórico, alude al rebasamiento de los límites de una sociedad atada a los prejuicios y las reglas sociales, a los cuales la protagonista logra sobreponerse. Como es posible observar en otros relatos de Reyna,

los personajes se ven atravesados por la lucha y la búsqueda incansable de la verdad y la justicia.

En otro de sus relatos, titulado “Final”, la mujer también ocupa el centro de la escena y se describe la tragedia de vivir subyugada al deseo de los hombres. María Gracia es una joven de la alta burguesía, rodeada de los lujos que le brinda su marido. En su cama agoniza y recuerda diálogos de distintos momentos que mantuvo con su marido y con sus dos amantes, un filósofo y un médico. En su lecho de muerte se da cuenta de que nunca tuvo el coraje de experimentar sus propios sentimientos y que no amó a ninguno.

María Gracia, nombre que lleva en referencia a la pureza religiosa, se enfrenta a la verdad y al mundo opresivo que les toca vivir a las mujeres. La cultura dominante de los hombres la llevó a vivir de acuerdo a sus reglas y hasta en la esfera más íntima se impusieron los sentimientos de los otros. “Aquí, aquí empieza este peso que me aplasta, aquí se abre el pozo negro y tendré que entrar. Pero todavía no. Todavía no. No puede ser. No he querido nunca. Nunca amé a nadie. Me miré en el espejo de ellos –su ternura, su confianza, su deseo. Copié los ademanes, repetí las palabras... Quiero ser libre. Empezar de nuevo. Si otros sí ¿por qué no voy a amar yo?”

También escribió poesías destinadas al público infantil y juvenil. Algunos de estos versos se inspiran en personajes de textos orales y cuentos clásicos que Reyna reformula y transforma en otro género. Un ejemplo de ello son las poesías Ricitos de Oro, Los tres chanchitos, Platero y yo. “Ricitos de Oro llegó a la umbría, / pisó la hierba con pie menudo, / buscó el nidito del picaflor; / hurgó la entrada del hormiguero/ con su varilla de junco en flor”. En estos textos incluye elementos paratextuales que acompañan la lectura, imágenes y palabras subrayadas que pueden resultar desconocidas para el lector. Al final del texto, Reyna elabora su propio glosario de acuerdo al sentido que adoptan las palabras en los poemas.

En Abrir brecha solamente se incluyen dos poesías infantiles, pero tiene una vasta producción inédita. En la antología integral que

realiza de su obra, Reyna no incluyó ninguna indicación para distinguir los textos infantiles del conjunto de textos seleccionados. Para ella no existía una jerarquía entre literatura mayor y menor, no parte de ideas preconcebidas de lo que el niño o joven puede leer ni tampoco considera que existan temas vedados para una determinada edad. De hecho, la poesía aparece mezclada entre relatos de la Guerra Civil Española, un ensayo de José Ingenieros y otros cuentos.

La poesía de Reyna se caracteriza por un lenguaje complejo y es una invitación a asomarse en un mundo retratado desde las particularidades de la naturaleza, se detiene en los detalles y le otorga otros sentidos a los objetos y los paisajes de la vida cotidiana. Reyna es una auténtica artesana de la palabra al mismo tiempo que construye un espacio poético a través de las imágenes. También retoma recursos de raigambre popular como las repeticiones y realiza un trabajo con el lenguaje que genera musicalidad e incluso construye aspectos lúdicos que activan otros sentidos. Es posible observar en las poesías formas absolutamente propias y nacionales. Los lugares están recreados a partir de las particularidades locales. Una de las poesías inéditas se titula “La luna”:

La luna estaba en el vado
cuando el río fue a cruzar.
Entré en el agua despacio
pero el agua se quebró.
¡Ay, Platero tiene miedo!
Irán a decir los niños
que no es un burrito bueno.
Ha roto la blanca luna,
oscuro quedará el cielo.
-Entonces ¿le zurraremos?
-Como a chiquillo travieso;
toma, toma dos palmadas,
toma, toma muchos besos.

-Tonto, levanta ese cuello,
y mira, mira la luna.
Por la copa del almendro,
la luna, cara de risa.

Vado: lugar de cruce fácil de un río.

Zurraremos: zurrar, azotar.

Abrir brecha se presentó el 13 de noviembre de 1998, en el hall de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Ese día, la Juventud Guevarista organizó un homenaje a Reyna y asistieron organismos de derechos humanos, asociaciones gremiales y sociales, partidos y organizaciones políticas, estudiantes, docentes, agrupaciones estudiantiles. También personalidades como Fray Antonio Puigjané, Perla Diez, Guillermo Obiols (decano de la Facultad de Humanidades), Carlos Sánchez Viamonte (director de DDHH-UNLP), Rosa Isabela Valenzi (abuela de La Plata), Manuel Gaggero, Daniel De Santis, Hernán Schiller, Pablo Díaz, Norman Brisky, Marta Úngaro, Mariana Arcondo, Rodolfo Módena, Eduardo Anguita, Guillermo Cieza, Celina Rodríguez, Patricio Echegaray, Herminio Vallina, Jorge Pérez, Nidia Andreani (madre de Plaza de Mayo), Osvaldo Bayer, Susana Bordoni, María Gusmerotti, Nelly Buscaglia, Marta Vedio, Nenina Boulliet, Jaime Glüzman, Monserrat La Palma, Liliana Guido, Daniel Cieza, Luis Pattiño, Elena Mariani, Gustavo Di Marcio, Carlos De Feo, Iván Maidana.

“Yo pensaba qué les voy a decir. Voy a conversar con ellos seriamente, qué hacen, dónde están, cómo se encuentran en este momento, qué están adjetivando y sin embargo lo que ustedes llenaron en mi corazón, en todo mi ser, todo lo que se me conmovió, que me hizo recorrer de nuevo toda mi vida pasada y sentir como si viniera un hálito, un hálito puro, dulce, recreativo, cómo iba yo a averiguarles, y a decirles algunas cosas serias y muy serias, si yo tenía el corazón que se me estrechaba dentro del pecho. Tan lindo ha sido el día de hoy, que

lo guardaré como una cosa tan preciosa, que quizá no pueda repetirse, porque la belleza, las cosas puras y buenas muchas veces tienden a desaparecer con uno mismo, pero no es así realmente, ustedes han encendido como una nueva ráfaga en mí y me he pensado con un poco de vergüenza, “no es tan cierto que yo siempre hice esto o hice aquello, también perdí el tiempo, también disipé momentos”, que desde ahora no van a ser así, porque hay mucha injusticia, que se va arrastrando por nuestra tierra, porque hay mucha maldad, porque hay mucho prejuicio, porque es necesario empezar de nuevo, con esa gallardía y esa fuerza comunicativa que teníamos hace unos años y por qué no reverdecirla, si la sangre corre con el mismo sentido que corría...”.

Uno de los últimos poemas inéditos que transcribieron Andrea y Reyna fue “Feliz la piedra”.

Feliz la piedra, sí, la negra piedra
Carbonada de tanto rodar por los caminos,
mordida por el borde de montañas ceñudas,
socarrada de lodos, de soles acercados,
afilada y brutal.
Feliz la piedra que no tiene vida
ni lleva su pequeña muerte encima;
esa muerte que crece más pronto que la vida
esa muerte que aleja la mano de las rosas
para poner su sombra en nuestro lecho
y su frío en la carne en conjunción.
Que nos quita de pronto lo que nos prometió,
para que obsesionados, ebrios de pena,
con un delirio triste, enloquecidos
como niños enfermos, salgamos al camino
derramando las aguas, destrozando las rosas
o pidiendo la luna.
Feliz la piedra, y más feliz yo fuera
si en vez de un cuajarón de sangre hambrienta

en el pozo de sombras de mi pecho,
si en vez de un nudo de angustioso anhelo,
si en vez de un nudo de dulzuras muertas
y de esperanzas retoñando apenas,
fuera mi corazón bloque de piedra.

Las dificultades de Reyna para leer continuaron y eligió a Andrea como lectora y confidente. Ese fue el principio de su amistad con ella, compartieron alegrías y tristezas. A pesar de la cantidad de años que las separaban –cuando se conocieron ella tenía 80 y Andrea, 24– conversaban de todo sin prejuicios. Se reunían a organizar la enorme biblioteca y pasaban horas leyendo. También ordenaban y leían su producción literaria.

Algunas tardes de otoño iban a leer y a tomar sol a la plaza de 25 y 38. En ese momento Reyna se había mudado a 26 y 43, donde vivió con su nuera, la mujer de Ramiro. Caminando, lentamente, con el bastón, se sentaban a leer sus escritos. A veces se quedaba dormida mientras Andrea le leía y esperaba hasta que Reyna despertara, entre miradas y una gran ternura. Entonces abría los ojos y asentía con la cabeza como si en ningún momento hubiera perdido la atención de la lectura. “Ella me necesitaba para que yo hiciera de sus ojos, esto fue dicho por ella, porque nos conocimos después de la operación donde perdió casi la visión total. La casa de 6 y 80 fue tomada después de su muerte y en ese momento los ocupantes regalaron los libros que estaban en la habitación de atrás, lugar al que nunca entré porque siempre estaba cerrado o la llave no se encontraba”.

Las lecturas eran variadas, pero lo que más le gustaba que le leyeran eran autores latinoamericanos y argentinos. También leían a José Ingenieros, Martí, Rodó y muchos textos de García Lorca. Al principio Andrea iba cuando podía porque en ese momento cursaba la carrera de Periodismo y trabajaba. Después establecieron un horario fijo y todas las mañanas, alrededor de las diez, Andrea se dirigía a la casa de Reyna en bicicleta y llevaba un grabador. Se sentaban cerca de

la ventana donde entraba el sol y leían y escuchaban música. A ella le gustaba la música clásica, Bach, Gershwin.

Cuando Andrea llegaba la abrazaba y uno de los perros la agarraba de los tobillos, la tironeaba. Y así entre esos momentos cómicos, entre perros y gatos, almorzaban y pasaban juntas la tarde. Cada vez que Andrea quería ayudar en alguna otra actividad doméstica ella repetía: “No, no, leamos, leamos”.

El 13 de octubre de 1995, Reyna fue convocada por la Facultad de Psicología para participar de un acto y dar un discurso. El público, que colmó la sala, esperaba las palabras de Reyna y al final se puso de pie y aplaudió al grito de Reyna, Reyna, Reyna.

“Este momento para mí tiene un significado muy profundo porque las condiciones en que ahora vivo, en una semi neblina de ojos apagados y poca movilidad, también sin ayuda ajena o de algún bastón que venga provisor de que pueda eludir al paso mal, entonces la vida se me va o se me iba como alejando de otras cosas que no fueran un poco pasivas: la lectura, la crítica, el comentario. Estuve de acuerdo en la anterior reunión que se hizo en la que se presentaron testimonios y se ornaron las paredes con esos rostros que nos llaman enseguida, con la vivacidad, con el brillo que alguna vez tuvieron y que reflejaban, en general, las cosas nobles, las cosas vívidas, las cosas promisoras que ellos tenían en mente. Porque ese fue el caudal casi íntegro para conservar y recordar que todos los desaparecidos tuvieron una vida interna muy fuerte y muy vívida, y que tenían como un sentido promisorio de las cosas. Recién me hacían acordar de que fui decana en Humanidades, en ese decanato que no duró más que un año los mejores amigos y compañeros fueron aquellos que estaban militando en distintas ramas de su ideología y no trataron de volcar al estudiantado independiente que era la mayoría. No trataron para nada de forzarlos y yo los ayudé y la sala grande de los actos públicos la tuvieron cuantas veces necesitaran. Y entre los grupos que más se destacaban el tener una conciencia limpia y activa sobre lo que estaba ocurriendo estaba la gente de psicología, quizás porque psicología ha

sido siempre un trapo rojo para que lo aplasten los de las botas férreas y las vestiduras. No sé qué se imaginan que puede ser eso de subversivo, violatorio de las normas rígidas en las que ellos se basaban, pero lo cierto es que sociología y psicología siempre han sido el manjar predilecto para proceder a desarmarlo, a atacarlo.

En este momento todo parece que se hunde en una ciénaga, todo nos parece que el cambalache del autor del tango está indicando que ese es el destino del momento, pero sin embargo los que crean eso es porque como dice el evangelio tienen ojos y no ven, tienen bocas y no hablan y no escuchan ni una palabra. Porque si no se estarían dando cuenta de que hay una enorme reversión en la sociedad argentina. Y el hecho de que ahora en este momento compartan los hijos con los padres, con las madres que todo eso sea como un enorme margen para el rescate de la memoria activa, de la memoria escuchadora, de la memoria que no se vende a sí misma, nos está indicando que avanzan nuevas generaciones que purificarán esta miasma que nos envuelve a la vida entera y que habrá espacios para reivindicar los sueños que significan las utopías. Porque las utopías están destrozadas, por el suelo, pero por los mercantilistas, por los ladrones del erario público, por los miserables que han enajenado hasta el último rincón de la Argentina, pero ese no es el rostro de la Argentina verdadera que llevarán en este momento los jóvenes, pero que triunfará.

Eso es lo tan reconfortante que me ha venido a esta tarde y que me obliga a decirles muchas gracias, porque me han hecho sentir de nuevo un palpitar del cual hace mucho tiempo estaba ajena porque las condiciones físicas mías no me permiten grandes intervenciones. Pero me voy con una satisfacción muy grande. El mundo nuestro y como creo yo el mundo en general está cambiando y terminarán alguna vez de destrozarse entre sí esas piedras, esos lobos furiosos que abarcan todos los espacios políticos y económicos, sobre todo, para robar a destajo, para retirarse a la vida rica, a la vida innoble, pero para ellas la única credibilidad de la bolsa, del dinero, del avance, de las acciones, de las ventas. El mayor contraste está en la inauguración

del presidente de uno de esos famosos shoppings, esos grandes mercados. Y en ese momento está toda la Argentina convulsionada y la calle está llena de unos que tiran cohetes, de unos que queman casas, está toda convulsionada y él se va a inaugurar un supermercado.

Agradezco y voy a terminar ratificando otra vez una promesa y un compromiso. No sé cuántos años me quedarán de vida, si serán pocos, si serán muchos, si los podré pasar con la ayuda personal de la familia de alguna manera más o menos grata y viable o si cualquier cosa que pasa en la fisiología de mi cuerpo me volteará como a un árbol viejo. Pero si no me voltea como a un árbol viejo todavía espero florecer en algunos retoños que lleven la calidez del amor que les tengo a todos los que son luchadores y si me quemó como un árbol viejo también la llama es confortante y también el recuerdo puede surgir alguna vez entre gente que quise mucho como a todos los alumnos de Humanidades. Con los cuales hicimos muchos principios de trabajo, con los que hicimos la crítica de una envergadura vieja, de una cosa sin autonomía, las repeticiones, el memorismo, la clase modelo, siempre la misma, las repeticiones en las carpetas para usar el trabajo que se hizo cuando era estudiante ahora que se es profesor. Todo eso tratamos de terminarlo, de que viniera un espíritu nuevo. Y en eso estaban trabajando Achem y Miguel. Hacíamos una programática en la que Periodismo estuviera un poco con Letras para que unos no vuelen tanto y otros vuelen un poco. Que la salida laboral se imponía, pero que la salida laboral no quiere decir que a un muchacho que está estudiando una carrera universitaria le consiguen unas horitas en un lado o un puestito de alguna clase. Si no que se pueda ver en esa universidad, año por año, que algo aprendieron para vivir porque los aprendizajes tienen que ser para la vida, no para los recordatorios, ni para escribir cuando llega el momento oportuno. Y para vivir hay que trabajar, pero el trabajo tiene que ser completamente afín a las potencialidades y a las originalidades propias de los jóvenes. Porque si no viene como seguía viniendo esa desilusión que hace que los alumnos abandonen las carreras iniciadas, porque si no sabían lo que iba a ser,

y cuando empieza a ser no les convence, no les convence porque hay mucha palabrería. Y no hay un taller que trabaje algo. Hay máquinas para escribir y no se hacen sino cosas viejas, repetidas. Y es cierto de modernista no tengo nada, ni el físico ni la evolución ni nada. Pero eso de que el profesor se tenga que subir un poco más alto a una tarima, que nunca pueda llevar a otro que hable de un tema que él no lo domina tanto y que vaya con esa generosidad creativa pero que al mismo tiempo especulativa de lo mejor. Si no hay entusiasmo no hay nada. Todos aquellos de las grandes ágoras, Platón, Aristóteles conseguían el entusiasmo de los que le seguían incluso los peripatéticos mientras hablaban. Pero cuando está la cosa repetitiva, el trabajo parcial, el trabajo cada mes o cada dos meses, el que aparece otra vez algo que se dijo en otra clase, que el escritor tiene que ser un luchador que pone sus armas al servicio, eso se dijo una vez, pero no se puede estar diciendo todos los días igual y todos los años. Yo me desquito porque ya no voy a volver a ser de nuevo decana.

Claudia Díaz nació en Pipinas, partido de Punta Indio, y llegó a La Plata en 1995, a estudiar la Licenciatura en Comunicación Social. Participó en la agrupación Juventud Guevarista (JG) y en el Peronismo de Base. Realizó el trabajo de investigación y recopilación de los documentos del PRT que se publicó bajo el título Vencer o morir, de Daniel De Santis. En la Facultad de Periodismo conoció a Ana Schaposnik y a través de ella, a Reyna. Todas las semanas iba a leerle a Reyna al geriátrico Altri Tempi, junto a Carlos Reyes, compañero de la JG. Pasaban las tardes frías junto a la ventana leyendo libros o si el día estaba lindo iban al bosque a leer. Entre las charlas que tenían ella les contaba sobre la libertad de los presos políticos en distintos momentos de su vida y para seguir apoyando la causa de Reyna, Claudia y Carlos planificaron un viaje a Chile, Bolivia y Perú para visitar a los presos políticos.

Hay dos fotos legendarias de esta etapa. En la primera están Carlos Reyes, Claudia y, en el medio, sonriendo, Reyna. Atrás se puede ver un afiche con la cara de Santucho que dice Patria o muerte. Un

afiche similar le hicieron a Reyna con una foto que le había sacado el enfermero de Altri Tempi, el día que se realizó el homenaje y la presentación de Abrir brecha. La foto de Reyna estaba ubicada en primer plano, como si fuera una cartelera cultural de teatro, recuerda Claudia.

En la otra foto Reyna se ríe a carcajadas y se muestra plenamente feliz. Ese día era su cumpleaños y Claudia la invitó a su casa para festejarlo. En la foto se puede ver a muchos compañeros y amigos, entre la globología que había preparado uno de ellos. Sentado al lado de Reyna está el sacerdote Juan Antonio Puigjané, conocido por su compromiso con los más necesitados y por haberse incorporado al movimiento de derechos humanos en pleno terrorismo de Estado. Para lograr que pudiera asistir al cumpleaños de Reyna pidieron un permiso y lo fueron a buscar al convento de Nuestra Señora del Rosario, en Nueva Pompeya, donde cumplía el arresto domiciliario.

Previamente habían ido al monasterio en auto, en un Renault 12 rojo, modelo 72. Hacía mucho calor, pero iban contentos a verlo a Antonio. En todo el viaje no pararon de reírse, planteaban la posibilidad de rescatarlo de la Iglesia donde cumplía su condena por una supuesta participación en el regimiento de La Tablada. Imaginaban dónde esconderlo, la persecución, lo que dirían las fuentes oficiales, los organismos de derechos humanos y sus familias. Llegaron, entraron a la iglesia y vieron a Antonio, con su termo, su mate, con sus yuyos cordobeses. Reyna y Antonio estuvieron todo el tiempo de la mano, hablaron de la historia y del presente, del sentido profundo de la transformación de los hombres, de lo acuciante de la situación actual de los humildes, de la religión, de la guerra civil española, de los presos. Antonio los acompañó hasta la puerta y ellos no se animaron a decirle lo que habían pensado durante el viaje, pero rieron recordando esos momentos.

Ese mismo día visitaron a Enrique Gorriarán Merlo, en la cárcel de Devoto o en “el páramo de los bárbaros”, como la llamaba Reyna. Ella quería verlo “tal vez por otras cercanías, tal vez como recuerdo y remembranzas de otros años más felices, tal vez como mecanismo de

defensa para no caer en la perorata oficial del gran asesino y terrorista más buscado” (Abrir brecha, número 2). Se acercaron, los requisaron y cruzaron varios caminos, rejas y puertas hasta llegar a él. Mantuvieron una charla, él estaba cálido, comprensivo, fuerte, luchador. Antes de despedirse les dio unas cartas para Ana Sívori, su mujer, que se encontraba en la Unidad Penitencia 3 de Ezeiza.

Claudia Díaz recordó ese día:

“Ese día fue impresionante. Imagínate ir a verlo al pelado. Con Reyna fue muy afectuoso, charlaron un montón, charlaron de cosas del partido. Nos gustó ese día porque nosotras teníamos toda la solemnidad, era Gorriarán, un miedo porque era él, era todo un personaje. Y me acuerdo que le habíamos llevado facturas y Reyna le comió todas las facturas. No le dejó ni una. Nosotros nos reíamos. Había momentos en los que Reyna estaba re bien y otros donde entraba en su propio mundo. Nos sorprendió mucho el amor de Gorriarán hacia ella, el respeto. Él tenía muchas ganas de hablar, nos contó cuestiones vinculadas a la organización. Después con Reyna se estuvieron pasando nombres, recordando otros momentos”.

En 1996, Reyna habló en una reunión de Familiares, en La Plata. En los últimos actos que la invitaban como oradora siempre le decía a Perla que estuviera cerca y le hiciera un gesto con los dedos simulando una tijera, para que ella supiera que debía terminar su discurso y darles espacio a los demás oradores. Cuando Perla cumplía con el acuerdo con su madre, los compañeros la miraban. Nadie sabía de ese pacto.

“Realmente estoy muy agradecida de que me hayan invitado porque en los últimos tres años las condiciones físicas mías, a raíz de unas desafortunadas operaciones que sufrí de la vista, me relegaron a tener el menor contacto posible con la gente y al aislamiento, a la necesidad siempre de contar con un lazarillo para el menor movimiento. Y entonces ahora estoy contenta porque ha comenzado para mí una especie de renovación de la vista, con un buen tratamiento y con la ayuda próxima de un par de anteojos espero poder participar más activamente con Familiares, no faltar a las reuniones de

importancia y aportar cualquier cosa que pudiera serle útil. Me priva todavía la opacidad de mi vista, ver las caras, ver los ojos, estar observando las expresiones de la persona con quien converso. Pero para qué, no importa si el recuerdo mío me dice que jóvenes, medianas o de avanzada edad como la mía, las mujeres que trabajan por los derechos humanos tienen siempre en los rostros la mirada esperanzada y la firmeza de la actitud y es gente con la que se puede contar. Realmente en su vida han acreditado con acto tras acto la voluntad firme de tener entre las metas que uno se forja, esa meta irremediable que reclama siempre la memoria, verdad y justicia para todos. Rememoración, sí. Volver a traer la cosa de antes, sí. Porque la cosa de antes vive y pervive y porque mientras alienta aquella que dio a luz a un hijo, a una hija, y lo vio de nuevo a medida que crecía su intelecto, su comprensión de la política y de las formas de vida de la sociedad adquirieron una virtud propia, un caudal de ideas y las madres fueron las guardianas de esas ideas. Porque qué se sabría de ellos si no hubiera empezado desde aquellos momentos críticos apenas enjuagadas las lágrimas para asumir una voluntad de hierro, para adquirir una sabiduría del obrar, un compromiso que se forja. Porque la mujer dio a través de su adhesión activa y viva en las campañas de las luchas contra las dictaduras y para salvaguardar el derecho de los detenidos y de los desaparecidos en las tristes épocas que tuvimos que vivir. La mujer dio un paso más. Ella había, socialmente hablando, dado algunos pasos y llegaba ya a reconocérsele su capacidad para manejarse en el foro o para tener algunas ocupaciones que trascendieran la de maestra o profesora, siempre limitada en una profesión de mujer porque profesión de varón no podía ser porque parece que resucitaba lo de Schopenhauer, la de los cabellos largos y las ideas cortas. Y porque la mujer debía ser modosa, tranquila, cariñosa, tener como un paraíso en el hogar, darle al hombre la seguridad en todo momento de que conservaba su cuidado, de la casa, de los hijos.

Y de repente estalla como una bomba, estalla el sentido que se le presenta ahora, cómo para esos hijos me pidieron que me enclaustre

y que no salga de las puertas de mi hogar y que trabaje. Pero ¿Dónde están esos hijos? ¿Quiénes pusieron sus sangrientas manos sobre sus rostros? ¿Quiénes los llevaron lejos? Y entonces esa mujer que era callada por naturaleza y que se comía muchas desilusiones o que encontraba que las cosas no eran como alguna vez las pensó, tuvo una meta segura. En ese momento, en esos días, lo que había que hacer era rescatar todo lo posible respecto a ese bien perdido, ese familiar que ya no estaba más. Y ahí empieza entonces ese aumentar la medida del conocimiento. Porque antes una mujer muchas veces, si no era de una clase media bien avanzada o de una clase alta, no tenía sentido de lo que era una huelga o mejor dicho lo asentaba para repudiarlo porque se estaba jugando con el dinero y la solvencia del hogar. Cómo se iba a ir a una huelga y llegó un momento en que estaba ella en la huelga, y no atrás. Lo más cercano posible de los oídos que tenían que escucharla. Yo he estado siguiendo siempre esa metamorfosis de la mujer que progresa cuando siente un impulso sincero, fuerte, positivo, pero de ese progreso no abdica jamás. Son cosas conquistadas en la historia de la servidumbre de la mujer, de su limitación, de su sujeción, que ya no se borrarán nunca.”

En 1996 Reyna fue invitada al acto por la memoria, en la Facultad de Periodismo de la UNLP.

“Hace pocos días tuve oportunidad en un acto similar pero dedicado a los presos y desaparecidos y me permitió encontrarme con los recuerdos de tantos años de militancia, de lucha. Recordar lo que hicimos las mujeres, lo que hicimos de nuestra habilidad que se convirtió en fuerza, de nuestra incertidumbre que llevó al conocimiento exacto de lo que estaba pasando y que no tenía que pasar más. En ese momento evocaba yo las vueltas en la Plaza de Mayo cuando practicábamos simplemente una marcha de silencio alrededor de una pirámide. Y cómo se nos iba endureciendo el ánimo, pero con la nobleza de saber distinguir quién era blando y quién era débil, quién era víctima y quién era victimario. Y así un día después de marchas de silencio nos apareció en la boca el himno nacional para gritar:

libertad, libertad. Pero como ese himno no podía, por circunstancias de los años transcurridos, tener la vigencia absoluta que tenía el reclamo, se convirtió en las consignas que manejaban los jóvenes que hasta muy poco antes nosotros habíamos protegido, habíamos como defendido porque nos dolía demasiado pensar. En mi caso hijo preso, hijo exiliado, hija desaparecida, hija presa, todo eso era tan fuerte y doloroso que parecía que se nos enquistaba adentro. Y sin embargo llegó el momento en que franqueamos esa Plaza de Mayo para pisar con pie firme la acera e ir pregonando con las consignas que manejaban esos jóvenes que ahora sí los veíamos como ya tan crecidos que no debíamos tener miedo que nos los arrebataran de los brazos. Porque siempre teníamos la precaución de ir del brazo de alguno de esos muchachos y en esos momentos ellos crecían, se sentían fuertes y éramos nosotras, las mujeres, que hasta el primer momento y hasta entonces estamos como salvaguardando el papel que tenía la plaza para nosotros.

Y de esa forma conquistamos un terreno propio que no íbamos a olvidar ya nunca y aparte de todo lo que hiciéramos para lograr la libertad para conseguir un reconocimiento, reconocimientos tan tardíos que se llevaban incluso años para sacar una absolución cuando no había causa ninguna. Cuando teníamos a nuestras hijas encerradas constantemente y sujetas a presiones para que claudicaran, para que firmaran determinados papeles, para que se hicieran cargo de la situación como era, y qué orgullo además de la tristeza del peso del recuerdo del hijo tan próximo desaparecido, de los otros ausentes, cuando veíamos la dignidad con que sabían responder a los intentos de domesticarlas y convertirlas en parias entre otras que sí conservaban la envergadura.

Y ahora uno mira y ve y piensa cómo ha crecido una generación, cómo está tan valiente y tan entera y tan íntegra y cómo entiende que le estamos pidiendo una sola cosa y es que luchen mucho pero que defiendan su vida. Que hagan lo posible para guardarse porque han de venir todavía tiempos mejores, de más lucha, de más claridad, de

más fuerza, de más capacidad en el mundo para reconocer quiénes son liberadores y quiénes son opresores, quiénes son una resaca inmunda de la sociedad que no sirve ni siquiera para pisotearla y quiénes son con sus años, pocos o muchos, el fermento de nuevos días que tendrán que alborear si todos lo queremos.”

En 1999, Reyna fue nombrada Mujer Referente de la provincia de Buenos Aires por la Cámara de Diputados. El 25 de marzo de ese mismo año fue nominada Ciudadana Ilustre de la ciudad de La Plata por el Concejo Deliberante. Antes de ingresar al Concejo, Reyna estuvo en una entrevista con el canal local de la ciudad. “Nunca más, jamás se pasó una situación semejante en que hubo como un achatamiento de la gente que no se largó como tenía que largarse para retorcerles ese maldito cuello a esos miserables que traficaron con nuestros hijos y después los mataron”. En el recinto, la concejala del Frente Grande Elena Mariani expresó: “A Reyna la escuché por primera vez en el año 71, en el local de ATE, cuando se formó la coordinadora por la libertad de los presos políticos y Reyna dijo -no es textual porque la memoria me falla, pero esto me quedó grabado para siempre- una sola persona que con un grafito escriba libertad a los presos políticos habrá roto el silencio. Y ese silencio lo rompieron las madres con un símbolo elemental, el símbolo de la vida, el pañal de sus hijos en la cabeza”.

Reyna habló en el recinto: “Como se siente uno cuando se le resucita toda la vida pasada, cuando los demás parecen estar al unísono con uno mismo. Y es que lo están, porque si no fuera así, no podrían encontrar todas las voces para indicar el sentimiento, la lucha, la vida. Y eso es lo que ustedes han hecho. A mí me lo han resucitado por un momento, he andado saltando por algún lugar, metiéndome en un rincón, escribiendo alguna cosa para que salga mañana sin falta y no puedan decir que no la leyeron. Y toda la vida para mí ha resucitado ahora y me siento muy conmovida y también debiendo algo”.

También la entrevistaron a Perla: “Tenerla como mamá es igual que tenerla como Reyna o como militante. Yo los recuerdos más anti-

guos que tengo son cuentos, mucha fantasía, mucha poesía y mucha sensibilidad hacia todo lo social”.

En 1993, cuando Perla cobró la indemnización como ex presa política, compró una casa en Punta Lara y otra al lado. Por ello, Reyna se fue a vivir cerca de su hija y se comunicaban rápidamente. “Pero no se dejaba cuidar, ni medicar. Rebelde siempre”, dijo Perla. En el 2000 Reyna fue internada en una residencia geriátrica, Altri Tempi, un lugar confortable, con espacios verdes.

Reyna fue poco a poco olvidando nombres, fechas y otras precisiones. El 8 de marzo de ese año llegaron los familiares a visitarla y estaba sentada en el patio, sola, pensativa y con una sonrisa los saludó y les dijo “hoy es el aniversario de la desaparición de Diana”. Todos quedaron sorprendidos porque ella nunca sabía bien en qué número de día vivía.

La frase que más le quedó grabada a Andrea del geriátrico fue: “Extraño mi casa, mis perros, mis gatos, estas señoras son muy simpáticas, pero se la pasan cuchicheando y jugando a las cartas y a mí eso no me interesa”. Los últimos días los pasó en una casa de familia, en 14 y 74, donde permaneció menos de un año.

Perla contó: “Mamá no me acuerdo en qué año entró en Altri Tempi que era un geriátrico muy lindo, si se puede decir que son lindos los geriátricos, hay lindos, feos y más o menos. Este era muy lindo, céntrico, estaban familiares de Eduardo. A mamá le dieron pri-

mero una pieza abajo, compartida, después le dieron una pieza arriba con una antepieza. O sea que tenía como una especie de casita. Llevamos su televisor, o sea que ella tenía su televisor propio y podía ver lo que ella quisiera. Le llevamos una estantería y muchos libros, de ahí perdió muchos trabajos, porque ella se llevó parte de lo producido. Y la verdad es que fue desapareciendo.

Ella en ese momento estaba con la Juventud Guevarista. Les tengo mucho agradecimiento porque le leían, la llevaban al bosque, le sacaban fotos, estaba Claudia, Carlitos, Ernesto De Santis (el hijo de Daniel). Pero al principio ella no quería saber nada con estar en un geriátrico y empezó a hacer una huelga de hambre. Estaba acostumbrada a hacer huelgas de hambre por la libertad de los presos políticos. Entonces empezó a no recibir la comida. Fue espeso. Decía que el director del geriátrico era un fascista y le pintaron el frente que era de mármol. Cualquier batata.

Pero en el geriátrico la curaban. De hecho, la úlcera que tenía en la pierna comenzó con la desaparición de Diana, un gran agujero que no cerraba, todo un símbolo. En el geriátrico el doctor le dijo que pusiera las piernas arriba de una silla y al sol. Y al poco tiempo mamá tuvo una cicatriz y se le cerró. Y además era un lugar al que se podía ir a la mañana, se podía ir a almorzar juntos, se podía pasar a cualquier hora. Recibía visitas de profesores, de alumnos. Entonces esto era una garantía. Y había un enfermero que era de Los Toldos”.

Reyna murió el 21 de mayo de 2001, a los 87 años. El velatorio se realizó en la Casa del Pueblo, el local del Partido Socialista. El amplio salón se hacía cada vez más reducido a medida que iba llegando la gente para despedir a Reyna. Se abrazaban y saludaban entre banderas rojas con diversas consignas, entre la entonación de algunas canciones. Ese día estuvieron presentes madres de Plaza de Mayo, abuelas, familiares y representantes de derechos humanos.

Un grupo de jóvenes estaba conversando a un costado y uno de ellos dijo: “Estoy contento, es una vida ganada”. Y esa era la sensación que se vivía, no era una sensación de pesadumbre.

Reyna amaba a los animales y ese día también la despidieron. Todos los perros callejeros del centro se acomodaron para dormir abajo del cajón. Antes de la salida en caravana para el cementerio programaron una última ronda de las madres alrededor de Plaza San Martín. En los recuerdos de los asistentes fue una última marcha clandestina junto a Reyna. Cuando partieron al cementerio se esperaba la asistencia solamente de los familiares más íntimos, pero todos acompañaron en caravana y al llegar se realizó un acto en el que muchos compañeros dieron sus discursos de despedida. Uno de los oradores fue Daniel De Santis.

BIBLIOGRAFÍA

- Abbattista, Lucía (2019). “Reyna Diez. Una profesora de palabra auténtica y praxis libertaria”. En: La universidad hoy, a 100 años de la Reforma. Volumen 2. Instituto de Estudios y Capacitación, Buenos Aires.
- Abrir brecha (1998). Número 1. La Plata.
- Abrir brecha (1999). Número 2. La Plata.
- Benito de Miguel, intendente municipal. (22 de enero de 1932). El Mentor, p. 3.
- Biblioteca Municipal (2 de enero de 1932). El Mentor, p. 2.
- Biografía de Jessie Will (6 de enero de 1935). Orientación, p. 19.
- Cantar de los cantares de la sulamita. (6 de enero de 1935). Orientación, p. 11.
- Cecchini, Daniel y Leal, Alberto Elizalde (2013). La CNU. El terrorismo de estado antes del golpe. Miradas al Sur, Buenos Aires.
- Cichero, Félix Esteban (1935). Testamento periodístico. Orientación, Junín.
- Cichero, Félix Esteban. (8 de mayo de 1938). Aniversario fallecimiento de José Suárez. Orientación, p. 3.
- Cichero, Félix Esteban (30 de junio de 1940). Muerte de una pasión. Orientación, p. 1.
- Cichero, Félix Esteban (1941). Mística de la libertad de prensa. Orientación, Junín.
- Cieza, Guillermo (2018). Cinco veces 70. Editorial El Colectivo, Buenos Aires.

- Diez, Enrique (17 de octubre de 1955). Sr. Dilagosto. Los Toldos, Alem 257.
- Diez, Ramiro Enrique. (1955). Compañeros secundarios, pueblo de General Viamonte. Los Toldos, Alem 257.
- Diez, Reyna (1934) [1998]. Envío a España. Abrir brecha 1, p. 15.
- Diez, Reyna (1990). El menemismo y los derechos humanos. Retruco, año 2, N°8, p. 9.
- Diez, Reyna (1992). Eva Perón: Acordándonos con ganas. Retruco, año 3, N°16, p. 19-20.
- Diez, Reyna (1998). José Ingenieros. Maestro de la juventud. Semblanzas de su vida y obra. Abrir brecha 1, p. 22-31.
- Diez, Reyna (1999). Lisandro de la Torre. Abrir brecha 2, p. 31-38.
- Ecós del fallecimiento de José Suárez. (9 de junio de 1926). El Mentor, p. 1.
- Eijo, Diego; Giorello, Eduardo; Moretti, Ricardo A.; Oroz, Alfredo; Vallina, Carlos y Verga, Silvia (1973). Informes y testimonios. La tortura política en la Argentina, 1966-1972. [Archivo de video]. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=YYaBIoEL_os
- El Instituto Incorporada Esteban Echeverría (31 de diciembre de 1948). El Municipio, p. 7-8.
- El Mentor. (1 de febrero de 1933). Diario Democracia, p. 5.
- Habilidades Socialistas y lo demás (14 de enero de 1932). El Mentor, p. 2.
- Hoy se cumple el primer aniversario de su muerte (12 de mayo de 1927). El Mentor, p. 1.
- Imprenta "El Mentor" de D. José Suárez. (1914). Guía General de Junín, p. 218-220.
- Jordán, Carlos María (1988): Los presos de Bragado. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- La Escuela Normal cumplió 50 años al servicio de la educación. (9 de agosto de 2001). Impacto, p. 17-20.

- Mariana Arruti (1995) Los presos de Bragado. [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=Rzm11KV-LL9o>
- Mobili, Ernesto (2018). Infancias y resistencias en tiempos de dictadura. [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=Aefsqpfr77U>
- Nand Gallardo, Pedro (12 de mayo de 1927). José Suárez. El Mentor, p. 1.
- No habrá manto de olvido (1982). Familiares de detenidos desaparecidos y presos por razones políticas y gremiales, La Plata.
- Notas sociales. Reyna Suárez Wilson. (24 de junio de 1934). Orientación, p. 4.
- Nuevo libro de versos. (10 de noviembre de 1934). El amigo del pueblo, p. 2.
- Obra colectiva (2019). Nosotras, presas políticas. Nuestra América, Buenos Aires.
- Partido Demócrata Nacional (5 de enero de 1932). El Mentor, p. 4.
- Rolo, Diez (2000). Los compañeros. De la campana, La Plata.
- Scatena, Andrea (2001, agosto) Reyna. [Archivo de video]. Recuperado de <https://vimeo.com/265218768>
- Se rendirá un homenaje a D. José Suárez. (8 de junio de 1926). El Mentor, p. 8.
- Suárez, José Luis (15 de enero de 1932). Buenas intenciones. Improvisaciones sobre el fracaso socialista. El Mentor, p. 3.
- Suárez Wilson, Reyna (1934). Las voces del silencio. Orientación, Junín.
- Suárez Wilson, Reyna (1934). “Herencia”. En: Las voces del silencio. Orientación, Junín, p. 37-38.
- Suárez Wilson, Reyna (1934). “Loores a la muerte”. En: Las voces del silencio. Orientación, Junín, p. 13-15.
- Suárez Wilson, Reyna (1934). “Huelga”. En: Las voces del silencio. Orientación, Junín, p. 75.
- Suárez Wilson, Reyna (1934). “Símbolo”. En: Las voces del silencio. Orientación, Junín, p. 51-52.

- Suárez Wilson, Reyna (1934). "Infancia". En: Las voces del silencio. Orientación, Junín, p. 59-60.
- Suárez Wilson, Reyna (6 de mayo de 1934). La infancia en Cruz. Orientación, p. 7.
- Suárez Wilson, Reyna (14 de julio de 1939). Romance en mar. Diario Democracia, p. 7.
- Suárez Wilson, Reyna (2 de septiembre de 1934). Educación religiosa, educación laica, educación socialista. Orientación, p. 8-9.
- Suárez Wilson, Reyna (21 de octubre de 1934). Oración Roja. Orientación, p. 7.
- Suárez Wilson, Reyna (1955). Ni vencedores ni vencidos. Una sola vencedora: La escuela.
- Suárez Wilson, Reyna. (1965). El Teatro crítico universal del padre Feijoo. EN: Fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro: Estudios reunidos en conmemoración del II° centenario de su muerte 1764-1964. La Plata: UNLP. FAHCE. Departamento de Letras.
- Suárez Wilson, Reyna. (1967). El carlismo en la obra de Valle-Inclán. EN: Ramón M. del Valle-Inclán 1866-1966: Estudios reunidos en conmemoración del centenario. La Plata: UNLP. FAHCE. Departamento de Letras.
- Suárez Wilson, Reyna. (1967). El Ateneo. EN: Sociedades literarias argentinas: 1864-1900. La Plata: UNLP. FAHCE. Departamento de Letras.
- Suárez Wilson, Reyna. (1968). Los prólogos de Darío. EN: Rubén Darío: Estudios reunidos en conmemoración del centenario, 1867-1967. La Plata: UNLP. FAHCE. Departamento de Letras. Instituto de Literatura Argentina e Iberoamericana.
- Suárez Wilson, Reyna. (1972). Martín Fierro y Ricardo Rojas. EN: José Hernández: Estudios reunidos en conmemoración del Centenario de EL Gaucho Martín Fierro, 1872-1972. La Plata: UNLP. FAHCE. Departamento de Letras. Instituto de Literatura Argentina e Iberoamericana.

- Suárez Wilson, Carmen. (1973). Ester Primavera de Roberto Arlt : El hombre en su narrativa. EN: Aproximación crítica. La Plata : UNLP. FAHCE. Departamento de Letras. (Capítulo - Sólo referencia)
- Voces amigas. (9 de junio de 1926). El Mentor, p. 3.
- Will, Jessie (2 de marzo de 1932). Sobre un viejo tema. El Mentor, p. 4.
- Will, Jessie (26 de enero de 1932). La juventud de Palacios. El Mentor, p. 3.
- Will, Jessie (29 de abril de 1934). Los cinco pesos de Fulano. Orientación, p. 6.
- Will, Jessie (13 de mayo de 1934). Derecho al trabajo. Orientación, p. 6.
- Will, Jessie (12 de julio de 1936). Ha muerto. Orientación, p. 16.
- Will, Jessie (12 de agosto de 1934). Esclavas modernas. Orientación, p. 13.
- Will, Jessie (11 de noviembre de 1934). El divorcio entre nosotros. Orientación, p. 14.
- Will, Jessie (25 de noviembre de 1934). Humo... ¿o dolor? Orientación, p. 12.
- Will, Jessie (6 de enero de 1935). Sobre un tema que nos interesa. Orientación, p. 19.

Autora

Florencia Baez Damiano es magíster en Análisis del Discurso por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Es docente e investigadora de la Universidad Nacional del Noroeste de la Provincia de Buenos Aires (UNNOBA). Ejerce la docencia en el nivel terciario. Investigó la problemática de la violencia en la escuela secundaria desde las herramientas del Análisis del Discurso y actualmente se dedica al estudio de la enseñanza de la lengua desde el enfoque glotopolítico. Es autora del libro *Historia de la literatura de Junín: 1895-1945* (2018).

Reyna Diez fue escritora, poeta, ensayista, docente, feminista, apoyó la lucha anarquista por los presos de Bragado. Creó una escuela socialista en el medio de la pampa. Fue la primera decana mujer de la Facultad de Humanidades de la UNLP y Madre de Plaza de Mayo. Fundó Familiares de Detenidos Desaparecidos y Presos por Razones Políticas de La Plata y representó a la Argentina en FEDEFAM.

Florencia Baez Damiano reconstruye, a partir de un pormenorizado trabajo de archivo (escrito, oral, audiovisual), la vida y obra de Reyna Diez, junto a episodios y sucesos que atraviesan el siglo XX. Pero no lo hace desde la historia oficial, sino a partir de los sedimentos que se empeña en sacar a la superficie para, desde los márgenes, volver a problematizar el centro.

La autora recupera escritos, poemas y cuentos que permanecían olvidados en distintos archivos municipales, institucionales y personales. Y realiza entrevistas a los protagonistas, que brindan sus testimonios. El resultado es un relato tan desgarrador como apasionante, que se adentra en la valiente lucha de una mujer por los derechos humanos, frente a los horrores de la última dictadura cívico-militar.